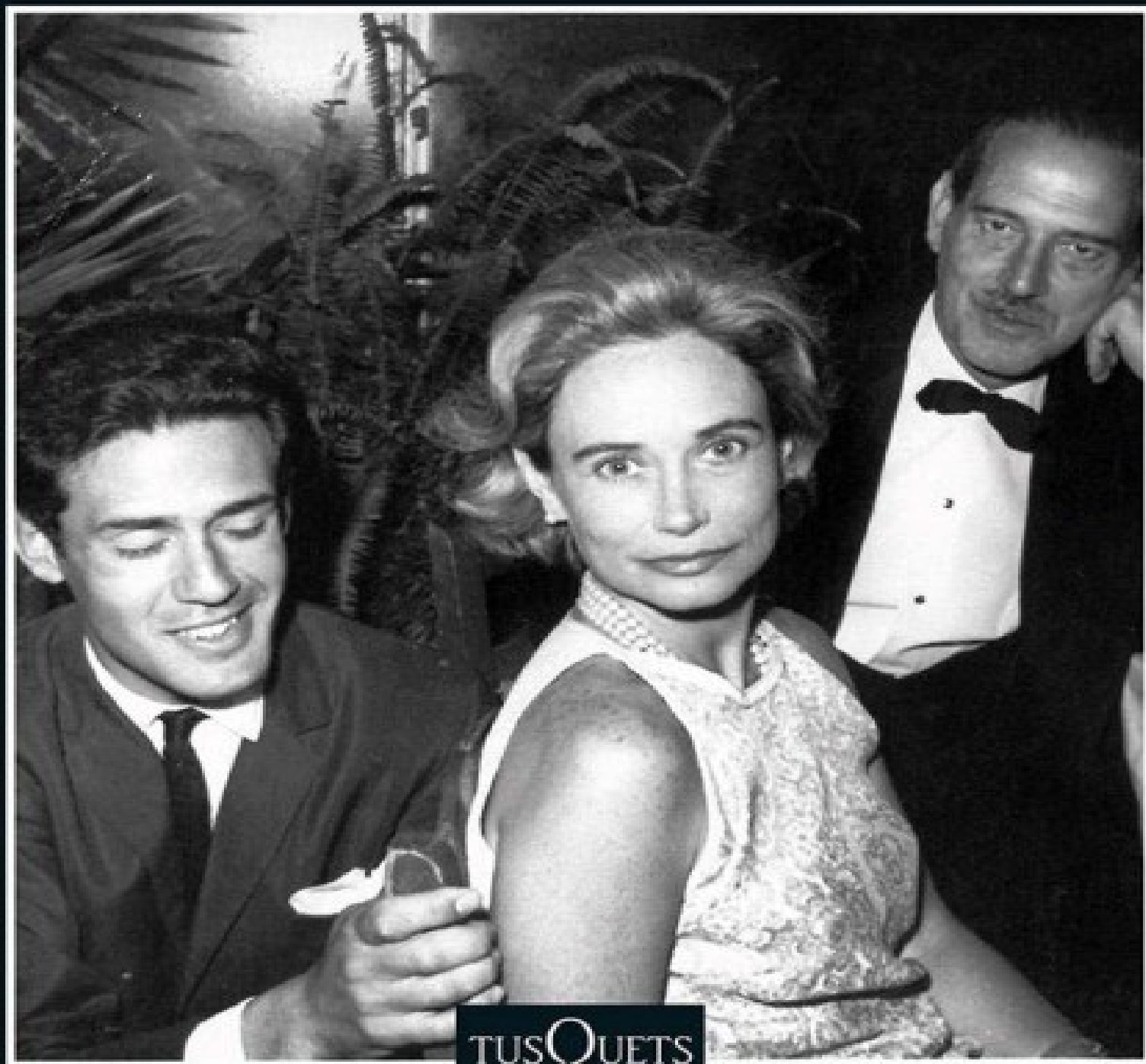


María Tena

NADA QUE NO SEPAS

colección andanzas

PREMIO
TUSQUETS
EDITORES DE NOVELA



TUSQUETS
EDITORES

Índice

Portada

Portadilla

Citas

Capítulo 0

Primera parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Segunda parte

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Agradecimientos

Créditos

MARÍA TENA

NADA QUE NO SEPAS

El pasado septiembre de 2018, un jurado integrado por Almudena Grandes, en calidad de presidenta, Antonio Orejudo, Eva Cosculluela, Mariano Quirós, ganador de la anterior convocatoria, y Juan Cerezo, en representación de la editorial, otorgó por mayoría a esta obra de María Tena el XIV Premio Tusquets Editores de Novela.



*Para mis padres que nunca dejaron de quererse.
Y para Sara y Nanay Fonseca.*

Solo recuerdo la emoción de las cosas.

Antonio Machado

Nadie nos pertenece, salvo en la memoria.

John Updike

Empiezo a desear un lenguaje parco como el que usan los amantes, palabras rotas, palabras quebradas, como el roce de las pisadas en la acera, palabras de una sílaba como las que usan los niños cuando entran en un cuarto donde su madre está cosiendo y cogen del suelo una hebra de lana blanca, una pluma o un retal de cretona. Necesito un aullido, un grito.

Virginia Woolf

Yo vengo de un lugar de donde siempre había que irse.

Teníamos una maleta en la escalera, al lado de la puerta o al fondo del armario.

Y aunque no la viésemos, sabíamos que siempre estaba ahí, lista para emprender la marcha.

Primera parte

Mi padre dijo que ese día no iríamos al colegio. Bajó a mi cuarto, se sentó en mi cama, llamó a Tomás y nos contó que al día siguiente teníamos que volver a España.

Fue justo antes de aquel primer tirón de pelo. Porque yo de pequeña había tenido trenzas. Siempre estaban demasiado apretadas, tanto que al cambiar de gesto a veces me dolía la cabeza. Entonces, con trece años, tenía el síndrome del miembro fantasma. Llevaba el pelo suelto pero las trenzas seguían haciéndome daño. Cuando me ponía nerviosa no apretaba los dientes, ni movía las piernas, ni siquiera me mordía las uñas. Pero la raíz del pelo empezaba a dolerme.

Ese día, cuando Papá volvió al piso de arriba, noté algo. Un tirón digno del peine de Felisa. Y ella también se dio cuenta, porque, cuando entramos en la cocina, había olvidado la leche hirviendo sobre el fuego, tiró mi taza sobre el mantel, y a cada paso parecía que iba a ponerse a llorar. Fue la primera vez que la vi distinta, rara, como si de repente se hubiera hecho vieja. Volví a la época en la que era ella la que me peinaba. Aquella raya por detrás, aquel flequillo estricto, la tirantez de las trenzas. En ese momento la cabeza me dolía sin que nada ni nadie la hubiera tocado.

Por la mañana no habíamos visto a Mamá, pero no nos preocupó. Ya nos había advertido que se iba de excursión. También Papá había pasado el día anterior fuera de casa. Su vida, la de los dos, era un sinvivir de entradas y salidas. Juntos o separados, vestidos o de trapillo, contentos o mustios, todo servía de excusa para largarse a ver mundo. Y su mundo era grande en ese

país pequeño. Los amigos, con el tiempo, eran casi familia, más que familia.

Cuando por fin Papá bajó a la cocina, me percaté de que tampoco él iría a la empresa. No llevaba corbata y la camisa se le salía del pantalón. Los pelos de la nuca mostraban que no se había peinado. O que le habían despertado de repente.

Debió de suceder unas horas antes, y mientras lo digo me doy cuenta de que nunca he sabido bien el día exacto del aniversario de mi madre. Pero recuerdo con nitidez la cara de él, aquella confusión mientras sacaba nuestras maletas del altillo. Ese viaje inesperado, tan sin planear. Felisa intentando obedecerle mientras el pobre no daba pie con bola.

Y enseguida, aquella sorpresa. Su irrupción, la tía Blanca, que llegó a las doce de la mañana desde Madrid. También despeinada, con vaqueros, una camiseta vieja y una bolsa de viaje diminuta.

Empecé a preocuparme cuando dijo:

—Justo a tiempo para el próximo avión.

Y luego ese abrazarnos tan fuerte cuando llegó, y ese no abrazar a Papá. Aquella noche durmió en mi cuarto, pero ni siquiera deshizo el equipaje. Su boca quebrada, sus suspiros entrecortados cuando creyó que me había dormido. El primer indicio de lo de Mamá..., un accidente, un infarto, supimos luego. Pero eso fue mucho tiempo después.

Recuerdo que esa noche, unas horas antes, cuando el teléfono empezó a sonar, era como si no se diesen cuenta de que mi hermano y yo estábamos delante. Cenábamos en la cocina, y los adultos, Papá y la tía Blanca, estaban sentados a nuestra mesa con un café, hablaban en voz baja, con largos silencios. Felisa no se acababa de sentar aunque Papá le insistía. Iba a ser una noche larga.

Cada vez que sonaba el teléfono los dos se estremecían. Entonces Papá corría hacia el principio de la escalera, donde había un receptor, una pequeña mesa y un sillón. Su tono, el que en ese momento intentaba usar, era el de un día normal en que alguno de los amigos de siempre llamaba para salir. Como si en un rato fueran a venir a tomar un whisky y la tortilla de patata o las croquetas que en nuestra casa se improvisaban siempre con tanta facilidad. Como una noche más.

Luego volvía a la cocina, decía el nombre del que había llamado y se quedaba quieto restregándose los ojos. Pero sin volver a decir una palabra. Porque a nosotros no acababan de contárnoslo. Era como si quisieran seguir creyendo que todavía nada irremediable había sucedido, que podía retrasarse ese disgusto que estaban a punto de darnos y que nos cambiaría la vida.

—No, no quiero verla —fue lo único que entendí de lo que le dijo la tía Blanca a mi padre antes de sacarnos de allí.

No lo vi entonces. Y vuelve de nuevo el tirón de pelo.

Tampoco Tomás y yo volvimos a ver a Mamá. Su última imagen, la que recuerdo o la que me he inventado, es la de la mañana anterior, a la hora del desayuno. Ese día tenía un examen de matemáticas, qué mal se me daban. Así que, mientras tomaba la taza de leche, apenas levanté la mirada del libro. Cuando oí el claxon del autobús salí corriendo, ni la miré.

—¡Eh! ¿Adónde vais? —dijo, y nos dio a Tomás y a mí un par de besos apretujados con una sonrisa que brilló como cuando se abre una ventana. Eran las ocho y cuarto, justo la hora a la que siempre salíamos a la esquina para ir al colegio.

—Es que...

—Que te salga bien. —Y mientras me daba la vuelta añadió—: Papá se va dentro de un rato a Buenos Aires, y yo a Punta con Ulla. Mañana nos vemos.

Entonces, cuando ya corríamos hacia la puerta, se levantó de nuevo, se acercó y nos dio otro beso. Pero esta vez estaba casi seria. Me asombra recordarlo ahora, pero fue así. Ese segundo abrazo produjo un leve cambio en su sonrisa. Fue lo último que supe de ella.

Al día siguiente salimos hacia el aeropuerto a toda prisa, como si la casa ardiese. Fue al ver nuestras bicis cuando Tomás y yo nos pusimos a llorar. Pero también nos volvimos a mirar el sauce, el aguacate..., y vimos la cara de Felisa. Ya sabíamos lo de Mamá. En casa el teléfono no había dejado de

sonar toda la noche. Nadie nos lo contó, pero cada vez que llamaban, Tomás y yo nos íbamos concienciando de que no volveríamos a verla. Aunque no preguntáramos nada.

—Vamos justos de tiempo —dijo Papá mientras encendía el motor—. En unos días nos vemos. —Y, al anticipar la despedida, se emocionó. Pero no miró a la tía Blanca. Tuve en ese momento el primer atisbo de que toda mi vida iba a cambiar. Nunca he acabado de entender por qué mi padre no se dio cuenta de que no era el momento para enviarnos tan lejos ni dejarnos tan solos. No se lo perdoné nunca, aunque él estuviese destrozado.

Miré hacia atrás, y volví a ver el aguacate. Por primera vez tenía fruto. Como si las paltas, todavía pequeñas y duras, hubieran crecido por la noche. Aquella larga noche en la que no dormimos. Qué bien que Mamá se quede aún unos días, pensé, con lo que le gustan. Me negaba a creer lo que había pasado.

Cuando ya en el aeropuerto, justo antes de subir al avión, volvimos la mirada por última vez, nuestro padre, con lo alto que era, parecía pequeño. Una silueta negra contra el blanco brillante detrás de las enormes cristaleras.

Me quedé con la imagen de aquella sala enorme forrada de mármol que, ahora me doy cuenta, parecía más un tanatorio que la zona de salidas del aeropuerto.

Todavía me duele.

Todo aquello sucedió hace más de cuarenta años. Mamá era muy joven. Llevábamos casi cuatro años en Montevideo. Nunca supimos bien cómo sucedió todo. Pero a los pequeños nos quitaron de en medio, y nos la robaron.

La recuerdo dulce, a veces triste. Esos días que se metía en la cama al mediodía y ya no la volvíamos a ver. Las persianas eran la señal. Cuando no las subía muy temprano, la casa se quedaba en silencio. Como si se apagase todo lo demás. Como si la oscuridad la acompañase.

—Está leyendo —decía Papá.

Pero no siempre fue así. Recuerdo un día, era un mes después de la llegada al Uruguay, cuando empezamos a abrir las cajas de la mudanza. Su alegría al recuperar sus cosas. Como si las estrenara. La ilusión de colgar las cortinas de aquella casa tan grande. Con qué energía se subía a la escalera. Las risas al llenar los armarios. La ropa que nos había comprado antes de emprender el viaje. Los zapatos de cordones, que enseguida se me quedaron pequeños y me apretaban y, como eran nuevos, preferí no contárselo. Me los quitaba en cuanto volvía del colegio. Siempre andaba descalza por aquella casa.

Felisa iba detrás y ayudaba sin decir una palabra. Había empezado a trabajar en casa cuando nació mi hermano y no dudó en venirse con nosotros a Montevideo.

—Quiero ver mundo —creo que dijo el día que Mamá le contó que nos íbamos al Uruguay.

Era de un pequeño pueblo de Rioja. Siempre fue muy callada, aunque cuando mis padres salían y nos quedábamos a solas con ella, se ponía a hablar sin freno de su tierra. Nos contaba historias de la posguerra, los odios entre los hermanos, las denuncias que, en su pueblo, eran más por envidia que por ideas políticas. La vez que el amo de los campos quemó la bodega de un vecino y cómo las llamas estuvieron a punto de acabar con la aldea. Todo seguía vivo en su memoria a pesar del paso de los años. Y no dejaba de hablarnos de la suerte que teníamos nosotros comparada con el hambre que pasó ella antes de venirse a Madrid, y el frío; en su casa no había agua caliente.

Aunque a veces no se notara, Felisa siempre estaba allí.

Mi madre, esos primeros meses, parecía dueña de la situación. Recuerdo, también de aquel día, su risa cuando abrimos la caja inmensa que rebosaba de papel de seda y que traía la vajilla de la abuela. Intacta. La luz de las ventanas de la casa de Carrasco sobre aquella porcelana blanca.

Esa noche hasta los niños comimos en el comedor y con mantel de hilo. Parecía Navidad. Ella salió con Felisa a comprar un pescado enorme y limones, espárragos, paltas, almendras, lechuga... Cuando llegó Papá encendió las velas y empezamos a comer en esa vajilla impecable, aunque todavía no era noche cerrada.

Qué raro recordar esa felicidad, y con tantos detalles.

Fue su pena de después lo que la hizo diferente, porque ahora me doy cuenta de que Mamá murió joven. No la vi envejecer.

Pero en cambio aquella mañana última, en el desayuno, su sonrisa cantaba de nuevo.

En los años que siguieron nunca regresé a Montevideo. Debí de preferir cerrar esa parte de mi vida, no volver a tocarla. La felicidad y el dolor de aquel tiempo se mezclan en mis recuerdos, es difícil ahora distinguir los extremos.

Hoy he recibido un email. Los Brandi son los únicos uruguayos de aquella época que vienen a menudo a España y que, nada más llegar, me llaman para que nos veamos. Son ricos y les encanta Madrid, les gustan los toros, los museos, las tiendas del barrio de Salamanca. Desde que volvimos a encontrarnos, cada vez que aparecen me invitan a cenar al Ritz.

Pero tiene que ser a solas. Que nadie nos interrumpa. Lo de que yo tenga un marido les importa un bledo. Recuperan su juventud hablándome de aquellos tiempos. Pero jamás la mencionan. Es mi padre antes, durante y después de Montevideo. Son sus aventuras lo que les llena la boca. Los escucho con gusto porque siempre añaden algún ladrillo de luz al edificio de lo que no recuerdo. También yo he vivido fascinada por ese padre alto y risueño, cariñoso, tan distinto de Mamá.

Hoy me da pereza volver a la terraza del Ritz. Aunque apenas se estrene el mes de junio, haga mucho calor y sea domingo. Preferiría quedarme en casa. Desde que tengo este trabajo agobiante en la agencia, me he vuelto solitaria y rara. Y a Álvaro le molesta que salga sola por las noches. No son celos, es que no le apetece cambiar su rutina.

—Siempre he pensado en volver, pero nunca me he decidido. Me gustaría, sí. Tal vez este julio o agosto... —les digo cuando empezamos a tomar el gazpacho.

—En invierno no. Esperá a la primavera —dice Clara.

—Pero si allí nunca hace frío.

—Hace viento, es inhóspito. El río trae esa humedad que te lame los huesos.

—Me da igual, si me decidiera no sería para ir de veraneo.

—Tu madre decía que duraba solo un mes, pero que ese viento húmedo y frío la dejaba sola ante el mundo. No podía soportarlo.

A Roberto se le ha escapado. Por fin la nombra. Nunca habíamos hablado de ella desde que vinieron a Madrid y me llamaron aquella primera vez.

—Y murió en invierno. Qué casualidad.

—Tu pobre madre. Qué lástima —añade Clara.

—No pude despedirme de nadie. Ni siquiera de ella.

Nunca habíamos sacado el tema, pero hoy les cuento cómo llegó mi tía. Que aquel día, tan lejano ya, nos despertamos con el tiempo justo y que mi padre fumaba un pitillo tras otro. Que sus amigas Ulla, Claudia e Isabel llamaron temprano porque querían ir al aeropuerto. Luego supe que él, la noche anterior, les había prohibido aparecer por casa. Así que debió de ser una excusa. Más para verlo que para despedirse de nosotros. Ana, Inés, mis dos amigas íntimas, no vinieron, pero nada más llegar a Madrid les escribí.

Aquel día Felisa no conseguía cerrar las maletas por mucho que se sentase encima y saltase sobre ellas. Ni siquiera nos lavamos la cara. Mi padre contó años después que íbamos confundidos, la ropa sin abrochar, sin habernos peinado y muy serios. Incluso recuerdo que pensé: «Como nos vea Mamá...». Tan perfeccionista como era y nosotros con toda la ropa arrugada, revuelta. Me había puesto unos vaqueros de Tomás que se me caían. Él se había equivocado de sandalias.

Pero no nos dejaron verla, ni despedirnos. Ni siquiera pudimos ir a su funeral.

—¿Ustedes la vieron? —les pregunto.

—Tu padre estaba destrozado —dice Clara, sin contestarme—. Nunca lo había visto así.

—Pero eso no provoca un infarto.

Mientras lo digo soy consciente de que tendría que haberme callado.

—Es igual, él se sentía culpable. —Mientras lo dice a Roberto se le cambia el gesto, y las manos se le van a la copa de vino.

—¿Culpable de qué? —digo, y levanto la voz sin darme cuenta.

Alrededor de las mesas cubiertas de manteles blancos del comedor noto cierta tensión. Los hombres de corbata y sus mujeres enojadas y con un punto excesivo de maquillaje me miran molestos. Como si mi voz, tan alta, hubiera interrumpido una cena íntima o esa conversación importante que siempre les sucede a los demás.

—De estar contento, parecía feliz. Yo qué sé... —dice Roberto, y por primera vez rehúye mis ojos. Y mientras lo escucho, veo la sonrisa de Papá. Esa impresión que daba de que le gustaba la vida. Su mirada siempre curiosa, divertida. Sus abrazos enormes.

Pero no, no es esa manera de escaparse los dos de mis preguntas. Es la mirada siguiente, esa que intercambia con Clara. Un gesto que concentra la duda, el miedo, la sensación de haber metido la pata. O quizá, pienso, es solo una muestra más de esos comportamientos sutiles de los matrimonios que han pasado muchos años juntos y que los demás sienten como un agravio. Intercambios que duran un segundo, pero que te dejan fuera de juego sin remedio. Pienso entonces que mi matrimonio todavía no ha durado lo suficiente.

Ella reacciona enseguida. Aunque se quita el anillo y la servilleta se le cae al suelo, dice:

—Che, ¿y si te venís a Punta? Seguimos teniendo la casita en Pinares, ahora está rodeada de casas enormes, hay millonarios de todas partes del mundo. Pero el jardín, la piscina, los pinos siguen ahí. Y todos los amigos. Cuando es verano aquí, allá te congelás.

Y así sigue durante minutos. Como si quisiera borrar esa mueca en la cara de su marido mientras me habla de excursiones en su barco a Gorriti y a Punta Ballena.

—Podríamos incluso acercarnos a Buenos Aires —sugiere él.

—¿Te acordás? Esos atardeceres son espectaculares..., el mar tan cerca —dice Clara. Y enseguida es como si apenas nos oyese, como si ya estuviera allí, tendida al sol junto al Atlántico—. Un gin-tonic y buena conversación como en tiempos de tus padres —continúa nostálgica, ahora más seria, absorta en quién sabe qué.

Pero a los viejos no es tan fácil borrarles las manchas de la cara. A Roberto se le han quedado las marcas invisibles del terror pegadas en el ceño y a mí las ganas de hacerle una pregunta. No me he atrevido. Qué pena, porque cuando lo vuelva a ver puede que haya pasado mucho tiempo y quizá ya no pueda contestarme.

Llego a casa y me siento mal, no sé por qué. Como si se me hubiera quedado algo por decir. Siempre se habló de que Roberto había colaborado con la dictadura. Pero eso sería después de que nosotros dejáramos el país. Y no, no es eso, aunque cada vez que nos vemos lo encuentro sospechoso y tampoco sé bien por qué. Quizá fue cómplice. Pero ¿de qué?

Esta molestia no tiene argumento. Una desazón sin planteamiento, nudo ni desenlace. Menos mal que por la mañana ya soy otra. Aunque en el desayuno vuelve, y sé que hasta que lo hable con alguien no se me quitará esa sensación de haber tropezado con una piedra y de que me duele el dedo gordo del pie. Esta noche, también lo sé, dormiré mal.

Mi madre tenía treinta y siete años cuando murió.

Es entonces cuando empiezan a tirarme las trenzas.

Y veo el jardín.

Y recuerdo aquel aguacate.

Después del Ritz, duermo sola. Y al poco de apagar la luz se me aparece. Sonríe, parece tranquila. No lleva maquillaje y está despeinada. Me toca el pelo. Como si quisiera decirme algo. No sé durante cuánto tiempo siento esa extraña dulzura. Pero de repente se convierte en pavor. Tengo que levantarme. El corazón me late como si hubiera corrido contra el viento durante horas. Tiemblo. Y me duele el pecho.

También yo la he traicionado.

Ni siquiera sé dónde está su tumba.

Pienso en los Brandi y me pregunto por qué evitan pronunciar su nombre. ¿Qué es lo que quieren ocultar? Quizá solo sea que, para ellos, antes de morir, era un personaje secundario. Uno más de aquella época. Pero lo de Papá no fue normal. Desde que volvió a España, desde aquello, tampoco nos hablaba de ella. Incluso mucho después, cuando se puso enfermo, intenté que me contase. Pero siempre decía lo mismo:

—Era asombrosa, no se parecía a nadie. Nunca la merecí.

«Cuánto la quería, cómo la debe de echar de menos», pensé al oírlo la primera vez. Pero cuando alguien repite varias veces una misma frase con esa solemnidad, es fácil dejar de creerle.

La historia lo superaba. Me conformé durante años con esa versión hasta que me di cuenta de que lo importante no son tanto las grandes frases como los detalles. Justo lo que me falta de Mamá. De la mujer que era antes de que yo naciese. Su imagen se nutre de lo que recuerdo y de lo poco que me han contado; de lo que esperaba que mi padre algún día me revelase, de esa parte

de ella que aún no conozco.

Necesitaba eso, lo concreto. Pero él se resistía a hablar de Montevideo. No le daba la gana. Así que cuando murió me rendí. Como si lo ocurrido y el silencio que lo rodeaba hubieran logrado hacerla desaparecer. Ese obligarnos a salir corriendo aquel día había borrado la cara de Mamá.

Una vez, fue una excepción, me contó cómo era cuando se conocieron. Cómo brillaba su melena rubia en la facultad de Filosofía y Letras. Las mañanas en que abandonaba las clases y cruzaba desde Derecho para ir a buscarla. Yo también quería saber lo que vino después. Uno siempre quiere hurgar en la infancia. Y a él no le importaba perderse por esos días de su juventud. Pero ahí se quedaba. Era como si Uruguay no hubiera existido.

Por eso se me aparece. La tengo clavada.

—Nunca hablas de ella —me dijo Álvaro hace una semana.

No sé si las casualidades existen. Pero, en su caso, mencionarla fue una excepción. Si algo le agradezco a mi marido es que nunca vuelve al pasado. Ni al suyo ni al mío. Tampoco yo le he contado con detalle esa parte de mi vida. Nuestras conversaciones siempre se centran en el presente. Los niños, el dinero, el futuro. Algún novio mío, una amiga que él tuvo y que fue importante. Pero poco más. Como si hubiéramos nacido solo unos minutos antes de encontrarnos por primera vez.

Por eso, cuando al día siguiente de mi cena con los Brandi llego a casa y él regresa de un innominado viaje de trabajo, ni se me ocurre hablarle de los amigos de mis padres. Es tarde y le noto mal. Las arrugas marcadas, despeinado y esos ojos hundidos, esa mirada huidiza que es nueva en él. Ni siquiera me da un beso, es verdad que acerca la mejilla, pero no me toca.

—Tienes mala cara —dice.

—He soñado con ella toda la noche. Y al final he pasado miedo, no sé bien por qué —le digo.

—¿Con ella?

—Cada vez veo más claro que tengo que volver.

—¿Volver?

No hace falta decir más. Le cambia la cara y se da la vuelta.

—Conmigo no cuentes. Estoy hasta arriba de trabajo —murmura

mientras sale de la habitación.

Me resulta curioso. Ni se me había pasado por la cabeza que viniera.

No suele estar tan callado. Y tampoco es normal lo de poner el televisor nada más llegar a casa o quedarse amodorrado cada noche. Es como si no pudiese despegarse del mando a distancia.

Y es entonces, justo en el momento en que empieza a dormirse, cuando llama la tía Blanca. Otra casualidad. Hace tiempo que no nos vemos. Es nuestra familia más cercana, pero después de aquel viaje tan largo y tan triste nunca volvió a ocuparse de nosotros. Y no digamos a ayudar a mi padre. Menos mal que teníamos a Felisa. Porque ella jamás ejerció de madre, ni de tía, ni de nada.

—¿Por qué no te pasas por aquí? Hace un montón que no nos vemos.

Tiene la voz idéntica a Mamá. Durante un segundo me estremezco. Como si la pesadilla de anoche hubiera vuelto.

—Pero ¿necesitas algo?

Me extraña tanto su llamada.

—Quiero que veas la casa. A ver si puedo sacarle algo de dinero.

—¿Alquilarla?

—Es tan grande y está tan vieja..., igual se podría rodar algún anuncio. Quiero que la veas.

—Hay empresas que...

—Pero vente —me interrumpe—. Y así también me pones al día de tus cosas.

Lo de menos es hacerle un favor a la tía, siempre que llama es para pedirme algo. Pero ir a su casa, a casa de la abuela, en Madrid, siempre me recuerda a mi madre. A la desconocida que era antes de irnos al Uruguay.

Llego pronto y tengo la sensación de cogerla in fraganti. Vive a media luz, como viven los solitarios. Pero mientras recorremos el pasillo se apresura a abrir las puertas de las habitaciones, las contraventanas. Esa mole sombría y enorme de techos altos empieza a respirar, a despertarse.

Aunque estoy en el departamento creativo de la agencia y no intervengo en los rodajes, intento calcular el tiro de cámara y si el espacio y la luz del cuarto de estar serían suficientes para lucirse en un anuncio. Mientras lo hago me doy cuenta de que la tía Blanca ya es otra. Sus caderas se han ensanchado, sus muslos son enormes, y anda con dificultad embutida en una túnica marroquí color celeste que pretende ocultar, sin conseguirlo, aquellos desperfectos. Demasiadas meriendas, pienso, o mucha soledad. Qué poco queda de aquella mujer frágil, silenciosa y tan despeinada, con aquellos vaqueros rotos, que vino a recogerlos al Uruguay.

—He pensado hacerme un *loft*. ¿Qué te parece? —A la tía Blanca la encanta hacer preguntas que ella misma se contesta—. Y la parte del patio la alquilaré a estudiantes —añade.

El aire de esta casa conserva algo del olor de aquellos membrillos. Ese bodegón de Zurbarán que a la abuela le gustaba imitar en el frutero de cristal del comedor. Un aroma que siempre tuve dentro porque también, gracias a mi madre, era el de la casa de Carrasco. Mis dos vidas. Dos continentes, dos generaciones y el eterno olor de aquella fruta arrugada. En el *loft* que la tía planea ahora, el rastro de esos membrillos desaparecería sin remedio.

Entro en el cuarto de soltera de Mamá y abro al máximo las contraventanas. Aquí solo huele a cerrado. La mesa pequeña de pino donde estudió la carrera tiene polvo, también la colcha de flores y la estantería abarrotada de libros. Veo una foto sin enmarcar. Tan frágil ese trozo de papel apoyado en las baldas, tan insignificante. Como esa niña sería de ojos asombrados.

Cuando entreabro la ventana para airear el ambiente, la foto vuela al suelo y aterriza debajo de la cama. Al inclinarme para recogerla, veo una gran caja de cartón que parece olvidada y, aunque me mancho las manos, la rescato de esa oscuridad. Está llena de fotos pequeñas en blanco y negro. En una

aparece ella de nuevo, pero con dieciocho años. De pie, en una parada de autobús de lo que parece la Ciudad Universitaria, con un enorme bolso en bandolera quizá cargado de libros. Y con aquella melena dorada apuntando al sol, se ríe. También hay un tipo que lleva corbata, de pelo negro y corto, que parece pequeño a su lado. Debe de ser uno de esos poetas de la facultad.

Fue la abuela la que se empeñó en que hiciera una carrera. Las monjas dijeron que era inteligente, que sería un desperdicio no darle esa oportunidad, que tenía que seguir estudiando. Y lo consiguió.

Siempre que vengo a esta casa echo de menos a mi abuela. Su sonrisa, y aquella manera de andar bamboleándose, como si, al ponerse de pie, se acordase de su origen cubano. La busco entre las fotos, me extraña que en su casa no haya alguna suya. Por fin, en una se la ve sentada a la mesa del comedor entre sus dos hijas. Va de negro, con un cuello blanco de encaje — nunca se quitó el luto por su marido—. Reconozco esa mirada de orgullo. Aquí están, yo las he criado, parece decir. La tía había terminado el bachillerato y enseguida encontró un trabajo de secretaria, pero en el caso de mi madre debió de suponer un esfuerzo que siguiera estudiando. Un sacrificio no ponerla enseguida a trabajar, con lo espabilada que era. Y encima la abuela acababa de quedarse viuda. Quizá por eso Mamá la quería tanto.

Qué difícil debió de ser quedarse solas las tres en aquella España de la posguerra. Imagino esa época y me vienen a la cabeza interiores oscuros y olor a aceite demasiado frito y a estufas de carbón. Quizá ese tufo a rancio era precisamente lo que la abuela intentaba borrar con el sutil aroma de aquellos membrillos que se secaban en el frutero de cristal.

Cuando la tía irrumpe en la habitación solo mira la caja.

—¿Y eso? ¿De dónde ha salido? —Sin decir nada, la cierra y la mete en el armario. Luego comprendo por qué—. Vente —dice. Mientras hace el té quiere seguir hablando de sus futuros negocios.

—Ahora voy, quiero mirar los libros de Mamá.

Contemplo otra vez a la niña de la foto que ha vuelto a su lugar en la balda. Su mirada líquida fija en la cámara. Más interesante que perfecta. Más emocionada que feliz. Mi madre. Pero ahí están esos huecos, las partes de su vida que nunca conoceré. Ese vacío me sigue doliendo. Abro el armario y

saco la caja otra vez. La primera foto que cojo es de Papá abrazado a la tía Blanca en un bar donde apenas se les ve la cara. Y otra, subidos en una barca del Retiro mirándose a los ojos muy de cerca. Y una más en una verbena, parece que en las Vistillas, bailando muy apretados. Me quedan muchas fotos por ver, pero oigo a la tía, sus pasos acelerados, que me dice que ya está la merienda, que vuelva al salón. Sé que fue ella quien se lo presentó, pero nada más.

El recuerdo de Mamá, esas imágenes, el leve rastro que dejó en esta casa, me dan ganas de llorar. Pero la tía no para: trae el té, las tostadas y la misma mermelada de naranja amarga que le gustaba a la abuela, los bollos de la confitería de la esquina... Ni siquiera nota mi emoción.

Qué pocas cosas tengo de Mamá. Sé que estuvo dando clases particulares para pagarse la carrera y que ir a la facultad la transformó. Puedo imaginarla en esas aulas. Ese trozo de hierba, los árboles y la sombra que todavía separan las dos facultades. No había muchas chicas en la Complutense en aquella época.

Sé que pasaba el día en la biblioteca de Filosofía y Letras y que iba los jueves a una tertulia en el Café Comercial. Mi padre también tenía fotos de esa mujer joven de melena rubia y ondulada que siempre vestía de oscuro. Aquel pelo era la única herencia de su madre. Pero fue justo en esa época cuando se lo cortó. Justo antes de irnos al Uruguay.

Esas cuatro cosas eran lo poco que Papá nos había contado durante todos estos años. Como si esa etapa de su vida fuese lo que la había definido o porque, pienso ahora, era precisamente eso lo que quería que recordásemos. Yo he leído también sus versos de estudiante, su intensidad, las dedicatorias que le hacían, los libros que le regalaban aquellos poetas.

Cuando empezamos a merendar, la tía me mira callada. Mientras, yo me pregunto: ¿a qué viene esta invitación tan a deshora? ¿Qué hago aquí con el lío que tengo en la oficina? Es imposible que sepa que pienso volver al

Uruguay, porque hasta ahora ni siquiera yo lo sabía.

—Qué poco sé de ella —digo, cansada de repetirme.

—Eras muy pequeña. —Y sin venir a cuento, lo suelta—: No sabes lo triste que fue el día que vino a despedirse de la abuela. Se encerró en su cuarto y no había forma de sacarla de allí. Fui a buscarla y no quiso abrirme. Decía que no quería irse a América. Se ahogaba.

—¿Qué dices?

He subido demasiado la voz. Tiene el don de ponerme nerviosa.

—Sí, como si no pudiese respirar.

—Es imposible, si adoraba a Papá. —Y, mientras lo digo, empiezo a dudar.

—Me enfadé con ella, cómo no iba a irse —dice la tía—. Nunca entendí cómo lo consiguió. Todavía no sé por qué se casó con ella.

—No entiendo nada —le digo.

Mientras lo niego, empiezo a creerlo. Su tono me convence, no sus palabras. Y pienso en mi pobre madre. En sus tertulias, en sus amigos, en el libro de poemas que quería publicar.

—Eras pequeña.

—¿Y qué pasó?

—Por fin salió de su habitación, se secó los ojos y parecía más tranquila. Era tan valiente, y si te digo la verdad, envidiaba su fuerza. Cuando a la semana siguiente supe que se habían marchado, me alivió pensar que era una más, igual que todas nosotras.

Sus ojos se han humedecido, pero enseguida se pone de pie, sonrío, cambia de conversación y me lleva a la azotea para contarme que esos tejados son ideales para rodar una persecución. Es entonces cuando se levanta una brisa muy fría, como si la naturaleza quisiera emular esos cambios bruscos de conversación tan típicos de ella. Pero soy yo la que quiere salir volando de allí.

Mientras me habla recuerdo que de pequeña la tía quería ser actriz. Y me da por pensar que es mentira todo lo que acaba de contarme. El sol y el aire ahora nos dan fuerte en la cara, y las sábanas blancas tendidas aplauden al viento. El aire se llevará la contaminación de todos estos días sin llover.

También yo intento enfriar la emoción de este día infame. Cuando bajamos me ofrece otro té, pero algo de la merienda me ha sentado mal y estoy deseando irme. Pobre Mamá.

—Quería demasiado a tu padre —insiste ya en el pasillo, como si me oyese. Y eso que hace rato que hemos dejado de hablar de ella. Me abraza y al mismo tiempo abre la puerta para despedirme.

—No solo ella. Todos queríamos a Papá —digo, mirándola a los ojos—. La abuela, Mamá, nosotros. Y en Montevideo le adoraban.

Deja abierta la puerta de la calle y se separa de mí. Muy seria.

—¿Cómo dices...?

—Que allí también le querían. Menos tú, tú nunca lo tragaste.

Y mientras lo digo, lo descubro.

—No era un hombre para Lucía —dice—. Supe que la haría sufrir. Y eso que fui yo quien se lo presenté. Hice mal.

—Déjalo. —Le doy la espalda, salgo al descansillo y llamo al ascensor. Por fin se calla.

Qué cruel, pienso, cuando el aire de la calle me da otra vez en la cara. No puedo con ella.

Me siento con él como cada mañana. Ese hueco con el que intentamos engañar las rutinas, aunque al final estos desayunos se hayan convertido en una rutina más. Intervalos de estar solos, juntos y quietos. Solo veinte minutos, justo antes de empezar la carrera de cada día. Un lujo, ese respiro. Estos ratos de calma.

Es en la cocina, los niños acaban de irse al colegio, y es en ese paréntesis. Ese momento de charla que es solo nuestro. También hoy recuerdo a mi madre. Y pienso en Montevideo.

Anoche Álvaro salió. Una reunión de empresa, dijo. Y era verdad.

Me alegré de quedarme en casa. Vi una película en blanco y negro, *Testigo de cargo*, de Billy Wilder, y luego, en la cama, me puse a leer. Pero no conseguía dormir. Hace tiempo que he dejado las pastillas, las he sustituido por un cóctel de infusiones que no siempre funciona. Me tengo que acordar de tomar la primera taza cuando llego a casa y otra justo antes de meterme en la cama. Como mi horario es irregular, no lo tengo controlado. «La magia de cualquier remedio es la dosis, la constancia, el orden de los horarios», oí decir a aquel médico a los pocos días de volver a España. Cuando llegó mi padre, enseguida quiso llevarnos a su consulta para valorar si había alguna secuela del trauma de lo de Mamá. Todavía tenía mala conciencia de no habernos contado nada el día que pasó todo. Nunca he vuelto a dormir de un tirón.

Fue una noche de tantas, estoy acostumbrada. Salvo que esta vez ya iban cuatro días seguidos sin aparecer. Álvaro no llamaba ni venía, no daba

señales de vida. Otra cuestión de dosis. Oí la puerta a las cinco de la mañana. Dejé la novela y apagué la luz. Tardó en venir a la habitación, y lo agradecí. Primero disimulé, pero no tardé en quedarme dormida de verdad. Estaba tan cansada que, sin darme cuenta, lo dejé pasar. No pensaba decirle nada, y menos a esas horas. Hoy tengo una reunión importante y no puedo darme el lujo de pasar la noche en blanco. Pero es tan raro..., cuatro noches seguidas. Son días especiales en la gestoría, ha dicho. Las ganancias de la empresa casi se han duplicado. Una gran excusa para celebrar, para olvidarse por un momento de la rutina. En tiempos yo también he tenido mis excesos de trabajo y de quedarme hasta tarde en la oficina, pero lo de él no es normal. Es extraño que no viniese de inmediato a la cama. Lo hizo muy tarde, hora y media después.

Por la mañana no dice nada. Empieza, como siempre, a contarme chismes de su jefe, uno de sus temas favoritos. Desde que le va bien, el tipo ha empezado a beber y llega a la oficina a cualquier hora. Yo no abro la boca. Intento convencerme de que es mucho más inteligente callarse. Vigilarle, esperar.

Se levanta y me sirve el té con ternura, pasándome la mano por la nuca.

—¿Qué tal anoche? —le digo con una cara muy dulce, haciéndome la desinteresada.

—Fue una reunión cojonuda. Pero bebimos mucho.

—¿Viniste conduciendo?

—Sí, pero muy despacio, ya sabes.

—No, no sé nada.

—No hay nada que saber.

—¿A quién te estás tirando?

—¿Cómo?

—Ni siquiera te molestas en disimular.

—Pero ¿qué dices?

—No cuelea, Álvaro. No soy gilipollas —digo—. Te olvidas de que también trabajo. Y de la peste que traías.

Se queda callado.

—Por lo menos sabes que existo —dice después de unos minutos—.

Tenía mis dudas.

—No digas chorradas. —E insisto—: ¿A quién te estás follando?

Es lo normal, pienso por un momento. La gente se enamora y luego cambia. Si fuera como creo que soy ni siquiera pediría explicaciones. No voy a hacer un drama. «Una reunión cojonuda...», hay que joderse.

Me había levantado con el propósito de no decirle nada, y ahora resulto patética.

Pongo la cafetera sobre el fuego y corto el pan. Las manos se mueven sobre el tostador como si no fueran mías.

Nada de una pasión, ni siquiera un amor de verano, solo un simple desahogo. Eso dice: «Un desahogo», como si algo en nuestra pareja le ahogase. Y luego se extiende en detalles innecesarios. Solo oigo: «Es mi secretaria».

Al llegar a la sala de reuniones el jefe me mira raro.

—Todavía tienes unos minutos —dice—. Échate agua fría en la cara. A ver si coges color.

Mientras me dirijo a los consejeros y al cliente, al señor Brooks, me veo en el espejo de la sala. Vuelvo una y otra vez al desayuno y la escena ahora es siniestra. Las ojeras, el color de mi piel. Hasta el traje de chaqueta nuevo carece de repente de ese brillo de los objetos recién comprados.

—No ha ido mal —me dice el jefe—. Pero cuídate.

—Me voy a tomar unos días. Mañana te cuento.

En cuanto acaba la reunión de la mañana me meto en Internet para hacer la reserva.

Pasado mañana vuelo.

He tomado una pastilla nada más subir. Pero tengo una zarpa en el estómago. Por qué vuelvo, voy pensando hoy, 3 de septiembre, mientras despega el avión rumbo a Montevideo. ¿Vendrán a buscarme? Lo he hablado con mis amigas. Con las dos. Pero son tantos años sin vernos.

Ya no se ve la mancha iluminada de Madrid. Es justo entonces cuando, como si acabase de empezar el viaje, oigo la voz de un chico que habla por el móvil.

—Nos vemos enseguida, viejo. Enseguida.

Me vuelvo para decirle que es peligroso tenerlo conectado, pero su voz, su acento... Lleva botas de cuero muy gastadas. Es como un cowboy rubio de quince años. Me recuerda a Tomás. Como si nunca hubiéramos crecido, como si su enfermedad fuera solo un mal sueño y estuviéramos todavía en esa época, en aquel lugar al que ahora pretendo volver.

La azafata le hace una seña y por fin tiene que apagarlo. Me fijo mejor: la piel blanca, el pelo muy largo, pajizo, ojos azules, los vaqueros rotos, esas botas grandes despellejadas. Y el dulce hablar rioplatense. Cómo le gustaba a mi madre.

Igual que entonces.

Mi infancia empezó con un viaje y terminó con otro. Ese cambio de aires, esas rayas de espuma que nuestro barco trazaba en las olas durante la travesía de Vigo a Montevideo; y el último día en el aeropuerto, tan huérfanos, la estela del avión que rompió el aire y nos arrancó de allí. Rayas que marcaban un paréntesis en el tiempo.

Todos los niños miran a sus padres y entienden la mitad de lo que ven. La infancia también consiste en eso. En mirar a los padres, escrutarlos, querer adivinarlos. No me gustaba ver llorar a Mamá.

La pastilla empieza a hacer efecto y me quito los zapatos. Mientras oigo que van a servir la cena me pregunto si no debería renunciar a comer y aprovechar que los ojos se me están cerrando.

Dónde empieza ese territorio que nunca llegué a olvidar. Una historia feliz que terminó mal. Un paisaje cerrado, inamovible. Porque la infancia también es el dolor. Como una rata en un laboratorio. Es la hora de abrirla, de sajarla. Y más si ese animal extraño, ese mapa de un trozo de la vida, tiene patas y se pasea por una playa, en una calle con pinos grandes, o dentro de una casa, en un jardín que tiene un sauce con una sola rama a la que agarrarse y una palta gigante que nunca da fruto.

El carro de la comida me despierta del todo, ¿en qué estaba soñando? Con gran despliegue de plásticos, nos han servido unos espárragos helados y un ragú caliente que huele medio bien, así que intento espabilarme. Pero solo lo justo, me quedan muchas horas de viaje.

El presente es movedizo, inseguro, lleno de preguntas, me voy diciendo, mientras pienso en Álvaro y en cómo será esa tipa, otra rata que ha irrumpido en nuestras vidas. La infancia es un pueblo que se nos ha quedado pequeño pero que no tiene sorpresas, es lo que hubo, se mueve a un ritmo que permite añadirle todos los filtros de lo que no tuvimos, de lo que deseamos. Podemos inventarnos una infancia de escasez o de esfuerzo o un castillo de princesas dormidas. Quién va a ir a investigarlo.

Y mientras me sirven una copa de vino sigo divagando. Intento volver a dormirme. La vida, la de todos, también la mía, tiene la composición de una novela y un final largo que de repente me devuelve al principio, hasta lo que queda de aquella niña pazguata, entrometida. Una ficción con personajes y deseos, con varios principios y un solo final. Un lugar que nos acoge y nos trata con piedad cuando las otras patrias nos traicionan. Que incluso nos miente para que no se nos abran las heridas. Noto que la cabeza se me va, la pastilla empieza a hacer efecto. Me desabrocho el cinturón y el botón del vaquero.

Esos límites invisibles, esas rayas tendidas en el puerto, en el mar, en el aire cuando nos fuimos de España, eran ciertas, seguras, descifrables. El camino de vuelta, no. Mejor olvidarlo. Ese día que no queríamos saber lo que pasaba.

Me quedo solo con aquella felicidad de ir en bicicleta entre los pinos de Carrasco, de saber que sacaríamos buenas notas en el colegio, de las primeras conversaciones sobre chicos. Un inventario. La lista de la compra de los recuerdos felices.

Amanezco a las siete y media de la mañana, la gente empieza a subir persianas y el interior del avión se va iluminando poco a poco. Trozos de nubes, de cielo, y de golpe la luz eléctrica que lo unifica todo. Es cuando me pongo los zapatos.

El chico rubio sigue ahí, el pasillo por medio. Y ha vuelto a encender el móvil. Lo manipula, pero no consigue hacerlo funcionar. Esa agilidad de sus manos finas y rubias llenas de pecas.

Con él vuelve. Al observarle, aparece mi hermano Tomás.

Conmigo en pleno vuelo. Encima del océano. Su sonrisa tranquilizadora me dice que mis amigas vendrán a esperarme. Que lo pasaré en grande. Que hago bien en volver.

Y regreso a aquella noche en que desapareció.

Nos reíamos de él. De aquella noche en que bajó a la cocina y cortó media barra de pan sin abrir los ojos. Había invitados y pasó por el comedor mordisqueando el pan sin mirarlos, dejando unas pocas migas a su paso. Mamá le siguió hasta que volvió a la cama.

—Sonámbulo —dijo ella abrazándolo al día siguiente.

—Y hambriento —añadió Papá entre risas.

Pero esto fue muchos meses después. Esa noche Mamá entró a arroparme y a él no lo encontró en su habitación. El hueco de aquel niño dormido, siempre feliz, acurrucado entre las sábanas. Miró debajo de la cama, en los armarios, en el jardín. Luego subió Felisa y encendió todas las luces.

Recuerdo las voces de Mamá en el teléfono llamando a la policía y la sirena que rompió la quietud del aire en nuestra calle. Era muy tarde y fue hace mucho tiempo, pero aún los puedo ver corriendo entre los pinos, por las

aceras, camino de la playa que estaba a tres cuadras. Pronunciaban su nombre y el filo de sus gritos cortaba la noche. Una noche oscura como el fondo del mar. El mar negro de Homero. Los faroles antiguos apenas les iluminaban.

¿Dónde estaba Papá? No lo recuerdo. Y me acabo de dar cuenta de que a lo mejor no estaba allí.

Pero no he olvidado aquel grito ahogado de Mamá. Empezó alto y agudo, pero no pudo sostenerlo y acabó en un sollozo.

—Entra en casa, vuelve a la cama. No te preocupes, seguro que no, que no pasa nada —me había dicho en el jardín con la cara hinchada y cubierta de lágrimas.

Me quedé, me dejaron abajo en el porche, sola con mi camisón de verano, aterida de frío. Mientras, Mamá, Felisa, los agentes y los vecinos se iban a la playa cargados de linternas y megáfonos. Empecé a toser y me dio por temblar, así que subí al dormitorio y me metí en la cama. El calor de aquel bulto que rozaba mis pies. Ardiente y movedizo. Y al levantar la colcha el olor de mi hermano. Dormido allí en lo oscuro, tapado con las sábanas, debajo de la manta.

Se despertó y no entendía nada. Porque Mamá vino, lo aplastó con su abrazo y ya no quiso soltarlo. Menos mal que ahora ella también se ha ido. Porque le hemos perdido otra vez.

Y al día siguiente, al despertarnos, la arena se había extendido por toda la casa. Debió de ser cuando volvieron de la playa, ahora sentíamos el crujido bajo los zapatos, veíamos las rayas que quedaron dibujadas en el parqué. Y mi hermano en el coche, camino del colegio, sin saber qué pasaba. Su pelo mojado, los ojos muy abiertos, su mano, que no me soltó en todo el camino. La cara de Mamá, despidiéndose en la puerta de casa con el brazo levantado, seria y feliz a la vez, como si aquel día de nuevo nos fuéramos muy lejos.

Tampoco recuerdo a Papá ese día. Y de nuevo me sorprende no haberlo mencionado antes. Y cómo cuando una pieza del pasado se mueve, todo lo que parecía quieto empieza a bailar.

Puede que sea solo por eso. Tenía que venir para recuperar aquella tarde de sol radiante cuando llegamos del colegio. Para volver a verla a ella esperándonos. Aquella tarta de manzana caliente que había preparado.

O para desvelar ese misterio, aquella noche oscura de su muerte. Ese punto ciego, esa zona fantasma. Por eso voy a ciegas en este avión anónimo buscando sus paisajes y los míos. Buscándolos a ellos. El modo en que Papá cogía el cigarrillo. Y cómo a ella, cuando le hacían daño, le temblaban las manos. La mirada de la hija después de tantos años.

Volver a verlos como los imagino. Esta noche en el aire, sin ataduras. Porque eran guapos, porque estaban morenos y, al llegar, parecían felices. Porque tenían ganas de bailar, de bañarse en esas aguas. De reír, de mentir, de apasionarse. Son ellos lo que busco. No a la niña que fui, ni a la que quise ser. Son ellos, sus amigos, con sus locas salidas y sus locos amores.

Y vuelvo a mirar al chico de las botas.

Estamos aterrizando. Si me oyera mi hermano. Basta ya. ¿Estará Yuyo en el aeropuerto? Qué ganas tengo de verlo. Cómo me verán a mí. Tengo que pintarme antes de bajar del avión. No se recuerda todo el tiempo. Saco la libreta, no la he olvidado. Ahí están todas esas personas a las que iba a llamar.

Ya no sé bien por qué viajo. Ni siquiera si soy yo la que vengo a Montevideo o si es la ciudad la que avanza hacia mí. Pero por fin lo he hecho.

—La primera pregunta que tengo es: ¿qué nos pasó? ¿Qué hicimos en todos estos años? ¿Por qué no nos vimos antes?

—La mía es mejor —dice Inés—: Che, ¿somos o no somos hermanas?

—Hicimos el idiota. Teníamos que haber... Pero ya estamos —dice Ana riéndose—. Y no, Inés, eso no. Aunque puede que, por ahí suelto, tengamos algún hermano pequeño.

Son ellas. Allí estaban, enseguida las vi. Detrás de la vidriera, en medio del grupo que esperaba el avión. Inés, grande y alta y con los mismos ojos transparentes de los trece años. Ana sin maquillaje, casi sin arrugas. Las dos llevaban vaqueros, las dos iban con camisa y chaqueta. Tenían más de cincuenta años, igual que yo.

Yuyo, en cambio, no ha venido.

Subo a la camioneta de Ana y me preguntan si quiero pasar por nuestra antigua calle.

—Primero a la Rambla —digo.

Quiero ver ese mar marrón. Con él, con esa arena, volverá todo.

Nos sentamos en uno de los bancos que hay en la acera, sobre la playa. Hace frío y juntamos los hombros y los brazos. Somos amigas. Tantas cartas, mensajes, llamadas. Los años que pasaron sin dejar de compartir lo nuestro.

Y lo nuestro eran los padres, los recuerdos, pero también lo que nos íbamos encontrando por la vida. Porque primero fue la ausencia, la distancia, pero enseguida, sin casi darnos cuenta, llegaron los novios y luego los maridos y los niños. Y las cosas apenas esbozadas en un par de líneas, como una discusión sobre política, un disgusto con el jefe, un hijo que se ponía enfermo. Las cosas importantes, como la muerte de mi padre, iban en la misma carta en que aparecieron los primeros pelos de la barba de mi hijo. Lo único que unía las historias era el deseo siempre retrasado de volver a vernos. Por eso estos últimos días, la espera, este momento. Estar juntas es enorme. Y a la vez extraño y normal.

El viento que viene del agua dulce mezcla nuestras voces.

Estamos frente al Casino de Carrasco. Ahora se llama de otra manera, pero todavía es grandioso y palaciego. Por dentro, me dicen, han añadido un spa. Puedo imaginar aquel viejo hotel adornado con uno de esos sitios de toallas blancas con piscina de agua templada y sauna.

—Sigue siendo un edificio precioso —dice Ana— y, al contrario que a nosotras, las reformas lo han rejuvenecido.

—Y tuvo sus problemas. En el 68 lo atracaron. Los tupas se llevaron veinticinco mil dólares —dice Inés.

—Hicieron bien.

—Pero, Ana, qué bruta que sos —dice Inés—. Hablábamos de eso hace un rato. Mientras te esperábamos.

—Aquel Carrasco, esa vida de nuestros viejos.

—Qué poco sabíamos los niños.

—Aquel despelote... —dice Inés.

Me río, nos reímos.

Los hijos, las parejas, los padres, aquel tiempo, todo va desfilando.

Quizá lo despertó aquella cena con los Brandi, pero siempre he soñado con la Rambla. Sentarme allí con ellas dos y con ese mismo viento que venía de lejos. Mis amigas, todo lo que nos hemos querido, extrañado. La distancia de pronto es un segundo. Ahora está sucediendo y se me hace un nudo en la garganta.

Y luego está lo que decía mi hermano. Siempre insistiendo en que

volviéramos, que era parte de nuestra vida, los años más importantes. Lo que pasó, aquel negro final de nuestra infancia, no debía hacernos olvidar la luz de los primeros tiempos en Carrasco. Cuando volvimos a Madrid, Tomás añoraba la Rambla, igual que yo. Quería comprarse una pequeña chacra y, cuando se jubilase, pensaba cambiar los inviernos de Europa por los veranos del Río de la Plata. «No una estancia grande», decía, «un pedazo de hierba, unas vacas, una vista a la costa.» Esos planes tenía.

También yo quería volver, pero no se lo dije. Me daba miedo. Cuando murió Mamá yo ya era adolescente. Al llegar a Madrid decidí dejar la infancia quieta. Poner un marco a todo eso, no volver a tocarlo. Una foto fija a todo color, congelada.

Intentaba olvidar la muerte de Mamá. Los dos lo intentábamos.

Y eso es este viaje. Esa deuda con ella.

Pero también un homenaje a Tomás, mi hermano muerto. Un recordarle vestido de vaquero, escondido debajo de su cama. O subido en el sauce del jardín imitando a Tarzán, o en la bici camino del colegio.

Y volver a verlas. A mis dos amigas, que tanto le querían, y al amigo que guarda ese álbum. Las fotos viejas que Yuyo escaneó, cuando lo de Tomás, y fue enviándome poco a poco como monedas de un barco recién recuperado.

Pero hay más. Ahora que no están necesito volver a lo que nunca dije, a lo que no nombré. A la vida submarina de los adultos. Nunca dejamos de observarlos. Jamás los he olvidado.

Los mayores. Tan felices y tan ocultos, tan desconocidos, incluso nuestros padres. Aquel ambiente de fervor sexual, esa sospecha abierta, indescifrable. Éramos pequeños, pero no tanto. Esas ideas borrosas, esos detalles. Los minutos de más o de menos que hacían toda la diferencia. Esa mano que se quedaba demasiado tiempo sobre el brazo de una mujer, una pareja de amigos que de repente se alejaban por el borde de la playa y que parecía que nunca iban a volver porque siempre tardaban en venir unos minutos más de la cuenta. Las miradas que se cruzaban y que nadie parecía captar.

Éramos adolescentes. Algunos ya se habían besado en la Rambla, otros hacíamos manitas a escondidas por debajo de las mesas. Aquella bicicleta

con motor de Carlos Magri. Con lo guapo que era.

Pero los sospechosos eran ellos, nuestros padres, sus amigos, por eso no queríamos saber y no sabíamos. Una amistad tan fuerte. No pensábamos más. Movimientos que a los niños que éramos nos dejaban con una pregunta que jamás nos contamos. Nunca salió nada de nuestras bocas.

La vida de mis padres y la nuestra. Ahora todo se confunde en mi cabeza. Los felices sesenta, el amor libre, la moda que venía de París, los viajes a las librerías de Buenos Aires, las estancias inmensas y el dulce de leche negro, como negra era la cara de los gauchos. Montar a pelo por el campo abierto. Galopar otros días con el corazón en la garganta, el olor de la silla de cuero, de pie sobre los estribos, el caballo que parecía reconocernos. Ir al colegio de uniforme gris, rezar en la capilla de Mater, sacar buenas notas.

Y escuchar las conversaciones de mis padres con sus amigos tantas noches, los tangos, Cervantes, Miguel Hernández, Lorca. La poesía —eran gente culta—, formaba parte de la seducción, igual que bailar tangos o jugar a las cartas. Y beber hasta la madrugada. Cuando las estrellas empezaban a desaparecer oíamos desde la cama, muy a lo lejos, los motores que se alejaban. El verano en el porche de Potosí, o en invierno las voces junto a la chimenea..., los tangos, la tortilla de patata, el whisky con hielo, las risas, las discusiones políticas, muy poco fútbol, pero a veces el Nacional y el Peñarol. Discusiones que no acabábamos de entender, caricias ocultas y sutiles que sabíamos sospechosas. Las ocasiones eran diarias y secretas.

Pero también el sonido que venía de arriba, de lo más alto de la casa. Esos ruidos de su dormitorio, las escaleras, la alfombra que subía hasta su cuarto. Esa curiosidad de la mirada, esa niña que quería saberlo todo. Completar ese puzle de las palabras que solo se oían a medias. Oculta como una delincuente. Todas esas cosas que siempre comprendía con retraso. Y, como siempre, me quedaba a la mitad. Como un eco, igual que una radio estropeada.

Todavía tengo hambre. La emoción siempre me abre el apetito. Carrasco, Montevideo. Cuarenta años después.

Al llegar al barcito de la calle Arocena seguimos frente al Casino, que, con su contundencia palaciega, parece subrayar nuestros recuerdos. Ya no sé si es la hora de desayunar o de comer. Pido un sándwich, y ellas tostadas con dulce de frambuesa.

Reímos, recordamos. Pero la conversación es también sobre los muertos.

—Tengo las cartas —dice Ana.

—¿Qué cartas? —pregunto.

—De mi padre, de tu madre.

—Pero ¿hubo cartas?

—Teo las guardó.

—Pero si nunca pasó nada —dice Inés.

—¿Nunca? —duda Ana.

—Eso decían, eso dijeron siempre —dice Inés—. Que Lucía no estaba en el juego.

—Quién sabe, ya verás.

Me quedo pegada a esa última frase, Inés se revuelve en la silla. Como si quisiera pedir algo más de comer y no se atreviese. También yo pasé toda la adolescencia pensando que algún día tendría que tomarme en serio aquellos kilos de más. Conozco bien esa culpa.

—¿Queréis algo más? —les propongo.

Mira la barra y sin levantar la voz pide un sándwich mixto igual que el mío. Y otra Coca-Cola.

—¿Y tu madre? —pregunto a Inés.

Recuerdo que me escribió al poco tiempo de morir Tomás.

—Vive aquí, justo a la vuelta.

Me señala el tejado de una casa grande, un enorme chalé, que se ve a lo lejos.

—¿No vivía en Pocitos?

—Tiene una de esas demencias, una especie de Alzheimer, qué sé yo... no quise dejarla allí, da tanta pena —dice.

—Un día, si quieres, vamos a visitarla. —Lo digo sin pensar, con cariño y nada más.

—¿Un día?, ¿qué día? Ya sabes lo que dicen los ingleses: *A day is not a date*.

—Pero solo voy a estar una semana.

—¿Por qué no ahora mismo? Igual a ti sí que te reconoce.

—¿Después de tantos años?

—Es feliz, ya verás. Sonríe como siempre.

Y es verdad, la residencia está a una cuadra. Es imposible negarse. Una casa típica de Carrasco. El mismo porche que la de Potosí. Pero el jardín es un prado grande de unos quinientos metros. Está amueblado con sillas y bancos de mimbre y almohadones azules en los que, a pesar de que ha salido el sol, no hay nadie sentado.

Dentro todo es distinto. Las ventanas son anchas, pero de cristal fijo y de rejas estrechas. Música New Age, muy suave, una canción de cuna para ancianos. El olor a cerrado se mezcla con el de la merluza hervida que sale de una cocina donde ya se prepara el almuerzo.

Es primavera, pero la calefacción está muy fuerte. Y también aquí predomina el azul. En los sofás tapizados de pana artificial, en las baldas de una biblioteca en la que apenas hay libros. Todos los objetos tiran al azul, y azulón es también el uniforme de las mucamas y de las enfermeras. Esa uniformidad casi militar hace del chalé encantador una institución que no es exactamente un hogar.

Inés enseguida busca a su madre entre los demás ancianos, y al no verla su cara se descompone.

—¿Ha pasado algo? —pregunta casi en un grito a la mucama.

—No, señora. Su madre tardó hoy en levantarse, no estaba muy animada. Pero ahora mismo la traemos. Le va a encantar verlas.

El salón es amplio y luminoso. Un lujo, si no fuera por ese televisor con el volumen demasiado alto y esos ancianos, son más de diez, que miran la pantalla con los ojos vacíos. A uno le cae la baba por la barbilla, otra tose. En un momento dado, mientras la esperamos, un tipo alto y delgado que va vestido de caza y que parece un duque se quita la dentadura y la pone encima del sofá. Empieza a sonreír y a mirarme señalándola con orgullo. Como un trofeo.

Claudia aparece enseguida, tiene buen color y sonríe como si acabara de salir de un salón de belleza. Su pelo de entonces, rubio y cardado, es ahora de un blanco impoluto, pero su peinado es idéntico al de entonces, y sus anillos de oro y sus pendientes de perlas me recuerdan algo. O quizá sea el modo en que me saluda, bajando un poco la cabeza, mirándome a los ojos. Antes reía sin cesar y a veces hasta sin sentido y ahora parece otorgar su sonrisa como un regalo. Como la mujer de un expresidente de Estados Unidos. Nunca fue una belleza clásica, pero tenía el gancho de una permanente bonhomía, sucediera lo que sucediera, su procesión siempre iba por dentro. La vejez, a pesar de la enfermedad, ha dotado de dignidad a esa sonrisa abierta, esos pechos caídos demasiado grandes, los pendientes, las dos perlas que brillaban al sol.

La miro y la abrazo como si me hubiese reconocido, y ella me sigue el juego. Su cuello huele a colonia de bebé. Un olor muy intenso que se me queda pegado durante horas, y que incluso impregna mi ropa interior.

Inés también finge normalidad y me nombra y habla de mi hermano y del avión que se fue aquella tarde. Y de cómo los niños íbamos despeinados y con la cara hinchada de llorar. Es entonces cuando Claudia la interrumpe y dice, como si acabara de suceder, que al ir a pasar el control de pasaportes yo la he empujado a un lado y le he preguntado por Mamá.

—Tu padre no quiere hablar. No nos contó nada.

Es como si hubiera estado esperando todos estos años para decírmelo.

Inés se acerca y me dice al oído que mejor lo deje.

Claudia me mira muy fijo, mira a su hija y enmudece. Pero nos sentamos

en el sofá y noto que me sigue observando.

En el televisor se oye a un hombre decir: «Un golpe en el cuello es lo mejor. Lo agarrás de las patas traseras, colgando con la cabeza hacia abajo, y le das un golpe en la nuca justo detrás de las orejas».

Ella desvía los ojos hacia la pantalla, donde, en ese momento, dos hombres de aspecto rudo desuellan un conejo de campo. El fondo es oscuro pero un foco ilumina directamente el cuerpo del animal muerto.

Hacen un tajo en el lomo y, separando la piel, cada uno de ellos tira hacia un lado hasta dejar la carne desnuda. Con la cabeza se entretienen más, no sale tan fácilmente. Pero al final los ojos acaban asomando sobre el cráneo, del que han cortado las orejas.

—La estancia, ¿cuándo vamos a la estancia? —dice Claudia de repente.

No hay sangre ni apariencia de dolor. Y es la primera vez que sus ojos muestran interés. El conejo, en una especie de ceremonia medieval, es despedazado antes de acabar en la olla. Después de limpiar la cabeza uno le corta el rabo y luego avanza desde el sexo con el cuchillo abriendo la tripa y sacando los intestinos. Con el mismo cuchillo de punta consigue arrancarle el corazón y el hígado.

No es momento para empezar una conversación. Claudia está absorta en esa fiesta.

Justo ahora le están cortando las patas más pequeñas. Después trocean su cabeza, sacándole los ojos y unas tiras finas que van metiendo en un cuenco grande. Las costillas salen en tres piezas.

Es entonces cuando Inés se levanta y apaga la tele, tomando a los ancianos desprevenidos.

Luego vuelve al sofá y grita a su madre:

—Vení. ¿Te acordás? Vino a verte desde España.

Al oírlo, Claudia empieza a reírse como si le hubiera gastado una broma.

—No jodás, si viven en Potosí.

—Hola, Claudia —le digo de nuevo—. Qué alegría verte.

—¿Y tus padres, linda? ¿Cómo están? Hace días que no los veo.

—Están bien, muy bien. Yo tampoco los veo.

No ha envejecido. Era redonda y ahora parece más pequeña. Pero su cara

blanda y suave, y sus labios sonrientes, pintados de rosa pálido, son los mismos. Solo falta el Ford Taunus color verde agua para que el retrato sea completo. Hasta sus piecitos se asientan en lo que parecen las mismas chinelas de cuero blanco con su borde de piel de conejo que reconozco de otra época. Aquellos días en la calle Pedro Figari, cuando las amigas de sus hijas nos quedábamos a dormir en su casa. O las semanas en la estancia cuando nos despertábamos al alba para montar a pelo y acompañar a los gauchos a llevar el ganado al arroyo Salsipuedes.

—De aquí es difícil salir vivo —dice en voz muy baja pero segura, como si fuera un secreto y, a la vez, algo que ella supiera de muy buena tinta.

Solo las manchas de sus manos la contradicen. Habla en presente. En un presente interminable. De pronto ha vuelto a su casa de Carrasco.

Vamos a su habitación y nos cruzamos con dos viejos caballeros que la miran, se dan un codazo cómplice y desaparecen en los pasillos en sombra.

Claudia se sienta en la cama y me mira.

—Tu padre, tu padre la mató.

—Qué decís, vieja —dice Inés.

—No se puede querer así a nadie.

—Qué decís, mami.

Esta vez su hija la abraza y le tapa con suavidad la boca con la mano.

—Conmigo también quiso, pero no le dejé.

Sus manos empiezan a temblar.

—Cuando se pone así no sabe lo que dice. —Inés me habla despacio y claro, como si también yo fuera una niña pequeña. Luego llama al timbre y viene la enfermera con una inyección. Claudia enseguida se calma.

Antes de marcharnos, Claudia se acerca muy despacio a Ana y la besa. Luego abraza a su hija. Me mira cinco segundos a los ojos antes de acercarse. De repente mi presencia aquí, le sobra. Es como si, en un momento de clarividencia, le entrase la duda. Qué hago yo aquí.

Pero enseguida me toma de las manos y, sin soltarlas, dice:

—Decile que venga a verme. ¿Dónde está? ¿Por qué no viene?

—Está lejos —digo en voz muy baja.

—Si sigue así tendré que salir a buscarle. Tengo el coche en la puerta.

Decile, por favor.

Solo se tranquiliza cuando su hija vuelve a abrazarla y la separa suavemente de mí.

Me voy con un peso extraño en el alma. Con la sensación de que tendría que haberme quedado un rato más. El día entero. La amiga de mi madre.

Y entonces, mientras la camioneta de Ana se aleja hacia la carretera, me parece otear entre los árboles del jardín la mancha azul verdosa de un coche viejo. El mismo color agua de aquel Ford que pasaba varias veces al día delante de mi casa. Avanzamos hacia mi hotel, entre los altos pinos que bordean las calles de Carrasco y se abren de nuevo hacia la Rambla. Pero no puedo dejar de mirar otra vez hacia atrás, me va a costar olvidarme del interior de esa casa tapizada de azul. Y sin querer vuelvo a recordar nuestra llegada, los ojos blanqueados y líquidos que miraban a la pantalla, el movimiento de sus bocas abiertas, las comisuras húmedas.

El coche de Ana ha dado la vuelta y ya estamos en la Rambla. Lo último que he visto en lontananza, quizá lo he imaginado, ha sido a la mucama que decía adiós con la mano apoyada en la puerta y una sonrisa triste. Su vida azul.

A un viejo despistado se le aguanta si se le quiso mucho, diez viejos juntos y extraviados deben de ser el infierno. Y pienso en la Claudia de entonces. Y en que siempre sonreía, tan bien maquillada. Los ojos felices y los pies pequeños.

Hay lugares como esa residencia que nos llevan a nuestro propio futuro y que nos hacen daño. No se trata de una escena de ciencia ficción o de progreso. No hay naves estelares ni edificios inteligentes. Ni siquiera un mundo dominado por la ciencia, la inteligencia artificial o la física atómica.

El futuro, ahora me doy cuenta, es una estación del año con muebles azules, olor a merluza hervida y a bata de pana. El puerto inevitable al que llegaremos. Porque la alternativa es peor. No alcanzar ese sofá, ese televisor, esa ignorancia. Ni siquiera una raja de merluza hervida.

Es el pasado el que me ha traído aquí. Y, nada más llegar, ya estoy en el futuro. Pienso en mis padres muertos. Lúcidos hasta el final, clarividentes. Insoportablemente cultivados. No llegaron a viejos. Y quizá fue mejor.

No quería a Claudia en este viaje, no he venido a buscar esto sino a aquella mujer de ojos siempre alegres que era amiga de mi madre y que buscaba a mi padre detrás de cada esquina de Carrasco. Su Ford siempre pegado a nuestras ventanas. O a aquella niña de trece años que nunca supo nada. O a ellos. He venido a buscarlos a ellos.

Llegamos a mi hotel.

—Qué ganas tengo de ver a Yuyo, de darle un abrazo —le digo a Ana al despedirme—. Y de leer esas cartas.

Llegar a esta playa hace que piense en ella. Desde la Rambla la veo mejor. Su cara es el recorte de una realidad perdida. Ese paisaje la define, marca sus rasgos. Porque la última vez fue allí. Como si el laberinto empezara a marcar la luz de la salida.

Atardece y empiezo a sentir el cansancio del viaje. Estoy en un buen hotel, un lugar de tapicerías gastadas, un poco decadente, pero la vista sobre la Rambla es espectacular. Ni una llamada, ni siquiera un email desde Madrid. Me pregunto qué harán. Necesito asimilar lo de estas últimas horas, así que me tumbo en la cama y empiezo a escribir en el cuaderno.

Pero los grandes ventanales sobre la playa tiran de mí. Me asomo y ahí están. Las toallas rojas para que no nos perdiéramos, los bocadillos de jamón, el gazpacho... creo reconocer la roca donde nos resguardábamos porque era grande y oscura. Siempre poníamos las toallas alrededor. Y recuerdo aquel empeño de Mamá por traer también la tortilla de patata a la playa a pesar de lo cerca que vivíamos, y ese seguir haciendo la misma comida que en Madrid.

Mis padres venían de un país oscuro como una Semana Santa. Traían los silencios, los miedos, el hambre que habían pasado de pequeños. Las radionovelas y la Señora Francis en los patios de vecinos, y los rosarios al anochecer. La misa de los domingos. No era tan fácil quitarse de encima a aquella niña de las fotos en blanco y negro. Las mangas largas, los cantos de las monjas, el velo blanco, el misal. Por mucho Atlántico que la separase de esas sombras.

Vuelvo a mirar por las ventanas y otra vez la veo.

Está perdida. Pero lo que se quedó fuera de pronto emerge entre las dunas. Recuerdo la última vez que estuve con ella en esta playa. Era este mismo fondo, el río y la arena, los pinos y la calle lo que echaba de menos.

Qué querían tapar. Qué ocultaba mi padre al mandarnos a Madrid sin la oportunidad de verla o de ver su ataúd. ¿Ahorrarnos ese último dolor? ¿O era para que no preguntásemos? Apenas se volvió a hablar de ella desde que murió. Desde que nos la quitaron de esa forma tan brusca. Tan sospechosa, también.

Siempre que me he puesto a recordarla, algo me ha detenido. No consigo ir más allá de su historia. Lo he intentado, pero no. Aquí está. Esa pieza que faltaba. Un gran puzle que empieza a completarse. Paseó por aquí, metió los pies en el agua; su mano apretaba la mía, y la de Tomás.

Esa manera en que cogía el cigarrillo. El pelo limpio. Sus ojos grises siempre preocupados, la pequeña arruga que se le formaba en la frente. Sentada junto a la Rambla, tranquila ante ese mar oscuro, así la veo. Ahora la puedo ver. Sus faldas grises, las blusas blancas, los jerséis azul marino. Y luego en casa, cómo leía tumbada completamente en la cama, los brazos en alto. El libro en una mano. Gestos perdidos que han empezado a emerger.

Su paseo cada tarde por el pequeño jardín de Potosí y cómo miraba cada planta. Hablaba sola mientras las regaba por la noche. Y luego sentada en el sofá frente al televisor como una tarea más. Igual que en otra época sus padres rezaban el rosario en familia, nosotros nos reuníamos frente al televisor. Estábamos juntos ese rato y luego a cenar y a la cama.

Todos estos recuerdos distraídos. Leves como esas pequeñas olas que ahora se forman en el Río de la Plata y que llegan a la arena por la parte de Carrasco. Esa suavidad que apenas toca la playa, cuando ya a nadie le importa. Pero a mí sí. Ha sido esa luz de la tarde la que ahora la ha traído a ella. Bendigo este paisaje.

Y me asomo de nuevo. Si esas parejas que se sientan en los bancos de cemento de la Rambla no han dejado de besarse e insisten en beber mate mientras el sol acaba de esconderse, si todavía se empeñan en devorarse entre sí y en merendarse el horizonte. Si el Río de la Plata es idéntico a como lo he

recordado durante estos treinta años, ¿cómo voy a sospechar de mis recuerdos?

Pero el agua también ha transportado ramas, papeles viejos, piedras y basura. Es un río marrón lo que veo. La memoria cambia a medida que cae la tarde. Ni siquiera sé si son recuerdos.

Álvaro no habría encajado en este paisaje. Pero echo de menos a los chicos.

—Papá no está —dice Guille cuando pregunto.

—Dijo que llegaría tarde —añade Pati.

Qué mal lo conozco, pienso después.

Cuando nos conocimos él también estudiaba Derecho, también pasaba las horas encorvado sobre los libros en aquella biblioteca, iba a las asambleas, se sentaba a comer en el césped y luego se echaba una siesta bajo aquel árbol grande que nos separaba de la Facultad de Filosofía. Pero era invisible para mí. Hasta que me mandó esa nota.

La dejó encima del manual de Derecho Internacional Público, era el de Aguilar Navarro, hasta eso recuerdo. Era junio y la biblioteca estaba a rebosar. Vi la nota al volver del cuarto de baño:

Menos que el circo ajado de tus sueños
y que el signo ya roto entre tus manos.
Menos que el lomo absorto de tus libros
y que el libro escondido
de páginas en blanco.

A partir de entonces cada vez que me levantaba aparecía una de esas hojas cuadriculadas.

Déjame solo en mi calle
Déjame solo en la noche
Y olvídate de mi nombre

Las frases, los versos no faltaban ningún día.

Déjame que te hable también con tu silencio claro como una lámpara, simple como un anillo.

Hice lo que haría cualquiera. Salir por la puerta, fingir indiferencia, espiarle por una rendija. Trazar un plan.

Así descubrí que era el de la barba y la chaqueta de *tweed*. Su barba, fue su barba. Un profeta en medio de los chicos peinados al agua o a la gomina que iban a aquella facultad vestidos de letrados del Consejo de Estado. Por sus camisas y sus mocasines también él habría podido acabar como abogado de una multinacional, pero tenía una barba de izquierdas. Y la chaqueta parecía muy usada. Esos detalles que solo veo en los hombres que me interesan.

Enseguida, casi sin darme cuenta, aprendí que odiaba los escabeches y que le pirraban las sardinas a la plancha. Supe que prefería un Rioja a una cerveza, que necesitaba correr una hora por las mañanas. Noté que se preparaba cada noche una infusión distinta, y a veces le echaba un chorro de whisky. Me dijo que siempre tenía un hueco para leer una novela policiaca y para ver al Atlético de Madrid.

Y que yo le gustaba.

Nos casamos en muy poco tiempo. Ahora Álvaro no lee y ha sustituido la vieja chaqueta, que se acabó rompiendo por los codos, por el traje gris de Cortefiel con el que va a la gestoría.

Por eso, en cuanto entró aquella noche en casa oliendo a tabaco y a sexo una parte del pasado se esfumó. Puede que lo de dejar de quererme fuese, pienso ahora, porque yo ya no le quería.

Pero las cosas nunca son tan sencillas. Esa noche todavía estaba viva. El olor del cuello y los hombros de su camisa. Su manera de entrar tan despacio en la cama. Todo resultaba ridículo. Hay trámites en todas las parejas que, en un momento dado, deberían pasarse por alto. Al día siguiente se quedó callado, molesto. Pero la pesadilla era mía. Unos minutos, lo que dura un desayuno, y ya era una persona distinta.

Ya no podía fingir. Qué ridícula era esa imagen de pareja perfecta que tanto me había empeñado en cultivar. Hacía tiempo que ya no éramos ni ingenuos ni felices. Cuánto esfuerzo por negar lo evidente y qué imbécil había sido. Esa noche era lo de menos. Me daba igual.

Por eso me he ido. Para cortar de raíz esos pensamientos oscuros que de pronto volvían a presentarse por las noches. Habrá que empezar otra cosa, me dije, sin saber todavía si sería peor o mejor. Y al mismo tiempo echo de menos mi ignorancia de aquella mañana, cuando todavía estábamos en la cama y me acarició el pecho antes de irse al cuarto de baño. Esa tentación que duraba solo unos segundos y que hacía que lo negase todo. Todavía estoy a tiempo de olvidarlo todo y de volver mansamente a meterme en su cama.

Empiezo entonces a darle vueltas a nuestra conversación. Pero hasta la casa parecía otra. Los cristales de la ventana de nuestro cuarto estaban sucios. Esa moqueta color crema tan luminosa que habíamos elegido hacía unos meses parecía vieja y noté una grieta en el hall. Y ese olor en su camisa. Nunca debí hacerlo. Un olor agrio que me llevaba a aquella mirada intensa de Álvaro. Un tipo encantador pero que nunca había sido el que yo creía. Qué gran error es enamorarse de esa manera. No estoy obligada a seguir con él. Puedo hacer lo que quiera. Otra vida, me repito. Ni peor ni mejor, otra. Esa revolución. Lo de menos es con quién se acostó o lo que nos dijimos. Es esa pregunta enorme. Ese ruido de cristales rotos.

Y ahora, recién llegada, es el momento de abrir ese lugar nuevo. Porque lo cierto es que Álvaro nunca quiso acompañarme. Nunca entendió nada, ni le dolió lo de Tomás, ni lo de mi madre, ni se preocupó nunca por saber algo

de este país que tanto tira de mí. Tampoco yo le pedí que viniese.

—Es culpa de este país —decía mi padre—. Se te hinchan los dedos con la humedad.

Esta mañana he pasado delante de Potosí. Inés está empeñada en que me acuerde de todo. Y a eso es a lo que hemos ido. No había nadie en la casa, ningún coche en la entrada del jardín. Al bajar del nuestro nos hemos apoyado en la verja como cuando éramos niñas, intentando recordar.

Hay una casa nueva a la izquierda que se ha comido el sauce, el aguacate y ciento cincuenta metros cuadrados de hierba de nuestro jardín. Pero el porche donde los mayores se sentaban a leer sigue ahí. Entonces Inés, con todo detalle, ha empezado a recordar los cumpleaños que nos organizaba Mamá, porque eran en ese trozo de hierba que ya no existe.

—Invitábamos a toda la clase y a la gente del barrio —dice Inés—. Tu madre llenaba el jardín de globos y Felisa preparaba la merienda. Sabía hacer churros españoles y tartas inmensas. ¿No te acordás?

Solo recuerdo una tarta muy grande roja y una falda blanca tableada que me hacía parecer mayor, aunque ese día cumplía solo doce años. Me dice que todavía tiene alguna foto.

Más tarde, ya de noche y en el hotel, decido meterme en la cama. Sábanas blancas de algodón y la brisa marina que sopla cuando abro para seguir mirando, para recordar lo que quizá nunca sucedió. Me acuerdo de su tumba. De nuevo he visto su cara en el límite entre el sueño y la vigilia. Enciendo todas las luces y descuelgo el teléfono.

La tía Blanca está despierta.

—Pero ¿no estás en Montevideo? —dice medio enfadada, como si la hubiera interrumpido.

—Sí, solo una pregunta. ¿Dónde enterraron a Mamá? Quiero visitar el cementerio.

—Tu padre trajo las cenizas en el avión. En los primeros días de su vuelta viajó a Fuenterrabía y volvió sin ellas. No me contó más. Quizá subiese a Jaizquíbel a esparcir las, no lo sé.

»Porque en esos veranos a tu madre también le gustaba caminar por las tardes hasta el puerto del Refugio. Es más, tengo un recuerdo del primer año de su noviazgo. Una tarde que habíamos subido toda la pandilla al faro con las motos y, al bajar, los vi de lejos.

»La reconocí por la melena rubia. Estaban solos, sentados en el pretil del puerto, las piernas colgando sobre el agua. Tenían una caña y un cubo de plástico. Pero no parecían muy atentos a la pesca. Qué va. Los vi muy serios: estaban cogidos de la mano.

»Era la hora en que volvían los pescadores y todas las gaviotas se acercaban a los barcos. Ese momento del atardecer.

—Pero ¿por qué no nos lo dijo?

—Tampoco me avisó a mí. Me lo contó luego, muchos años después. Pero ya hablaremos, ahora tengo que dejarte, estoy ocupada.

Entonces regreso todavía más atrás.

Fue al principio, nada más llegar. Volvían de una fiesta. Todavía no nos habían traído todos los muebles. Había una mesa isabelina en el comedor y un sofá blanco en el salón, pero no había camas porque mi madre se empeñó en esperar a la mudanza, que le devolvería su cama de matrimonio, el olor de Madrid. Había mesillas, pero no había sábanas. Había una cocina, pero los platos y los cubiertos estaban por llegar.

—Un campamento —había dicho ella antes de entrar, al bajarnos de aquel coche lleno de maletas—. Haremos una cabaña. Acamparemos en el

salón.

Y es que, ese día, cuando por fin llegamos, parecía feliz con la llave en la mano. Su sonrisa retrasando el momento, la intriga, el misterio de entrar en esa casa donde íbamos a vivir durante unos años. Por la noche, cuando se apagó la luz, nos contó que en un mes llegaría un barco enorme con todas nuestras cosas. Había convencido a mi padre para traerse esos muebles, unos pocos libros. Incluso la vajilla de la abuela que le gustaba tanto.

Dormíamos en colchonetas, en el suelo. Y los dos niños, al volver del colegio, pasábamos las horas en el jardín vigilados por Felisa y subidos a la única rama de aquel sauce que podía sostenernos en el aire. Más tarde, cuando anochecía, hacíamos los deberes en la cocina. Recuerdo aquella mesa grande de madera lavada y las sillas rojas de plástico que los anteriores inquilinos habían dejado atrás como restos inútiles. Esas sillas rojas de bar, tan incongruentes con su anuncio de Pilsen, es lo que mejor recuerdo de aquellos primeros días. Quién las puso allí, quién se las llevó, me pregunto ahora.

En esa primera época nuestros padres todavía no nos dejaban solos, porque también Felisa era casi una adolescente y debían de tener la sensación de que no se daba cuenta del todo de dónde estaba. Porque todo era extraño, nuevo. Y quizá por eso recuerdo tan bien esos días felices. Éramos Robinson Crusoe en esa cabaña que Mamá había improvisado en medio del suelo de madera brillante del salón. El resto de la casa también estaba vacío. Luego subimos todos, menos Felisa, al dormitorio principal. Un juego interminable.

Porque pasaron los días y el barco no llegaba. Al estar los cuatro tan juntos, por la noche nos oíamos respirar. Papá roncaba y Mamá se movía, así que una semana después a los niños nos trasladaron al piso de abajo. Lo que luego sería mi dormitorio.

Pero no teníamos miedo. Papá y Mamá seguían muy cerca. Se les oía con claridad. Mucho más que cuando llegó la mudanza y la casa se vistió de cortinas claras y alfombras de lana. Y unas tapicerías, vestiduras más o menos falsas, maquilladas, que querían aparentar algo que no sé si éramos. Se acabó el juego, pero por fin cada uno tenía su cama, su silla y más de una cuchara, un vaso y una taza.

Será por haber estado allí, en aquel jardín amputado. Pero algo sin importancia que sucedió una noche, después de una cena, vuelve de repente. Fue en esos primeros días. Es raro que ya entonces los invitaran a una fiesta.

Los oí desde mi saco de dormir:

—Por qué te lo quitas, lo vas a perder.

—No, es el clima, es la humedad, se me hinchan las manos, no lo aguanto —dijo él.

Hubo un silencio. En España ningún recién casado se quitaba la alianza. Pero Montevideo cambió a mi padre. Se compró vaqueros americanos y camisas de algodón azules y blancas. Los trajes y las chaquetas quedaron solo para el trabajo o los cócteles oficiales. También nosotros cambiamos. No nos extrañaba vestir siempre como si estuviéramos de vacaciones. Tampoco Mamá, en esos primeros meses, se ponía seria o melancólica. Conocer la ciudad, organizar la casa la divertía. Por eso me parece recordar que no protestó. Aunque quizá se miró las manos. O puede que fuera durante esos segundos cuando pensara en imitarlo, en quitarse el anillo de casada y dejarlo en la mesilla o simplemente seguirle el juego. Porque enseguida todo, cada movimiento, empezó a formar parte de un juego. La imagino dudando. O no.

—Tienes razón, también yo me lo voy a quitar —admitió al final Mamá.

Quizá unos días más tarde, unos meses después, se daría cuenta de que aquella noche fue el principio de algo. Quién sabe.

—Haz lo que quieras —dijo él.

No sé por qué vuelvo a eso. No recuerdo que ella fuera muy observadora, ni que creyese en los símbolos o fuera especialmente sensible a los detalles. Pero ahora, varios años después, tengo esa certeza. Él debió de quitárselo al acostarse. Quizá fue la primera vez desde que se casaron. Y su mirada. ¿La captaría él?

Esa noche no volví a oír sus voces, o las perdí. Puede que me durmiese. Y al día siguiente al entrar en su cuarto probablemente no vi nada extraño. Ella

debió de dormir en esa colchoneta azul a su lado, como siempre.

¿O es que intentaba que no se le notase?

Él, supongo, se fue muy temprano a la oficina. El anillo debió de quedarse en la mesilla. Pero dentro del cajón. No recuerdo a mi padre con anillo. Y tampoco hasta ahora mismo recordaba su voz en medio de la noche al volver de la fiesta.

Más tarde nos trajeron los muebles en unos enormes contenedores de madera. Abrieron un boquete en una de esas cajas y la dejaron en una esquina del jardín. Fue nuestro refugio durante mucho tiempo. De noche Tomás y yo nos reuníamos allí con los niños de los vecinos. Nunca estaba segura de si temblaba por el frío o por el miedo. Era la única niña. Teníamos una linterna que era verde, roja y blanca. Y contábamos chistes de todos los colores. O historias extrañas. Cuanto más rara la historia, más aplaudíamos. Todos los cuentos de Tomás acababan con él vestido de vaquero salvando a una mujer y a unos niños en un remoto pueblo del Oeste. Y siempre encontraba oro. En los míos había un tipo alto del que me enamoraba. Pero nunca conseguí que, ni en sueños, me hiciera caso.

El día que los anillos desaparecieron empecé a despertarme por las noches. Me dormía al mismo tiempo que mi hermano, pero cuando los adultos subían a la habitación, si los oía, me desvelaba. Aunque en esa época todavía acababa durmiéndome.

Quizá fue Montevideo. Ahora pienso que los hombres, la gente que trataban, no llevaban anillos. Ni Foster, ni Teo, ni siquiera Luis, aquel arquitecto tan convencional. No los usaban. Mis padres tampoco. Ella se lo quitaba y se lo ponía. Él no volvió a usarlo. O por lo menos yo no lo recuerdo.

Sería por la humedad.

Luego hubo muchas más salidas. Los cócteles, las fiestas. Trasnóchar era parte del trabajo de mi padre.

No, no eran sus risas lo primero que oíamos aquellas noches. Carrasco, nuestro barrio, dormía como si tuviera la conciencia tranquila. Su silencio nos dejaba escuchar el viento entre los pinos y el murmullo de aquella playa, de aquel río de olas sutiles. Pero alguna noche se oía la explosión. Era el motor del Mercedes, ese animal azul marino. Una máquina elegante y decrépita que resultaba rara en la época de los Impala dorados y los Chevrolet rosas. Una antigüedad que Papá se había comprado de segunda mano en un taller cerca del puerto.

—Un homenaje a la vieja Europa —oí que le decía una noche a su amigo Teo.

Ahora ya nadie hace homenajes de ese tipo, tan banales y a la vez tan únicos. Un coche que no sonaba más que en ese silencio de la noche, en el aire de la playa, los árboles, junto a los pasos de algún insomne que, por distraerse, para disimular su soledad, vagaba con un perro a altas horas de la madrugada. Un objeto que para él debía de estar asociado a ese cambio de vida, terminar ingeniería con el mejor expediente, conseguir ese puesto en el extranjero, dejar la España de Franco, empezar a olvidarse del hambre y de la guerra, de su educación católica. Romper esos blindajes.

No los oíamos abrir la puerta ni cerrarla. Solo a veces un golpe seco un punto más violento, más sonoro de lo necesario, inconveniente a esas horas, las tres, las cuatro de la mañana. Nadie los esperaba ya en la casa silenciosa,

el sauce, la luna, el jardín... Y al avanzar por el hall y en voz muy alta, la última broma que Papá lanzaba a Mamá como una disculpa, como un niño que se ha portado mal y que hace una gracia para que le perdonen. El maquillaje de la mujer del cónsul, la voz de anís del embajador de Francia...

Dormían en el piso de arriba, por eso aquella soltura de ellos al volver. Seguros de su intimidad, comentaban la fiesta.

Yo fingía dormir. Nunca supe si mi hermano —los brazos debajo de la manta fina, las piernas irregulares, una fuera y otra dentro del embozo de la cama— también disimulaba bajo aquellas sábanas de tergal de colores que no hacía falta planchar y que Papá trajo de un viaje a Nueva York.

Yo lo oía todo, las risas del principio, los suspiros, el silencio del final. Una melodía entrecortada pero incesante.

Y el llanto de ella algunas noches.

Los árboles, la playa, el perro al que su dueño no dejaba dormir mientras fumaba un cigarrillo y contemplaba la luna. Un perro negro en lo más negro de la noche y una gabardina clara. El llanto y la risa con su mismo andar descompensado, los soplidos breves, incongruentes. La rabia de aquel perro algunas noches. Y yo, que los espiaba desde mi ventana.

Dormía y velaba a la vez. Mi sueño era el del naufrago que llega solo a una isla pequeña y lejana agarrado a un tablón de madera. Ni estaba astillado, ni tenía el musgo del fondo del casco de algún barco, ni yo tenía las manos cansadas de luchar con las olas, ni resbalaba al intentar asirlo. Mi tabla era nueva, un mundo recién pintado, deslumbrante, y unas letras que marcaban el nombre del lugar donde nos abandonaban cada noche en manos de Felisa. Pero también era la mano de la niña que en su primer día de colegio no puede soltarse de su madre. El nuevo mundo, ese romperse de todos los juguetes.

El abandono al verlos salir. Mamá recién maquillada, su melena rubia, su brillo impecable en el espejo del hall. Podía imaginarla acercándose y alejándose de ese espejo, o recordarla desde algún rincón de la memoria. Porque ese movimiento era real, había sucedido más allá del tiempo. ¿Una nueva arruga? ¿Una cana? ¿Se le habría corrido el rímel? ¿Se había puesto bien el colorete? Esos acercamientos al detalle que a veces hacemos las mujeres. Papá que siempre tenía que esperarla en la calle. Apoyado en el

coche, el pitillo en la mano, tranquilo, sin prisa, con esa seguridad de quien sabe esperar.

Allí nos quedábamos. En esa casa, en ese país extraño.

La envidia de esa vida que vivían solos, lejos de nosotros. Invitaciones que llegaban al primer encuentro fortuito, al toque del teléfono, con el cartero, la aparición de esos tarjetones con letra inglesa que se dejaban en la mesa de caoba, también inglesa, del hall. Todo valía para salir de noche.

Y mi hermano no parecía sentirlo. Nunca hablábamos de eso. Él dormía, era yo la pesada, la sonámbula, la vigilante de la Cruz del Sur, de la luna y del perro, de la llave del coche, del arranque y el olor del tabaco y del perfume que traían cuando entraban en el cuarto. A esas horas.

Algo de todo eso ha quedado para siempre en mis noches, cuando no consigo acurrucarme bien, hundirme en el colchón. Y a medianoche los oigo. ¿Son mis hijos ahora, son Patricia y Guille? ¿Es Tomás? ¿Es el perro que ladra al río de las olas? ¿O es ella que de nuevo alza la manta para arroparme? Aunque casi sea primavera y la ciudad sea otra y ella ya no use maquillaje y Papá tenga el Mercedes aparcado hace ya tanto tiempo. Su olor a tabaco rubio. El whisky que a veces se tomaban al volver a casa, su charla que, desde allí, apenas se oía. Y luego las risas de Papá sacándola de nuestro cuarto, llevándola a la cama.

Vivir en una playa. Ir a las fiestas después de haberse duchado, pero todavía con el calor del sol en la piel, ese rojo suave, la carne brillante de las cremas, y ese olor a perfume francés. Aquellas melenas sueltas, el refinamiento de un descuido que solo era aparente, esos teñidos tan naturales, aquellos pelos dorados por el sol. Oro también sobre los escotes, los brazos, sobre las muñecas y los dedos, los trajes de punto siempre con la tensión justa para ser a la vez elegantes y seductores.

Las sandalias delicadas, los pies impecables, suaves a la vista, el color de las uñas, los tobillos finos sobre los tacones. Esos pies que tenían. Todo se preparaba para esa fiesta permanente. Un baile silencioso alrededor de los hombres. Ellas, pienso ahora, no tenían una vida propia, eran amas de casa, muy pocas trabajaban en algo que les diera de comer. Pero no se parecían a las amas de casa españolas del gazpacho y la paella pendientes de sus maridos. Eran mujeres que, a pesar de vivir en aquel país diminuto, leían a los clásicos y se vestían en París, las más ricas porque iban cada año a los desfiles, y las otras, las que eran más intelectuales y las que tenían menos dinero, porque compraban el *Elle* y el *Marie Claire* y los copiaban con la modista de su casa.

Se cultivaban. Las exposiciones punteras, los últimos libros, la música que venía de Nueva York, de Europa. Iban a la estancia, pero no solo para acompañar a sus parejas o invitar a los amigos a un asado, sino para montar a caballo y que los muslos se les pusieran más duros, la cintura más fina, los pechos más firmes. Un mundo de gente guapa, muy natural, muy poco

impostado. Nada que ver con el mundo formal y pretencioso de los ricos españoles. Ellos, ellas, eran más libres y más cultos, vivían desde hacía tiempo en una democracia y se les notaba.

Pero libertad era también vivir cerca del campo, del mar. Los cuerpos siempre sueltos, semidesnudos, al aire de aquellos veranos que pasamos allí. Un mundo fascinante para niños como nosotros, sin sentido crítico o sensibilidad social, y todavía sin ideas políticas. Aquellos amigos no eran ni siquiera los ricos ni los oligarcas del país, sino seres tocados, no se sabe por qué, por la mano de algún dios. Altos, bien alimentados, bellísimos, con ese brillo que se les quedaba en los cuerpos al atardecer y que daba la sensación de ser un regalo más en esas ocasiones en que durante todo el día habían sido felices. Era un mundo vago y que viajaba sobre las nubes. Nunca los vi enfadarse, o no me di cuenta. Todo eran risas, whisky, tranquilidad, buenas lecturas, tango, canciones. Y la tortilla de patata improvisada a las once de la noche.

Mamá era la única que parecía seria. Como si no quisiera formar parte de esa religión. Era la nota discordante, y sin embargo en aquel ambiente tampoco se notaba tanto. Porque también ella era amable. Los recibía, cumplía con todos los deberes que se le suponían a la mujer de un empresario extranjero que tiene que agradar a los amigos del país que los acoge. Los veía divertirse. Pero no estaba del todo allí, y no lo disimulaba.

Eran noches en un lugar de playa donde oyes las olas a lo lejos. Hay un rumor que te dice que estás entre los árboles, que no estás en una gran ciudad. Y que todo se oye. Si alguien se pelea, se oye. Las cosas resuenan con más fuerza, aunque se digan en voz baja, aunque se susurren. Como las olas, que casi no existían en aquella playa. Las olas, las de verdad, rompían mucho más lejos, en el mar salado, cuando uno se iba acercando a Punta del Este.

Mamá, por lo que sé, había ido al Uruguay con los principios puestos. Porque uno también se viste con las ideas, con los miedos y con todas esas trampas que a veces forman parte de una educación. En Montevideo, y más en Carrasco, la gente era relajada, liberal. Ella había sido una niña de la posguerra española e hija del catolicismo, sus creencias eran firmes, estrictas. No podía ser una más de ese grupo. Mi padre, sí. Los hombres, desde

siempre, han podido desmarcarse, hacer su vida, salirse del guion. Pablo había conocido a Teo en Madrid, y enseguida se dio cuenta de que las reglas eran otras. Su fe consistía en vivir y dejar vivir, en dejar de lado esa parte de la sociedad de Carrasco que iba los domingos a misa a Stella Maris y que volvía de comulgar en el altar con los ojos cerrados. Esas personas que después iban al Club Carrasco a tomar el aperitivo con la conciencia tranquila. Al verlos debió de entenderlo enseguida. Él estaba lejos de los curas que le habían educado, esos de los pasillos oscuros, los zapatos de cordones apretados, de aquellos libros..., en Montevideo no significaban lo mismo. Podía romper con la moral que traía. Debió de ser una liberación. A pesar de esa diferencia, de ese precipicio entre él y su mujer, quería a mi madre. Nunca dejó de decirlo.

Ahora no puedo dormir, los recuerdos se mueven y parecen esconderse al cambiar de lugar. Sigo en Potosí, a dos cuadras de la playa. Aunque el hotel da a la Rambla y desde allí se oye mejor el ruido del viento, el leve sonido de las olas.

Visto desde ahí, desde esta noche y casi recién llegada, pienso que había algo de impúdico en esto. En ese meterse a vichar en la cama de los muertos, el padre, la madre, los amantes.

Podría buscar alguna excusa. Que fue porque temía que mi padre se fuese con otra o que mi madre muriese de dolor uno de esos días de persianas bajadas. Decir que no era pura curiosidad. Pero no. Ya no sabía bien por qué me acodaba en el rellano de la escalera en cuanto podía. Tampoco me explicaba por qué, cuando me daba cuenta de que estaban acostados, subía muy despacio para ver lo que hacían, lo que descubriría. La edad del pavo, las hormonas, esos primeros enamoramientos míos. No debía hacerlo y sabía el peligro que corría. Pero lo hice.

Verlos dormir juntos me quitaba los miedos. El suave ronquido de Papá, la posición fetal de Mamá. De espaldas el uno al otro. Las sábanas blancas

bordadas levemente. Austeras, como todo en ella. Nunca usó, en esa cama que compartían, las sábanas americanas de colores que nos ponía a los niños. El teléfono negro y enorme. Los libros de recetas que siempre se amontonaban en la mesilla de Papá junto a la novela que estuviese leyendo. Las novelas de ella, *Los idus de marzo*, *El cuarteto de Alejandría*, *Ciego en Gaza*. Y sus novelistas preferidos que, cuando se acercaba al centro, iba buscando por las librerías de Ciudad Vieja.

Un domingo fui con ella a Tristán Narvaja. Salimos muy temprano y el taxi nos dejó cerca de la feria. Había innumerables puestos de fruta, de carne, de bebidas, junto a cantidades ingentes de mesas muy ordenadas con bragas de algodón, medias, calzoncillos y ropa de deporte. También pasamos por puestos atiborrados de extraños mecanismos para arreglar aparatos todavía más extraños y que en muchos casos, había que adivinarlo, estaban relacionados con los trabajos del campo. Desde un pequeño tractor subido en una acera hasta un enorme cargamento de mangueras de color amarillo o un montón de grandes escobas de brezo volcadas en la calle.

Y más allá estaba la zona de los libros, expuestos en mesas de madera clara sobre dos caballetes exigüos junto a tiendas atestadas de ejemplares con escaparate a la calle. Ya fueran tebeos de la pequeña Lulú o restos incompletos de tomos de la Enciclopedia Británica. No sé si fue ese día cuando empezó el vicio que tengo ahora por los mercados viejos. En ese caos se huele la vida, las vidas de la gente que pulula por allí y de los que fueron dejando sus recuerdos por esas calles en cuesta. Y a eso voy a veces al Rastro de Madrid, a comerme la vida de los otros. Ella era igual, ese día me di cuenta de lo que disfrutaba metida entre esas cosas. Los objetos inútiles, los manteles antiguos, las ilustraciones sueltas, los sellos, las postales. Cuanto más humildes, mejor. Pero sobre todo los libros viejos. Sonreía sin darse cuenta mientras buscaba entre ellos. Era en lo único en que no ahorra. Cuando volvimos a casa, se puso a limpiarles el polvo. Algunos estaban repetidos, no le importaba comprarlos una y otra vez: Simenon, Evelyn Waugh, Aldous Huxley, Thornton Wilder.

No leía a los poetas por la noche, decía que eso era trabajo, y que hacerlo la colocaba en un estado que no la dejaba dormir. Pero durante el día siempre

llevaba en el bolso algún libro de poesía. Machado, Lorca, César Vallejo, Salinas, Ridruejo, Juan Ramón, santa Teresa... y todo lo que se le ponía por delante.

Me daba morbo escucharlos discutir o hablar de nosotros, de Felisa, de sus amigos. Pero en cuanto sentía esa extraña respiración que compartían me alejaba. Me daba miedo. Me hacía sentir mal estar ahí, en medio, sin que ellos lo supieran.

Y también ahora, cuando vuelvo a la niñez, me da vergüenza recordarlo.

Porque fue esa noche, allí, la queja, la primera vez. Un sollozo convulso, interminable, que se detuvo de golpe cuando dijo:

—Por eso no quería venir. Lo sabía, estaba segura de que volvería a pasar. Que me lo harías de nuevo.

—Pero, Lucía...

—No me toques... Me das asco.

Se oyó un golpe. Algo que caía al suelo.

Y, después de unos segundos de silencio, volvió a emitir ese ruido, esa respiración entrecortada que me recordó aquella noche hacía no tantos meses, en la que Tomás se hundió en mi cama y nos dio aquel susto.

Era el mismo sonido, la misma desolación. Alguien que se ahogaba en sus lágrimas, que apenas podía respirar y que se quejaba luego en una voz mucho más baja. Como si de pronto recordase que los niños dormíamos abajo.

—Pero si entonces no te conocía.

—Seguiste con las dos.

Me levanté deprisa y fui al cuarto de Tomás. En la silla de al lado de la cama estaban las dos pistolas, las fundas y el gorro de vaquero. Dormía boca arriba con su camisa roja a cuadros y su pañuelo al cuello. Sonreía sin saberlo. Como si siguiese jugando envuelto en esas sábanas alegres que olían tan bien. Una continuación del jardín. Esa sonrisa suya de niño guapo. Ahora, ya no se

oía nada del cuarto de arriba. Ni las pisadas, ni los portazos. Ni el llanto, ni la voz, ni los suspiros entrecortados de Mamá.

Esperé una hora encima de mi cama. Creí que lo había soñado. Al despertar de nuevo pensé que era de día. La escalera ya no estaba oscura ni se oía ruido. Era la luz, que estaba encendida. Subí como un reptil. La alfombra borraba el rastro de ese ruido. A partir de aquella noche trepaba a escondidas. Aprendí a moverme, a oír el pliegue de una sábana, las gotas en un grifo, los murmullos..., practicaba cuando se iban. Lo hacía con tanto cuidado, de una manera tan profesional, que Felisa a menudo se asustaba. Ella dormía abajo, en un cuarto pequeño junto a la cocina

Y Mamá seguía arriba. Yo disfrutaba de ese estar en medio. De esa cara de inocente que tenía. Esa presunción de inocencia que te otorgan tus padres, equivocados, cuando sacas tan buenas notas. En el momento en que ellos salían, abría los cajones de su cómoda y examinaba su ropa interior, las bragas de algodón españolas se mezclaban con el encaje negro comprado en Pocitos por sabe Dios qué ilusión de atraerlo, pensé después, ya mayor. Recorría el cuarto de baño y abría todos los frascos, investigaba las cremas, las colonias, hasta el armario de las medicinas. Buscaba alguna pista que me diera una explicación, olisqueaba en las baldas, entre las perchas, rebuscaba en los bolsillos de su ropa. Pero los trajes, las faldas de Mamá, no tenían bolsillos. Y sus bolsos estaban vacíos.

Más tarde, cuando volvían, me quedaba en la cama quieta, paralizada. Fingía dormir, pero en cuanto se hacía el silencio, trepaba otra vez. Cada día un nuevo escalón.

Una noche me quedé dormida sobre la alfombra del descansillo. Soñé entonces que Mamá volvía a llorar y que llamaba a su madre. Aunque ya no se oía a nadie más. Me asusté tanto cuando me desperté que casi me caigo al bajar. Mamá gritaba sola, ya no recuerdo bien lo que decía. Y nunca supe dónde estaba Papá.

No he sabido nunca cuándo empecé a ser mayor. Quizá fue entonces. Aquella noche.

«Mamá, Mamá...», decía ella por las noches, y yo la oía llorar y pensaba, pobre, echa de menos a su madre. También yo tenía ganas de gritar «Mamá, Mamá.» Sentir lo mismo debió de apaciguarme entonces.

Quizá por eso empecé a soñar que era ella la que nos abandonaba y todo era peor. Siempre la echaba de menos. Queríamos hablar con ella, verla feliz, que nos escuchara. Un cruce de desencuentros. Yo tenía a mi madre ahí, pero mi sensación era que no estaba. Estaba su cuerpo, pero ella no. Después, pienso ahora, ni siquiera eso.

Fue papá el que nos lo contó, la abuela estaba muy enferma. Por eso mamá estaba así.

«Tengo que ser muy cariñosa con ella», me repetía. Tenía que tratarla bien. Como si yo fuera la madre y ella la hija. No dejaba de observarla. Me tenía siempre preocupada, todo el día. Un peso, un montón de malentendidos. Ese misterio de Mamá. No me había acordado en todos estos años.

Y ahora me doy cuenta de que siempre estaba triste. Solo en algunos momentos, como una niña, soltaba esos suspiros, esos intermedios de ilusión, un objeto, una llamada. Porque había otros días en que, cuando llegaba Papá, le cambiaba la cara. De repente dejaba de ser la mujer encerrada en el dormitorio. Una hora antes, tiraba el camisón al cesto de la ropa sucia, se ponía colonia, tanta que toda la casa olía a Álvarez Gómez. Y se pintaba los labios. Y se transformaba. No sé lo que él pensaría de ese amor sin límites.

Entonces no lo veía, todavía no era capaz de reparar en ese papel de víctima. Me agobiaba su cara seria, sus ojos grises tan hundidos, tantas veces rojos, líquidos. Sufría por ellos. Pero yo quería ser otro tipo de mujer. Aunque, como ella, yo era delgada, enfermiza, no quería que me pasara lo mismo que a mi madre. Quería ser fuerte, sacar fuerzas de flaqueza para no seguir ese modelo.

—Cómo te pareces a ella —dice al abrazarme, y mientras lo dice, a pesar de su cansancio, de sus arrugas, reconozco a la mujer que era entonces.

Durante los cinco años que vivimos allí, Isabel era uno de los centros de atracción, quizá la más refinada de Carrasco. No solo por su ropa, que encargaba a París, a Milán, qué sé yo... Tenía esa falta de estridencia, esa suavidad de movimientos. Nada más verla me acuerdo de todo eso. Ha conservado esa coquetería. Siempre usó zapatos italianos de tacón alto, los mismos que en este momento, cuando los vuelvo a ver, me hacen pensar en un esguince, en que, si tropieza, tendré que llamar a una ambulancia. Sus perlas, unidas por un broche de Cartier, son auténticas, y se sigue haciendo la manicura para lucir sus anillos de brillantes. Lleva el mismo moño en el que recogía su larga melena por las mañanas. Pero ahora tiene cuarenta años más y ya no se tiñe. Me pregunto si seguirá soltándose el pelo por las noches. Aquellas fiestas en las que se miraban unos a otros y en las que, sin darse cuenta, se elegían.

Es más pequeña ahora, eso sí, y los tacones, parecidos a los de siempre, le quedan grandes en esas piernas que ahora son demasiado delgadas.

Esta mañana he hablado con Inés casi una hora. Como adolescentes. Ha sido ella la que ha dicho que tenía que venir a verla.

—Isa siempre los quiso a ustedes, nunca dejó de recordarlos —ha dicho—. Era la reina de la noche. ¿Te acordás? Preguntale, las reinas suelen saberlo todo.

Inés intenta ayudar. Es activa, y siempre está desbordada, una de esas

mujeres que tratan de compaginarlo todo. Mientras hablábamos se oían los murmullos, los teléfonos, el ruido de las impresoras de su oficina..., pero, en ese momento, estaba concentrada en acompañarme, escuchar mis preocupaciones, confortarme.

Le he contado lo de Álvaro y que la imagen de mi madre se había convertido en una obsesión. He notado su interés, también ella es parte de esa historia. Mi llegada, nuestra visita a su madre enferma, han hecho que vuelva conmigo a aquellos años. Pero cuando íbamos a quedar se ha oído una llamada en su oficina y ha dicho que no podía venir. Tiene muchísimo trabajo.

En cuanto he entrado en el jardín de Isabel, ella ha empezado a trabucarse. No sé si ha sido por la emoción o porque, al verme, siente que tiene que disculparse por haber envejecido, como si le diera vergüenza:

—El césped está demasiado alto, las flores marchitas, quemadas, y las hojas secas no se han recogido desde hace tiempo. Desde que murió Luis... —dice muy deprisa. Pero al continuar algo la detiene.

—A mi padre le impresionó cuando le escribiste, quería tanto a Luis.

—¿Te acordás de él? Se pasaba las tardes haciendo esquejes de plantas que traía de la estancia, arrancando los yuyos, cortando la hierba. Cuando se fueron ustedes puso una pequeña huerta. Pero luego no podía agacharse... Y el jardinero viene solo una vez al mes. Ya ves cómo está todo.

—Está divino —digo sin acordarme de nada—. Tan grande en medio de la ciudad.

Esa casa, ese jardín inmenso. Mientras lo digo pienso que habrá que terminar vendiéndolo.

No llegamos a entrar. No se oye ningún ruido. Nadie la ha ayudado a abrir la puerta enorme de madera antigua. Quizá por eso insiste en que nos instalemos en las butacas del porche. Es ella la que carga temblorosa, en dos viajes, dos bandejas de plata y, aunque no me deja que le eche una mano, su respiración la traiciona. Al final se deja caer en la butaca con un suspiro muy hondo y apenas puede ayudarme a colocar las cosas de la merienda.

Lo cierto es que ha pensado en todo: juego de té de porcelana inglesa, tetera de plata, *muffins*, sándwiches de pepino y muchas tostadas a las que

acompañan pequeños platos con mantequilla y cuencos con mermelada y miel. Lo ha preparado ella misma.

—Qué rico. Cuántas cosas —digo.

—En las familias numerosas nunca sobran las tostadas ni las papas fritas —me dice sonriendo, pero una arruga que tiene cerca de la boca me anuncia una tormenta—. Lo hizo a propósito —sigue, cuando puede respirar—. Ayer me dijiste por el teléfono que querías saber cosas de tu madre y me puse a pensar en la primera conversación que tuvimos.

—Pero ¿qué pasó?

—Fue al día siguiente del asado. Lucía apareció por aquí sin ninguna excusa. O quizá por algo práctico que no recuerdo. Llegó tarde porque todavía no controlaba bien los nombres de las calles de Carrasco. También ella quería organizar una fiesta en su jardín para conocernos mejor a todos. Le ofrecí un té y me pidió una Coca-Cola, y se sentó en la butaca más grande con la actitud de quien llega a una casa para quedarse toda la tarde.

—¿Qué asado? —digo.

No acabo de entenderla. ¿O será que ha perdido la cabeza? La veo muy delgada, consumida.

—Lo organizaron los Foster para darles la bienvenida. Teo nos avisó. Había coincidido con tu padre hacía años en Madrid, en la universidad. Y en este lugar tan chico todos queríamos conocer a ese gallego que venía a dirigir una de las empresas españolas más importantes del Uruguay. Ulla lo montó. Tu madre me pareció lindísima. Estaba seria, cortada. Más tarde, cuando empezamos a ser amigas me di cuenta de que tenía la timidez de los intelectuales. Era callada, pensativa y demasiado sensible. Pero cuando la vi esa primera vez lo único que pensé fue que una mujer así, tan distinta, debería sonreír más. Su atractivo era esa manera tan directa de mirar a los ojos. La atención que ponía cuando escuchaba. Sus ojos grises. Por entonces acá ya se admiraba todo lo que llegaba de Europa. Nos pareció austera, elegante, rara. Y más raro fue lo del día siguiente. Esa visita suya.

—¿Qué pasó? —Seguía sin entender nada.

—Venía a eso, a hablarme del asado, de la noche anterior. A que yo le contase.

—¿La habías conocido antes?

—No, pero parecíamos íntimas. Necesitaba hablar, no podía aguantarse.

—Pero ¿por qué?

—Recuerdo algunas frases tuyas. Ese lenguaje impecable. Y tan observadora. Ella misma se dio cuenta esa noche. Su primera fiesta en Carrasco, el jardín sembrado de velas rojas. Nosotras llevábamos el pelo largo. Morenas, rubias, pelirrojas. Ninguna tenía ese estilo moderno un poco masculino que de pronto a ella no le pareció nada elegante. Ese peinado de moda en Europa que se llamaba a lo *garçon* y aquí en Montevideo, según ella, resultaba de monja presbiteriana. Sus blusas blancas de seda se mataban con nuestros trajes de punto de Pucci. Pegados a la piel, acariciándonos los pechos, las caderas. En el tenis, en la playa, había que lucir la masajista y el gimnasio. Recuerdo de esa noche el escote en pico de Claudia y el inicio de sus enormes pechos, la falda estrecha con una raja detrás que llevaba Madeleine, las braguitas de encaje negro que se entreveían debajo de la falda cuando cruzaba las piernas. Quién podía resistirse a eso.

»Y luego estaba él. Tu padre. Aquella noche, lo estoy viendo, llevaba vaqueros y una camisa Oxford de algodón azul claro. Y si me acuerdo es porque en el mismo momento en que apareció en la fiesta calentó a todas las mujeres de aquel jardín. Provocó un incendio.

»No, no es que se formase una cola o que se juntaran a su alrededor. Fue un movimiento sutil, un baile a cámara lenta. Una danza antigua, ritual, en la que todas las mujeres iban acercándose muy despacio, mientras él, inmóvil, apoyado contra la tapia trasera del jardín, se dejaba querer. Las escuchaba, las miraba a los ojos, les preguntaba el nombre, dónde vivían, si tenían hijos pequeños, en qué trabajaban, qué sé yo..., y lo hacía inclinándose un poco, como si les contara un secreto. Aquella playa mansa, aquel modo de decirles con la mirada que eran importantes para él. Lo bordaba.

»Y ahora me da pena tu madre —dice Isabel—. Llegamos a ser íntimas. Lo que debió de sufrir.

Y mientras me lo dice, puedo verla. Para mi madre debió de ser espantoso. No solo por el espectáculo, sino porque en ese momento seguro que sabía que le quedaban varios años, infinitos meses de esa tortura. Y que

no resultaría amable tirar al suelo a esas mujeres, arrancarles el pelo, llamarlas putas, descaradas. La carrera de Pablo... No hemos venido a eso, mejor no romper las relaciones sociales en la primera fiesta a la que nos invitan, debió de pensar.

Mientras yo intento imaginar su cara, su disgusto, Isabel sigue hablando:

—Porque también yo he sorprendido esa mirada de otra mujer clavada en mi marido —dice—. He querido matarla, echarla de mi casa, rebozarla en el barro. Y para tu madre ese asado quizá fue la primera vez. La pérdida de la inocencia. El bautizo por el que ya habían pasado las mujeres de Carrasco.

Los *sixties* tenían ese punto, no hace falta que nadie me lo cuente. Era la época dorada del *laissez faire, laissez passer*, mejor mirar para otro lado. Sobre todo allí. Qué poco elegante resultaba en Carrasco montar una escena de celos. Las mujeres pasionales resultaban folclóricas, de mal gusto.

—Pero ¿por qué te lo contó? —le digo—. No llevaba ni un mes en Uruguay.

—No era tonta, lo hizo a propósito. Un plan muy bien urdido. —Isabel se interrumpe porque le da un ataque de tos. Mientras se sirve otro té pienso en su lentitud y en esa manera que tiene de darle la vuelta a todo—. Creí que había sido un arranque espontáneo —dice—, pero quería sonsacarme. Ver si tropezaba, si me resbalaba en alguna frase.

»Hasta las amigas más queridas se ponen a prueba, y ella y yo apenas nos conocíamos. Aquella Coca-Cola, aquel té que nos tomamos juntas, esos sándwiches, tan parecidos a estos, que preparé para recibirla eran parte de una investigación. Obvio. Ahora lo veo con claridad.

»Tu pobre madre. Cuando se sintió más cómoda, se emocionó. Y empezó a hablar: “Al volver a casa me arranqué la blusa blanca porque no podía arrancarme la piel”, me dijo llorando. Le cambió la voz, ahora era extraña, como si intentase controlar su furia. La seda blanca olía a humo, a vaca quemada. Le daba asco esa carne sangrienta en la parrilla. Unas horas antes, me contó, había salido de casa con el pelo recién lavado, brillante, los pendientes de oro discretos, el cinturón ancho de piel marcando la cintura, el pantalón negro, los zapatos bajos de terciopelo verde oscuro. Se había sentido elegante, me dijo. Cosmopolita.

»Ahora, a la vuelta, la blusa estaba arrugada, se quitó el cinturón nada más entrar en la casa, pero el pantalón le apretaba en la cintura. Su pelo había perdido el volumen y se le pegaba a las orejas. No lo dijo, pero parecía agobiada. Tenía miedo de perderlo en este país. Algo notaría que no encajaba. ¿O era haberlas visto?

»Cuando al regresar se vio en el espejo era más vieja. Y estaba muy seria. Pablo había dejado de mirarla.

De pronto Isabel se dirige a mí como si acabase de despertarse.

—Lucía me confesó que no dejó de observarme en toda la noche. Ahí vi la trampa. Nunca tuve nada con él, pero aquella tarde sí me acerqué, sí me habló al oído, sí que pensé en él durante toda aquella noche.

»A eso era a lo que había venido. A confirmar una sospecha. Esa noche, ya en la cama, parece que no conseguía olvidar mi pelo largo y negro, mi espalda desnuda. Pero, che, si acababan de llegar. Sospecha ¿de qué? Y sí, recuerdo bien ese vestido divino que me compré por un platal en Punta del Este. Seda roja, para usar sin ropa interior.

Isabel sigue hablando. Otra vez hacia dentro. Como si recordara. Pero de pronto sonrío y me vuelve a mirar:

—Che, qué atrevidas que éramos.

—Ella no —digo yo.

—Me he acordado tantas veces. Todavía no éramos amigas. Después sí. Nos quisimos mucho. Y aun así... —me dice—, algo la hizo cambiar. Nunca me lo contó, ni yo le pregunté. En los meses anteriores a su muerte era otra.

Habría querido seguir hablando, pero de repente se ha puesto de pie para despedirme. Como si hubiese hablado de más. Justo ahora es delicado preguntarle por qué, cómo murió Mamá.

Nadie saca el tema. Llego a convencerme de que nadie sabe bien lo que pasó. Para qué he venido desde tan lejos. Y en medio de todas estas pesquisas está mi madre. La imagino seria y en silencio, sin poder explicarme nada de lo que le sucedía. Pero está a mi lado, incluso en esta casa, en este jardín, o en casa de los Foster, donde aquella noche olía a carne chamuscada.

Me voy a rastras y muy triste. No sabía que sus penas hubieran empezado tan pronto. Y cuando vuelvo al hotel, ya a oscuras, en la cama, empiezo a

darme cuenta de que el relato de Isabel es simétrico a uno de mis recuerdos. Empiezo a rememorar sus voces de esa noche. Todo lo que vi desde la escalera. No sé si me lo estoy inventando, pero es una escena que ha empezado a dibujarse.

¿Pasó esa misma noche? ¿O mis recuerdos se mezclan con los de otra noche, otra fiesta?

No sé si lo he soñado.

—Estoy horrible —dijo—. Y encima he engordado.

Salió del cuarto de baño. Quizá se miró de refilón en el espejo. La crema de noche todavía fresca haría brillar su cara blanca.

—Eras la más guapa —contestó él, a pesar de los brillos fantasmales y de los ojos tristes.

También él se desvestía.

—Me arrepiento de haber tomado el quinto whisky, de haber fumado tanto. Mañana —dijo— tengo una reunión importante. —Y después, como si hubiera advertido que ella estaba mal, añadió—: Ya quisieran esas.

—¿Por qué lo dices? —dijo ella.

Pensé, mientras los espiaba, que si alguien te dice que eres la más guapa ya no hay que preguntar más. Sobre todo si es tu marido.

—Te noto triste desde que llegamos.

—Cómo te miran —contestó ella.

Su voz era la de alguien que no aguanta más.

—No tienes razón —dijo él, y tiró los mocasines al armario.

Y ella, en otro tono:

—Si mi madre me viera con uno de esos escotes empezaría a rezar por mí.

—Pero tu madre no está. Ellas son así, tú eres distinta.

—Estoy horrible. Este pelo tan corto.

—No está tan mal, y el pelo crece.

—O sea, que me encuentras mal.

—Tú eres la que ha dicho que no te gusta el pelo corto.
—Y me has dado la razón.
—No, Lucía, te he dicho que esta noche eras la más guapa.
—Sabes que no es verdad.
—Pues deja que crezca.
—¿No ves? A ti tampoco te gusta.
—No seas...
—Y sí que te miraban.

No se daba cuenta de que no se le podía decir eso a un hombre. Son cosas de las que una siempre se arrepiente. Darles tanto poder.

Cuando llegaron ella se hizo una tila abajo en la cocina y, al subir, puso la taza encima de la mesilla. Después él bajó al jardín. Menos mal que no entró en mi cuarto. Cuando volvió la oí quejarse, quizá la infusión estaba fría.

—¿Qué hacías? ¿Llamando a una de esas furcias?

Entonces no conocía esa palabra. Como siempre que intentaba escucharlos, me enteré de la mitad. Cuando más tarde él se acercó, se quedó quieta. Se había metido ya en la cama y le daba la espalda.

Debió de oírle respirar. Al rato creyó que estaba dormido. Se levantó despacio. Desde que habían llegado a Carrasco seguro que ya reconocía esas noches en que no se iba a poder dormir.

Las velas rojas del jardín de los Foster habían dejado cera en el césped, en los quicios de las ventanas y hasta en su pantalón. Los hielos deshechos, los canapés y los restos del asado cuando avanzó la noche. Y las colillas, las servilletas sucias, toda esa basura que hay que recoger después de una fiesta le dieron ganas de vomitar. Debió de pensar en ese jardín iluminado tan transparente al principio, en esa gente desconocida.

Empezó a odiar la carne sangrienta. Pasó cinco años más acá, y cuando murió no había tomado más de un churrasco. Solo choricitos, choclos, paltas, le encantaban las paltas. Y esas ensaladas.

Al día siguiente llamo a Isabel para darle las gracias por la merienda.

—¿Sabes que me acordé de aquella noche? —le digo—. Sus voces, la bronca que tuvieron al volver. Los oía desde la escalera.

—Pero esa noche no —dice—. La noche del asado los niños durmieron en casa de Claudia. Todos juntos, también hubo una bienvenida para ustedes.

Y entonces empiezo a dudar de todo. Y a darme cuenta de lo obvio. Lo que oí, lo que creí recordar, sucedía más de una noche.

Todas te miran, te acechan, todas te persiguen.

Era la noche de un sábado, meses después, y acababan de volver a casa. Desde abajo apenas se entendía lo que decían. Ya me había acostumbrado a sus murmullos. Pero temía los fines de semana, solía ser entonces cuando en casa pasaban las cosas.

Estaba ya casi dormida. Pero los oí. Me levanté y fui al cuarto de baño.

La voz de Mamá sonaba distinta. Un rugido en medio de la noche.

Cuando abrí la puerta del baño, sonó como un animal enjaulado.

Él salió al descansillo del piso de arriba y me vio. Ya estaba en pijama. Algodón azul y tres bolsillos, siempre el mismo modelo. Se acercó a mí, me cogió en brazos, me llevó a la cama y me arropó, aunque no hacía frío. Su olor a Yardley, sus manos grandes. Su risa, que apagaba los incendios.

—Es muy exagerada —me dijo, noté que intentaba sonreír, y supe de quién hablaba—, no te agobies. Duerme tranquila.

—Pero ¿qué le pasa?

Puede que le preguntase algo así. Solo recuerdo lo que me contestó.

—Imagina cosas. No sé por qué se preocupa. Quiero mucho a Mamá —me lo decía a mí, me miraba a los ojos, pero ahora pienso que en realidad se lo decía a ella metida en la cama, detrás de la puerta—. No quiero a nadie más.

Volví a acordarme al día siguiente.

También era de noche. Había una cena en casa, veinte o treinta invitados, música, baile. Y no podía dormirme. Por eso bajé. Entonces lo vi en un

rincón del jardín, con Rita Pereña. Estaban de pie y el árbol, el aguacate, les tapaba un poco. Pero sus risas tenían algo distinto. Qué cara pondría yo para que él, en cuanto me vio, se acercara, volviera a cogerme de la mano, a subirme a mi cuarto, a arrojarme en la cama. Y me dijera en voz baja:

—Me encantan las amigas de Mamá, me divierten. Pero yo la quiero a ella.

Y lo decía en el mismo tono ligero, desenfadado, que tenía siempre con nosotros. Esa voz tranquila, esos ojos cariñosos. Igual que la noche anterior, no hablaba para mí. Me pregunté por qué razón hacía eso.

—Pero, entonces, ¿por qué está tan triste? —dije.

Llevaba días queriendo preguntárselo. Aproveché ese momento de seducción y de sonrisas.

—Echa de menos a su madre. Tu abuela es mayor y está enferma. No puede venir a vernos. El viaje es muy caro, tampoco nosotros hemos podido ir.

Con esa frase me hacía su confidente. Igual que a sus conquistas. Sus palabras eran un regalo exclusivo. Solo para mí.

Y le creí. No lo dudé. Prefería creerle. Eran ellas las que lo perseguían. Él era serio, formal. Su voz tan cariñosa, tan segura, y esa mirada suya, tan limpia, todo alimentaba mi certeza: Papá no le iba a hacer daño a Mamá.

Cómo nos conocía a las mujeres, pienso ahora. A esa edad yo era una preadolescente, una empollona, una ingenua. No tenía pensamientos oscuros, ni complejos, y no podía apreciar este tipo de detalles.

Pero al día siguiente empecé a odiar a Rita Pereña. Tampoco quise acercarme a él. Me tapé con la manta cuando vino a darme un beso a la cama. Me escondí toda la noche bajo las sábanas. Me mentía, no tenía edad para poner palabras a esos cambios sutiles que sucedían a mi pesar y menos aún para interpretarlos. Pero ahí se había quedado, en un rincón de mi cabeza, esa risa que compartían como un secreto. Esa es la debilidad de los niños (también pasaba con los míos), que de muy pequeños no tienen el consuelo de las palabras. Empecé a soñar que Papá volvía a España y nos dejaba solos en Montevideo.

Una vez que se fue a Buenos Aires por trabajo, estuve convencida de que

no volvería porque le había oído hablar con alguien por teléfono. Una mujer.

—¿A qué hora? —había dicho ella.

Y me bastó. Reconocí esa voz.

Sin querer, le espiaba. Y ahora me doy cuenta de que fue esa primera noche —la cara de Rita Pereña, su sonrisa, la mirada de Papá—. Perdí la inocencia. Aunque él me hablase mirándome a los ojos. Por más que intentase convencerme de que yo, nosotros, éramos lo más importante de su existencia. Aunque insistiese en hablarme de lo maravillosa que era la abuela, o de que Mamá estaba triste porque no podía estar con ella, mis descubrimientos, los fragmentos de conversaciones cazados a escondidas me decían que algo no encajaba. —Qué sabios son los niños—. Más tarde supe todo lo que ignoraba, las cosas en que no me paré a pensar.

También he hablado con algunos uruguayos acerca de aquellos primeros días. «Tu padre era tan seductor...», me dicen.

No era un juego, era muy peligroso. Debió de ser terrible para ella separarse de su madre, de sus hermanos, dejar su vida cuando empezaba a trabajar en aquel colegio, sus amigas. Y darse cuenta, a los pocos días de llegar, de que él no solo se había quitado el anillo, sino que se había liado la manta a la cabeza.

¿Cómo se supera la pena de saber que tu marido te es infiel? No supe si mi padre lo era, nunca estuve segura, pero debí de sentirlo. Más con el alma que con la cabeza. La historia de Álvaro, esa estúpida mentira, también me ha acercado a Mamá. Mi padre no mintió, pero me engañó. Y sin embargo nunca se fue. Con esa sensación me quedo ahora cuando me hacen esas bromas con su hermoso acento uruguayo. Cuando me dicen que mi padre mataba, que era tan atractivo, un bacán.

—Le llamábamos el Protervo —dicen. Esas cosas me hacen pensar en ella.

Eran otros tiempos, los hombres tenían más libertad. Y él salía del

franquismo, de la represión. Viendo ahora sus fotos a caballo, mirando a la cámara sonriente, tostado por el sol, feliz, no puedo pensar en él como en un impostor... Y comprendo que las mujeres le rondaran sin parar.

La rabia, la manía que le tomé a Rita Pereña, no sabía entonces nombrarla. Y siempre se la oculté a Mamá, que era tan amiga de ella. Nunca supe cómo explicar lo que sentía. Una experiencia intensa que era incapaz de verbalizar. Pero la habría matado.

De nuevo me sorprende la intuición de los niños. Ese saber y no saber a la vez. Me llegaba un mensaje que no podía interpretar. Algo que me dolía. Como si me hubiera sentado mal la cena. Una pesadilla que me inquietaba por las noches. Aunque entonces no supe identificarlo, fue algo que me destrozó la niñez. Hasta que reconocí ese tormento fantasma, los dolores de cabeza. El pelo que me tiraba sin ninguna razón.

Tan niña todavía.

Ahora me impresiona pensar en esas cosas que sucedían ante mis ojos y en las que no me paré a pensar. No era capaz.

La palabra, las palabras.

Lo que no supimos entonces es que fue precisamente esa noche la abuela se puso peor ni que, al día siguiente, murió. Mi madre no se enteró a tiempo y ahora sospecho que si tardaron en decírselo fue para que no viajara a Madrid. La tía Blanca no quería que apareciera por allí, no sé bien por qué.

Tenía de siempre esa obsesión por el dinero. Aunque acabaría siendo de las dos, era ella la que seguía viviendo en la casa de la abuela. Nunca supe con detalle cuál fue su historia con mi padre. Pero también eso debía de seguir funcionando entre ellas. Mi madre la quería mucho, era su única hermana, y alguna vez me dio a entender que cuando ella y Papá empezaron a salir, la historia con la tía Blanca estaba más que terminada.

Ahora, según pasan los años, me doy cuenta de que nada termina nunca del todo. Ni siquiera con la muerte.

—Todos lo hacían. ¿Qué pensabas? ¿Que tu padre era distinto? Era el más deseado, todas querían tener algo con él. Esa era su especialidad.

De nuevo Inés me ha ayudado a preparar el encuentro, pero tampoco ha querido venir.

—Ulla —dice— estará más cómoda, será más sincera si no estoy delante.

Y es curioso ver cómo siguen funcionando en aquel grupo los secretos tantos años después.

Hemos quedado a comer en Carrasco, pero al entrar en el restaurante no la veo. Me dicen que está en el piso de arriba, pero tampoco. Por fin la adivino apenas en un rincón oscuro, muy lejos de las ventanas donde hoy luce el sol. No he olvidado su belleza y lo bien que sabía cuidarla. Por eso ni se me ocurre decirle que nos cambiemos de sitio, aunque se ha colocado en el lugar más triste de este restaurante tan luminoso.

Me abraza y por un segundo se emociona.

Sus enormes ojos azules no han dejado de brillar, y conservan esa cualidad líquida que aparece en todos los álbumes de fotos. Un fulgor que todavía los hace hipnóticos. Ya entonces tenía un pelo muy lacio, pero siempre lucía melena larga, ese rubio tan claro y esas cejas inexistentes le daban un toque exótico. Era la más hermosa, la más rara de Montevideo. Su belleza eran los hielos de los países nórdicos. Las líneas de su rostro eran de una perfección gélida que contrastaba con su acento uruguayo decididamente cálido, latino y hasta guarango. Una mujer siempre alegre, hasta lo que pasó.

La leyenda contaba que después de la Segunda Guerra Mundial su madre

tuvo que emigrar desde Noruega. El padre se quedó con el hijo en Inglaterra y la madre viajó con la pequeña Ulla a Sudamérica. Me ha citado en el Wagner, este restaurante alemán de Pocitos cerca de su apartamento. Allí la encuentro bebiéndose lo que parece la tercera copa de vino.

Le hablo de mi viaje y no se va por las ramas.

—Era el plato más apetitoso, todas querían probarlo. Y ser las primeras. Porque era un nuevo juguete. Había llegado desde Europa. No le habíamos conocido de pequeñas. Un muñeco nuevo, material a estrenar. Incluso después, cuando nos acostumbramos a él, Pablo nunca fue uno más. Pero en los primeros días había esa tensión. Ser la que lo había conseguido. El trofeo de tener a Pablo. Todas lo hacían y él se aprovechaba.

—¿Y mi madre?

—Tu madre era otra cosa. Un pájaro exótico. Siempre tan seria y amable. Fue a dos o tres fiestas y se retiró. Sucedió enseguida, al poco tiempo de llegar. Ponía la excusa de que se levantaba muy pronto para llevar a los niños al colegio. Oímos también que estaba medio de luto por su madre, por tu abuela. Le dio por esconderse. Empezó a no salir: la veíamos en las comidas, al aire libre, en las excursiones a alguna estancia, en la playa, pero por la noche jamás, salvo cuando nosotros íbamos a Potosí. Nos preguntábamos si sufría, si se sentía inferior. Era tan distinta. Ahí fue cuando él empezó a cazar. Y era caza mayor.

—Pero ¿quiénes eran? —digo yo.

—Las mujeres de sus amigos, salir con ellas le salía gratis. Quizá algún marido hasta se lo facilitó. Porque todos lo hacían, todos tenían a alguien. Rita salía con Luis, Teo con Rosa, una secretaria de la fábrica, Fede era amante de una mujer alemana que había conocido en Pocitos. Claudia estaba enamorada de tu padre. Sin remedio y sin mayores consecuencias. Lo rondaba, lo seguía, era una obsesión que le hubiese encantado consumir. No sé si tu padre alguna vez le hizo el favor. Pero si lo hizo, fue eso, un favor. Nunca la correspondió.

La botella a estas alturas está vacía y hago un gesto al mozo para que anote la comanda. Pero ella me interrumpe antes de que terminemos de pedir.

—Y otra botella de vino, por favor.

Cuando le llenan la copa y se dispone a beber, la mano le tiembla. Pero sigue como si no hubiéramos interrumpido la conversación. Ahora en voz baja. Como si hubiera oído mal y no controlase bien la voz.

—Yo no. Fui la única que no se metió en ese lío. Foster, mi marido, sí que tenía alguna mujer escondida, nunca supe quién era. O quiénes. Mejor no enterarme. Pero su problema era otro y era grave: tomaba mucho —lo dice seria, pero sin mirarme a los ojos, como dando por supuesto que esa historia la conozco bien—. Me dediqué a él, a intentar que lo dejara. A controlarlo, a sufrir.

Cuando termina de hablar sigue con la copa en la mano y ahora se le nota aún más el temblor. Se calla. Un extraño silencio que hace solemne lo que va a decir.

—Hubo algo con tu padre, pero no fue nada serio —dice, como si, de repente, no le importara contradecirse. Entonces bebe un sorbo largo y se atraganta. Al dejar la copa sobre el mantel blanco, este dibuja un círculo que parece de sangre.

—No entiendo nada —digo yo.

—No me extraña —dice sin mirarme, como si de pronto no quisiera seguir hablando—. Todos nos queríamos mucho, de eso te tienes que acordar, nos veíamos cada día. Éramos muy amigos. Y tu madre y yo íntimas. También de Claudia. Y era un lío porque nos lo contábamos todo, nos conocíamos muy bien. Nos adivinábamos. ¿Te acordás cuando Claudia perseguía a tu padre?

—Y claro que me acuerdo. Aquel Ford Taunus, y la cara de él cada vez que lo veíamos pasar. Mamá también sonreía. Esa amiga que disimulaba tan mal, debía de pensar.

El juego era al anochecer.

Si veía algún coche aparcado delante de nuestra casa, aparecía muy arreglada, como si fuera la primera vez que se asomaba a Potosí, y se dejaba caer.

—¿Va a venir alguien más? —decía—. ¿Aviso a Fede?

Y Fede, su marido, nunca llegaba porque estaba en la estancia o porque no acababan de interesarle esas conversaciones de Carrasco, esas lecturas de

Cervantes, de Lorca, esos bailes hasta muy tarde. Desde Gardel a Harry Belafonte. Él era de campo y se levantaba pronto. Y sabía que Claudia se estaba enamorando del gallego.

—Yo qué sé —dice Ulla—, todo se mezclaba. Y daba igual. Tu madre nunca tuvo celos de Claudia. Pero también había ese lugar silencioso, donde no nos contábamos nada. Las llamadas secretas, los barrios perdidos, las casas de citas. El lado oculto de la trama.

Cuando ya vamos por el segundo plato de codillo y la segunda botella de vino, pregunto:

—¿Y no era sospechoso?

Ahí se para, abre el bolso, saca un mechero de oro y un cigarrillo rubio. Da una calada y me mira seria.

—Mirá que sos ingenua —dice furiosa—. Tú siempre con tus buenas notas y tus trenzas. Tu banda verde, tu banda azul.

Tras la segunda botella —yo apenas he probado una copa— su tono ha cambiado. Es ese toque de agresividad que reconozco de inmediato. Le molesta que me mantenga sobria. Le da miedo que permanezca en otro plano, que siga lúcida, que controle la situación cuando a ella se le empieza a escapar. La mancha del mantel es ahora la imagen del anillo rojo de un planeta blanco cada vez más pequeño.

—Y sí —digo tomándolo a broma—, era una empollona. Allí lo llamamos así.

—Todos los años te veíamos en la ceremonia de premios del colegio —insiste, sin esbozar una sonrisa—. Tus padres nunca tuvieron que pagar tu matrícula. Y pensar ahora que se lo gastaron en darnos whisky en el porche de tu casa... Y tú siempre tan peñadita. Tus pechitos incipientes que seguían creciendo, pero sin enterarte de nada.

—Era una niña.

—Pero nosotros no —dice tomando un trago largo y sirviéndose más—. Ya éramos grandes, no necesitábamos sacar buenas notas. La vida se nos hacía corta. Podíamos salir por la mañana al supermercado, hacer la compra, ir a la farmacia a por pañales y leche maternizada, y acabar en un *meublé* de Punta Gorda revolcándonos con nuestro amante hasta la hora de comer. A las

dos en punto volvíamos a comer a Carrasco. El pelo en su sitio, el maquillaje impecable y las ideas claras.

—Pero tú... —y mientras se lo digo me doy cuenta de que es inútil recordar lo de que «fui la única que no se metió en ese lío».

—Vivíamos otra vida y todos lo hacíamos —vuelve a decir—. No hay que investigar mucho. Todos lo saben, todos lo supieron. Y seguimos siendo amigos a pesar de todo. Nunca podrías entenderlo, desde chiquita fuiste una reprimida. Igual que tu madre.

Ulla no era así. Nunca pensé que no me quisiera. Para qué la habré llamado, me digo mientras ella sigue destrozando el pan y sirviéndose vino.

Solo le ha faltado llamarme frígida. Ha sacado el estoque de matar y ha conseguido dar en la llaga. Esta noche, lo sé, volverán los miedos, las pesadillas. El agujero negro, aquella muerte conseguirá arrastrarme.

—Después vino el accidente de los chicos —dice, y empieza a llorar—. Como un castigo divino. Y los tupamaros. Y la dictadura. Y Lucía había muerto y tu padre se fue y también murió un poco. Se le puso todo el pelo blanco. No sabía que la culpa tratase el pelo de esa manera. Nunca nada volvió a ser igual. Pero mientras lo vivíamos no sabíamos, no aceptábamos que esa excitación pudiera acabarse. Era imposible imaginar que estuviéramos al borde del infierno.

»Pegádosela a Dios. Y él nos castigó.

Como narradora Ulla es poco fiable. Primero, porque solo habla de sí misma. Todo, por extraño que sea el tema, tiene que ver con sus problemas. Todo le concierne, nada humano le es ajeno. Es el centro del universo, incapaz de hablar con interés de una historia que les haya sucedido a otros. Hasta que se pone a llorar.

También es sospechosa porque lo que dice no cuadra con lo que luego parece sentir. Habla de mi padre como si fuera un seductor que enamoraba a las mujeres, pero afirma que a ella nunca le afectó. Aunque lo hace levantando mucho la voz, muy alejada de la flema noruega que yo recordaba. Su tono contiene tanta furia que da la sensación de que algo más sucedió entre ellos. Eso que Ulla jamás me contaría a mí.

En tercer lugar, porque mientras hablamos ha seguido bebiendo, y ahora ya no puede ocultarlo. Las personas que son capaces de tomar una botella entera de vino a esa hora de la mañana no son fiables, siempre hay un velo que les hace ver la realidad exactamente como les da la gana. Dicen cosas que no quieren decir, y, cuando se dan cuenta de que han metido la pata, las deforman, manipulan los recuerdos. No puedo fiarme de Ulla al verla tan borracha después de tantos años. Y más sabiendo que durante mucho tiempo fue esa mujer distante, inalcanzable. Mis padres decían que si por algo era seductora era precisamente por su frialdad. Ese era su atractivo, esa gélida mujer les gustaba a todos. Ponía entre sí misma y los demás esa distancia mágica que hacía que los hombres se interesaran por ella. Pero ha cambiado.

Voy al cuarto de baño, y cuando vuelvo sigue llorando sin consuelo. Se

ha inclinado sobre la mesa, y ahora es una muñeca de trapo desvencijada, que se tapa la cara sin lograr ocultarla del todo. La gente empieza a mirarla y ella quiere irse. Yo no sé qué hacer, pero cuando alargo la mano para tocar la suya me rechaza.

—No quiero acordarme de nada —dice, saca unas gafas negras del bolso y enseguida se pone de pie.

Nos vamos sin tomar el postre, apenas me da tiempo a pedir la cuenta. Se me abraza en el coche, pero dice que no quiere que suba a su casa. Al llegar a su portal no puede hablar. Tropezca en la alfombra y se tambalea en los tres escalones que llevan al ascensor. Estoy a punto de caerme con ella. Busco las llaves en su bolso y abro la puerta, enciendo el televisor y la dejo tumbada en el sofá del cuarto de estar. Me voy a la primera cabezada.

Mientras vuelvo al hotel pienso en todo lo que no nos hemos dicho. En si se culpa todavía porque su hijo Manuel se fue a jugar un partido de rugby a Chile y nunca más volvió. En cómo cada persona vive su vida a través de los demás, de los que le rodean, pero también en que a veces la historia pasa por encima de nosotros y nos aplasta.

En el caso de Ulla, su amargura no tiene nada que ver con aquella mujer seductora y un poco distante que yo había conocido de pequeña. Recuerdo sus ojos azules, tan vivos entonces, y que por la noche siempre llevaba pendientes largos. Su pelo dorado, ahora es de color ceniza. Sí, claro, todavía tiene los ojos grandes, y la melena espléndida como siempre. Pero ese rictus. Hasta su sonrisa del primer momento ha sido amarga. No se ha repuesto de esa muerte en los Andes. Su hijo Manuel.

Sigue viva, pero nunca podrá ser la misma. Ya no es capaz de disfrutar ni siquiera de sus recuerdos. De sus antiguos amigos, de mi visita, de esa comida a la que la estaba invitando. Imagino su sufrimiento de aquellos días. Su dolor, que seguía ahí mientras comía ese codillo con chucrut, se liquidaba poco a poco varias botellas de vino e intentaba parecer divertida cuando me

contaba de la mejor manera posible en qué consistieron los felices años sesenta. Los que vivió ella, los que vivieron ellos. El día que estalló el avión, en el momento en que murió Manuel, sus mismos ojos azules, su misma dulzura de entonces, Ulla se convirtió en hielo.

Todos vivimos en nuestras rutinas, desayunar, ducharnos, trabajar, ir un día al campo, cuidar de nuestros hijos o simplemente hacer lo que nos da la gana. Y de repente lo terrible nos sorprende, nos destroza.

Mientras me acuerdo de la extraña muerte de Mamá, pienso que ese avión cayó sobre Ulla, y tantos años después todavía se le notan las trazas de esa tragedia. La herida sigue abierta, como si no se hubiera cerrado ni secado. Cuando sucedió nosotros ya estábamos en España, pero durante días no pudimos dormir, pensando en qué les podría pasar a nuestros queridos amigos. Las pesadillas viendo sus caras. La situación de los sobrevivientes, lo que tuvieron que hacer para no morir de hambre. Era una adolescente y no pude evitar obsesionarme con esa tragedia. Daba la casualidad de que parte de la historia de ese país en aquellos años pasaba por mi infancia. Por los amigos de Tomás y los míos.

Ya no estábamos allí, y sin embargo era inevitable. Quedaba todavía ese hueco, ese trauma. Las cosas de las que no escribimos. Aquello de lo que no se habla. Los vivos y los muertos. Esa raya invisible que los separa. Esa injusticia. Unos, los que sobrevivieron, paseaban por el mundo contando los detalles, convirtiéndose en personajes de una aventura mítica que les cambió la vida. Y los otros...

Y entre tanto nadie me dice por qué murió mi madre. Ni cómo.

Segunda parte

—No ve a nadie —me dice Ana mientras avanzamos por la carretera que nos lleva a Atlántida—. Y menos a nuestros amigos de entonces.

—Pero ¿está bien?

—Ya lo verás. Y cómo vive.

—Qué ganas.

—Eso si nos deja acercarnos. La cárcel, fue la cárcel lo que lo convirtió en un solitario.

Hemos salido muy temprano camino de la chacra de Ana.

Ahora hablamos de su hermano Yuyo.

Ella vive con la hora del sol y se levanta al alba. Ha pasado la noche con su hija en la antigua casa de Carrasco y ha venido a buscarme al hotel cuando empezaba a clarear. Me asomé a la ventana y vi aparcada, justo enfrente, su camioneta blanca. Me emocionó verla leyendo, tan quieta junto al volante, tan silenciosa, como si esperara a que me despertase. Pero también yo soy madrugadora. Y voy a bajar, aunque queden todavía veinte minutos para la hora de nuestra cita. Igual que entonces, cuando éramos adolescentes, siempre llegábamos antes de la hora. Ana es así. Discreta, inteligente, sin presumir nunca, sin querer destacar.

Dejamos la ciudad por Carrasco. Nuestro barrio de casas con jardines que siempre fue el preferido de la clase alta. Aunque viví casi cinco años allí, no recuerdo que las puertas estuvieran tan cerradas como ahora ni las calles tan vacías. Debió de ser por los tupamaros, por la dictadura. Muchos de los que militaron en el Movimiento de Liberación Nacional vivían allí. Yuyo era uno

de ellos. Estuvo trece años en el penal de Libertad. Así se llamaba la cárcel del Uruguay. Un nombre que parecía una burla, y Ana me dice que sigue llamándose así. Allí fueron a parar un puñado de hijos de la burguesía que cambiaron las bicicletas, la playa y el colegio de los Christian Brothers por la guerrilla urbana.

Lo arrestaron en los setenta, después de que un grupo armado hiciera saltar por los aires el Bowling de Carrasco. Acabamos de pasar por esa esquina, y no queda nada que indique que existió. A pesar de que nunca aprendimos a jugar bien a los bolos, fue allí donde Juancho me miró a los ojos por primera vez. Donde Gastón se atrevió por fin a invitarme a un helado, a acompañarme a casa y a darme un beso rápido y apretado cuando estábamos a punto de pasar la verja del jardín. Esa esquina que ahora es un solar era el reino de la formica, la Coca-Cola y los sándwiches calientes. Allí nos citábamos cada tarde después del colegio solo para eso. Para mirarnos con aquel miedo, esa timidez. Para acercarnos y al final, después de algunas dudas, emprender unos noviazgos inocentes de mucha manita y mucho forcejeo al atardecer. Aquella parada al volver a casa, ese banco de madera delante de la playa. Pero no fue en la Rambla sino en el Bowling donde estrené los primeros labios pintados, el rímel negro y las faldas diminutas. De todo eso ya no queda nada.

El comienzo de la guerrilla urbana fue después, cuando nosotros ya habíamos vuelto a España. Debió de ser entonces cuando las ventanas se cerraron, se subieron las tapias y se ocultó el dinero. Y cuando los niños se quedaron en sus casas.

Nosotros éramos aquel grupo de adolescentes que invadía las calles para ir de una casa a otra, las puertas siempre abiertas. Ahora pienso que los mayores cuando conducían debían de saber que había chicos sueltos. Jamás sentí el peligro, y sigue pareciendo un sitio tranquilo, pero se me hace raro el vacío de esas avenidas. La soledad de ese barrio sin niños, sin ruido, y con tan pocos coches. Todo es normal, o lo parece, pero algo se me ha perdido por el camino y no sé bien lo que es. Aquel verano que no se terminaba nunca cerró por defunción. Nosotros ya no estábamos allí, pero mientras vuelvo a contemplar las calles vacías desde las ventanas de la camioneta de Ana, es

como si me lo acabaran de arrebatarse. Es entonces cuando me pregunto en qué momento se acabó la fiesta.

Al pasar por el aeropuerto por fin hemos entrado en el viaje. No recordaba estos bordes descuidados de la autovía. Casas con jardines a medio hacer, almacenes de madera, de ladrillos, ferreterías, pequeñas fábricas de muebles, negocios de fontanería y boliches; todo mezclado.

Y más allá de los márgenes, enseguida el campo, la inmensa llanura. Uruguay son los pastos, esas extensiones horizontales sembradas de vacas y de las humildes huellas de los hombres. Las chacras pequeñas y las estancias grandes y vacías, los pueblos donde vive la mitad de la población, la que no está en Montevideo. Un país que enseguida reconozco porque viaja conmigo desde hace años y es parte de mi código genético.

Devoro el camino. Ana va callada, atenta a conducir, como si comprendiese que yo voy haciéndole preguntas al paisaje y que en este momento no puedo darle conversación. Un hambre rara, esa necesidad de comerme la tierra. Pero cuando le he preguntado por su hermano el paisaje se ha desvanecido.

—Yuyo siempre estaba en mi casa —digo—. ¿Te acuerdas? Era un hermano más.

Más grande, más alto que Tomás, tan delgado que a veces parecía desaparecer al doblar las esquinas. Me hacían gracia sus pecas y su timidez. Mientras lo pienso me doy cuenta de que a menudo solo hablaban sus ojos, tan inteligentes. Pero nunca se dirigía a mí, ni me miraba. Como si se sintiese incómodo con nuestra intimidad o como si yo fuese tan pequeña que no le compensase.

Que no les molestara, que ellos eran mayores, que no los escuchara. Eso decía mi hermano. Encerrados jugando en su cuarto.

—Pero vos, ¿por qué gustás de Alicia? —le preguntaba Tomás a Yuyo aquella tarde que dejaron la puerta abierta. Un hilo de luz, una nada que, sin embargo, hizo que los oyera.

—Por esas tetas. Y por cómo se ríe. ¿Viste que siempre se ríe?

—Intenté darle un beso y ella abrió la boca.

—El día del cuarto oscuro se abalanzó sobre mí.

Había otras que no se dejaban tocar.

A mi hermano también le gustaba la gorda. Alicia era tan atrevida, tan desfachatada. La primera que usó sostén. La que inauguró los rulos y la laca y la única que se atrevió con el rímel y el *rouge*. Luego siguieron jugando con los coches y se acabó la conversación. O yo ya no la oí.

Pero todas envidiábamos a Alicia. No solo porque triunfaba con los chicos sino por esas carcajadas, esa sensación que teníamos, y que entonces no habríamos sabido explicar, de que disfrutaba de la vida. Una gorda feliz que, al salir de su casa, sin perder un segundo, se pintaba los labios y los ojos, se subía la cintura de las faldas y se bajaba el pico del escote. Cómo la escudriñaba sin atreverme a ser como ella.

Yo era la Flaca, quién no tenía un apodo en el Uruguay. Demasiado pequeña para Yuyo, no tenía tetas y era hermana de su mejor amigo. Y mientras crecía, él subía y bajaba las escaleras de casa, silbaba y se reía de mi uniforme gris. Me miraba de lejos. Siempre de lejos, como se mira a los niños pequeños. A veces me tiraba de las trenzas, solo para embromar. Para mí también resultaba mayor. Tanto como para soñar con él por las noches. Algún día podría jugar con ellos de igual a igual. Iríamos con Tomás a pescar a la playa, me dejarían usar sus bicicletas y él me acercaría en la barra de su bici al Club Carrasco. Pero nunca lo hizo, y Tomás siempre estaba allí, acaparándolo. Era de mi hermano, no mío. Por eso nunca pensé que fuera real, ni en ligar con él. Un par de años después me enamoré de Pancho, de Pablo, de Guido y de todos los amigos de Tomás que empezaban a hacerme caso en cuanto atravesaban el umbral de nuestra casa. Por fin me habían crecido las tetas.

Y allí se quedó Yuyo. Desapercibido, un secundario en mi vida hasta que las noticias atravesaron el Atlántico. Qué ganas tengo de verlo. Y qué curiosidad. Después de trece años en la cárcel, es un enigma. Hoy su leyenda, su lucha, casi lo convierten en un desconocido. El hijo de Teo. De él y Ana puedo fiarme.

Las vidas pequeñas, ocultas, cuyo reverso era, como decía Tomás, la felicidad absoluta, la libertad de estar juntos, la calle, las bicicletas, la playa.

—Qué tiempos —dice Ana—, mil años no, casi treinta.

—No puedo —le digo—. No consigo ver al chico de las pecas que jugaba con Tomás más que con el pelo rojo, el pañuelo al cuello y las cananas de plástico, aquel disfraz de vaquero. Porque nuestras madres debieron de ir un día al centro, creo que fue a los Almacenes Caubarrere de Dieciocho de Julio, y les compraron los mismos disfraces.

Tenía un recuerdo preciso de otro día, muchos años después y ya en Madrid, en que Papá contó en la mesa que Yuyo estaba en la cárcel. No entendí nada. Recuerdo bien la sopera blanca, la sopa de fideos muy caliente, el cocido que íbamos a comer y que yo no llegué a probar. La cara de Tomás, incrédulo, azorado.

En ese mismo año, 1972, algunos de los compañeros de clase de mi hermano, de su equipo de rugby, habían muerto en los Andes. Otros, los supervivientes, eran los protagonistas de una novela terrible. Nos enteramos del accidente en un Telediario, sentados en el sofá de nuestra casa de Madrid. Una noticia lejana que nos destrozó.

Yuyo nunca jugó al rugby ni iba al mismo colegio, y ese mismo año de 1972 estaba en prisión. Tardé muchos meses en superar las pesadillas de esa tragedia del avión caído. Me debí de defender de esa otra desgracia que me contaron casi sin querer. La lejanía y el tiempo los sumieron en una niebla densa, pusieron por medio un colchón inmenso que amortiguó ese ruido. Ni siquiera supe bien la dimensión de su daño, los largos años en que vivió sin libertad.

Esta carretera caótica por fin me acerca a él.

Y mientras Ana y yo seguimos en silencio vuelve aquella noche de 1985. «Lo han soltado», dijo mi padre nada más llegar de la oficina. No hicieron falta explicaciones, sabíamos de quién hablaba.

Ahora el coche se acerca a la costa en ese punto en que el agua del río empieza a contaminarse con el agua salada del Atlántico. De pronto todo el mar se ha vuelto azul.

—Llegó a casa y lo primero que hizo fue besarnos a todos, abrazarnos — dice Ana—. Hasta ese momento yo ignoraba que se podía llorar de alegría. Pero luego se fue al baño —sigue Ana—, se lavó la cara y salió sonriente, sin huella de la emoción de hacía unos segundos. Se cebó un mate, se sentó en el sofá, donde todos lo mirábamos, y le preguntó a papá por la caja de herramientas.

»—¿Te ayudo en algo? —quiso saber él.

»—Necesito la bici. Voy a darme una vuelta larga.

»Fue al garaje. Mamá se acercaba a la puerta a cada rato. Se oían los ruidos. Debía de estar limpiándola, poniéndole aceite, inflando las ruedas. Salió con otra cara y en las manos todavía le quedaban rastros de las manchas de grasa. Por fin le vimos sonreír. Estuve a punto de pedirle que nos acercásemos juntos a la playa. Quería seguir teniéndolo cerca, poder tocarlo, hablar con él sin tener que estar mirando el reloj. Pero se fue solo.

»Esa noche no volvió. Mis padres ya lo sabían. Estuvo un mes fuera. Sin dinero y sin equipaje. Y llegó un día como si nada, pero enseguida volvió a irse. Fue cuando empezó a construirse la cabaña de Atlántida. Ahí vive ahora. Y ahí sigue, solo.

Atardece cuando llegamos y se oye con mucha claridad el canto del tero, un pájaro uruguayo que repite sin cesar su propio nombre como un amante abandonado. Un pájaro egotista. Me instalo en la chakra de Ana y al poco rato me hundo en los sofás enormes que hay junto a la chimenea. Desde ahí puedo divisar el horizonte en los grandes ventanales. Es como si ya hubiera estado aquí, como si esta casa en el campo fuera una parte de nuestra amistad. Íntimas amigas, siempre decíamos eso, íntimas. Pero es la primera vez que estoy aquí. Un paréntesis de paz que, no sé bien por qué, me es tan familiar.

—Traje a esta casa alguno de los muebles de Divina Comedia. Es eso lo que te hace recordar.

—Pero después de tantos años... —digo.

Y pienso que es también la voz de Ana, los gestos de todas las personas que van volviendo a ocupar su lugar en mi memoria como si nunca hubieran desaparecido. El viaje por la carretera, el paisaje que tanto he echado de menos. El tiempo es solamente un dato imaginario. Todo, hasta las butacas de la chacra, vuelve a su sitio de la antigua casa de Ana en Carrasco con una naturalidad asombrosa.

Mientras deshago la bolsa de viaje me siento muy lejos. Qué estará pasando en Madrid. Me acerco con el móvil a la chimenea, pero no hay cobertura.

Cada vez que lo miro, Ana me observa con esa media sonrisa de los que han alcanzado la beatitud y viven fuera de las prisas y de las pantallas.

—Pero, che, sos una fanática —me dice después de cenar, cuando ve que de nuevo me paseo por los rincones de la casa y que luego me salgo al campo intentando rastrear el punto de cobertura mínimo para hablar con mis hijos en Madrid.

Es entonces cuando lo oigo otra vez. El tero insiste, *tero, tero, tero*, como si quisiera recordarme algo. Y eso me devuelve los veranos de entonces, los viajes a la estancia de Claudia y Fede, los padres de Inés. Nosotros con mi padre en aquel Mercedes viejo, todos alborotados. La parada en Paso de los Toros y luego en Estación Francia. Volvieron Las Cañadas y esas veces en que los niños perseguíamos conejos y pájaros y nos reíamos de su canto agotador.

Días de despertarse de madrugada, de cabalgar a pelo con los gauchos. El dolor en las piernas, las agujetas, perderse en el arroyo... Noches de dormir todos juntos en un galpón sembrado de colchones de lana, de contarnos las chicas en voz baja los secretos del chico que entonces nos gustaba, sin que los demás nos oyeran, de acercarnos a la cocina a meter el dedo en el dulce de leche negro de la estancia. Sí, también este tero de Ana es parte de la historia.

Y sobre nosotros, sobre el pájaro y sobre mí, sobre mi móvil, una noche muy clara. Y todas las estrellas del hemisferio sur.

Al entrar de nuevo, ya he hablado con los chicos.

—Es más fácil saltar el océano que cortar el cordón umbilical —le digo a

Ana.

Pero estoy mucho más lejos de Madrid que cuando bajé del avión. Cuando les llamaba nunca estaba su padre. «Ha salido», decían, o «No se puede poner». El otro día Guille me dijo en voz baja cuando íbamos a despedirnos: «Está enfadado». «¿Por qué?», pregunté. «No lo sabemos.»

Hoy, después de cenar unas patatas y unos chorizos asados junto al fuego, Ana saca una caja llena de fotos en blanco y negro. Ahí estamos las dos de uniforme, siempre con Inés. Imágenes que no son nada más que la confirmación de lo que ya sabía. Siempre han estado conmigo. Aquellos secretos, cuando yo espiaba a Yuyo y Ana moría por mi hermano. Los chicos que nos gustaban siempre metidos en nuestras conversaciones. Igual que ahora hablamos de los hombres que pasan o que han pasado por nuestras vidas. Desde niñas sabemos que, aunque hemos hecho el esfuerzo de mantenernos alerta, ellos nos han estado robando gran parte de la pantalla. Quedándose con el papel estelar en nuestros sueños.

Ana está decepcionada con la vida, pero sobre todo con ellos. En eso también seguimos juntas. Inés tiene un marido que siempre está fuera de casa. Un médico muy conocido que solo se apasiona cuando habla de enfermedades mortales y de los pacientes que están más graves. Debió de ser atractivo, pero, aunque es bastante más joven que ella, ya empieza a envejecer detrás del nudo de la corbata oscura y de esas gafas de miope. Pero la quiere.

De pequeñas esperábamos más, lo queríamos todo.

No sé si hemos tenido suerte.

Pero también estaban ellos, nuestros padres, y no aparecían de secundarios. Tan guapos en las fotos. Tan altos, tan inteligentes. Y aquel brillo de excitación siempre en sus ojos. Es ese grupo de jóvenes glamurosos lo que he venido a investigar. Aunque por el momento no consiga orientarme en el trabajo de campo.

Pero la memoria hoy ha hecho un buen trabajo.

Y mientras pienso en que nada saldrá de este viaje más que el placer de haber venido, llama Yuyo.

—Quiere verte —le dice Ana.

Y se oye un silencio en el teléfono que de pronto se hace demasiado largo. Ella me mira preocupada. Me levanto y me alejo de la habitación. Desde lejos les oigo hablar de los hijos, de que Yuyo tiene que venir a ayudar a su hermana a reparar una lámpara que se ha estropeado. Le ha traído los zapatos de Montevideo, dice Ana, los que tenía en el zapatero.

—¿Por qué no te acercas a comer mañana? Así los recoges y nos vemos.

Otra vez el silencio y, cuando vuelvo, de nuevo la mirada de Ana que se disculpa por su hermano.

—¿Qué pasó? —pregunto para disimular.

—No le gusta salir de casa —me dice al colgar—. Ya te lo advertí.

A ver si tengo suerte, no quiero irme sin verle.

Pero al día siguiente, mientras me ducho (son las siete y veinte de la mañana), Ana golpea la puerta y dice riéndose:

—Llamó el autista. Que mañana nos invita a merendar.

Ana me señaló vagamente la zona desde la carretera general.

—Se retiró aquí, jamás volvió a vivir en Carrasco. Y a Montevideo solo

va a trabajar. Es jardinero en un colegio de Pocitos.

Parece que su chacra no está muy lejos de esta, pero sí de la capital, más de cuarenta y cinco minutos en autobús.

—Eso —dice Ana— crea un filtro entre la ciudad y él. Y no es fácil verlo, porque nunca descuelga el teléfono.

Cuando nos vamos acercando, me señala una dirección concreta como si ya estuviéramos ahí. Pero lo que hay es solo una gran masa de árboles que no nos dejan ver más allá. Ni siquiera la casa, que ya tendría que haber aparecido. Un bosque tan espeso me parece algo extraño en esta costa. Seguimos avanzando y no hay señales de vida, salvo los pájaros y una brisa suave que ha empezado a levantarse. Todo se aquieta cuando nos internamos en la oscuridad de esos árboles grandes de distintas familias y apellidos, desde ceibos hasta eucalipto. Unos minutos más y entramos en un camino de tierra lleno de baches. Me bajo del coche para abrir una tranquera de hierro y, pasados quinientos metros, otra tranquera más, hecha de troncos. Es entonces cuando el bosque se abre como un teatro al levantar el telón.

—Ya estamos en su tierra —dice Ana.

Veo una laguna que hay que rodear y una gran zona de charcos. Un poco más, y surge entre enredaderas. Es una choza de ladrillo, pero la rodea tanto matorral que de lejos parece otro bosque.

Igual que algunos utilizamos estrategias para retrasar el cumplimiento de nuestros deseos, del mismo modo que intentamos que las ilusiones no pasen enseguida, la casa de Yuyo nos evita. Se esconde, tiene esa cualidad. Llegar es hacer una yincana. Él no lo sabe, está acostumbrado a vivir así. Nosotras, o por lo menos yo, lo que vemos es un cuadro contemporáneo donde nada se mueve. El bosque, el camino, la casa y la laguna. Y el caballo que pace atado junto al agua.

Estos kilómetros que nos separan de la carretera general y de la casa de su hermana son algo más que un espacio físico, mucho más que un paisaje concreto. Mientras me bajo del coche tengo la sensación de que solo hemos atravesado el primer pliegue de la fina envoltura de su alma. El bosque, los pantanos y hasta el caballo parecen decir que nos detengamos ya. Que él no quiere ver a nadie, que no está dispuesto a soportarnos. Todas esas pequeñas

membranas esconden a esa persona a la que necesito preguntar mil cosas, al amigo al que necesito escuchar y que no parece, de entrada, muy dispuesto a permitirlo. Ana y él son la conjunción perfecta para redondear la historia, pero no va a ser fácil. He tenido que llegar hasta aquí para darme cuenta. Sé que son ellos con su cariño, con ese pasado que compartimos, los que lo saben todo, los que han guardado esa parte de memoria que a mí me falta.

La puerta tarda en abrirse, el tiempo se interrumpe y nos abrazamos. Lo sé en cuanto veo sus ojos claros, tímidos, que me miran mandando al carajo todos los años que nos han separado. Su curiosidad extrema casi resulta excesiva, es como esos niños pequeños que, por sinceros, son impertinentes. Ese silencio y esa sonrisa que se abre y que al mismo tiempo evita la intimidad. Yuyo no quiere llorar. A mí no me importa tanto, aunque sé que la cara se me va a hinchar y los sollozos me harán parecer mayor y derrotada.

Él no. Como a casi todos los hombres, le cuesta mostrar su fragilidad. Pertenece a esa generación en la que desde pequeños fueron educados para ser guerreros. Pero al ver su cara pienso: Yuyo perdió su guerra. O la ganó, cualquiera sabe dónde sucedía ese combate.

Y vuelvo a lo mismo cuando me deja entrar. Esa casa es su cuerpo. Un gesto de sí, pero no. Necesito mi paz, no me interrumpas, parece decir con su silencio. Llena de libros, de escalones. De desorden de hombre ordenado, de hombre austero. Y en vez de rechazarlo me estimula esa resistencia, y hoy por primera vez pienso en cómo se debió sentir mi madre cuando conoció a Teo. Descubro entonces que, aunque he venido aquí buscándola, en ese misterio también estoy yo. Y que por eso he atravesado el Atlántico.

Ana desaparece nada más llegar. Murmura que tiene que ir a hacer la compra en Atlántida y dice algo de una visita. Nos quiere dejar solos. Yuyo tuerce el gesto. También yo le pido que se quede. Pero parece algo planeado de antemano.

—No, che, los dejo un rato. Vengo enseguida y luego ya nos volvemos a Montevideo.

—Tantos recuerdos —dice abrazándome otra vez, nada más entrar.

Pienso que aunque estemos solos, o porque lo estamos, su gesto, su mirada son tranquilos, como si ayer mismo nos hubiéramos quedado charlando hasta la madrugada. Las pecas infantiles, bajo los ojos claros, y una delgadez extrema le hacen elegante. Un caballero con hechuras de mendigo.

Lleva una gorra de lana que no se quita, y sus calcetines dejan ver un pedazo de carne blanca. Huele muy bien y está recién afeitado, pero noto que vive del aire. Me siento mal. De repente me dan vergüenza mis vaqueros recién comprados, la colonia francesa, mi bolso de marca. En este preciso momento desearía ser más joven para que no me mire con tristeza, pero su cara está llena de luz. De curiosidad y de alegría de verme; no parece importarle ni una sola de mis ojeras ni mis patas de gallo.

Y a pesar de la bienvenida de lujo, sé que para él supone un esfuerzo. Entiendo lo de «autista». Me pregunto qué pensará de esta visita.

Lo noté en el aeropuerto, en aquella primera mirada de Inés. Mi cara, mi cuerpo, es lo que verán los demás, y me compararán con aquella niña. Les dará un poco de pena, pero a la vez seguirán cultivando el recuerdo irreal de su propia infancia. Porque ellos no se ven cambiar, pero a mí sí. Soy mayor, igual que ellos. Mi aparición inesperada quizá les hará pensar en su propia edad, en sus propias arrugas. El trabajo del tiempo.

Y ahora me pasa lo mismo. Quiero ser adolescente, tener trece años y a la vez poder hablar con Yuyo sabiendo todo lo que llevo encima. El breve tiempo que pasaremos juntos y muchas preguntas es lo que traigo a su casa.

El niño en pantalón corto, muy alto, con la cara cubierta de pecas es ahora un hombre mayor que no ha perdido la capacidad de asombrarse y que sigue teniendo la mirada de aquel muchacho. Sus ojos transparentes son la prueba. Un tipo diferente, solo y pobre en una pequeña cabaña de madera y piedra, encubre al hombre culto y distinguido que fue toda la vida. Esa vida que no he pasado con él.

Eso llevamos encima, los años de no vernos. Esa confrontación, nuestras infancias reunidas y luego separadas. Y el final de aquel sueño, de todo aquel verano acumulado.

Quizá en algún momento de mi viaje él comprenderá que también yo sigo siendo la niña de trece años. Puede que ahora, recién reencontrado, no se dé cuenta de que todavía está viva y se acuerda de todo. Que él es todavía aquel chico de quince que venía a casa todas las tardes. Porque seguimos allí y a la vez somos adultos. Hay que jugar a eso. Los dolores, las alegrías de ahora no han conseguido borrar más que una pequeña parte de aquel verano que parecía que nunca iba a acabarse.

Y aquí estoy yo, delante de una cocina vieja, una cama estrecha, unos pocos platos desconchados, vasos, cubiertos, un mate y su bombilla, bastantes libros..., no mucho más. Con qué poco es capaz de contentarse, vuelvo a pensar mientras siento otra vez sobre mí sus ojos claros y me doy cuenta de la poca carne que tiene sobre los huesos. Su casa es igual, descarnada. Ni un adorno, ni una cortina, ni una colcha. Solo lo estrictamente necesario.

Aunque ya me lo ha dicho Ana, ahora es él quien me cuenta que es jardinero. Me fijo en sus dedos cuarteados, sus heridas. Más espiritual que físico. Un intocable indio, un gurú, un intelectual. Alguien que vive de sus carencias. Como si tuviese que redimir una eterna penitencia. El sol que entra por el pequeño ventanuco duda entre calentar y esconderse, prefiero que no haya mucha luz para que no se fije demasiado en mis ojeras.

—Tu madre siempre me regalaba los libros que le habían gustado. Yo la adoraba.

Los volúmenes llegan hasta el techo en unas estanterías de madera que él mismo ha fabricado. Y fuera, al aire libre, todo sigue siendo uno: un caballo,

una laguna, un árbol inmenso. Todo recuerda que estamos en el territorio de un solitario.

—Gracias a ella escribo, fue eso lo que me salvó. Fueron sus libros lo único que me llevé a la cárcel.

—Pero ¿cómo murió? —le pregunto de sopetón. Una urgencia a deshora que hace que Yuyo cambie de gesto.

—Nadie lo supo. Dijeron que fue un infarto mientras iba conduciendo.

—Pero antes de eso: tu padre, mi madre, ¿qué paso? —insisto.

He intentado hacerle la pregunta sin darle demasiada importancia. Pero cambia de cara. También su ritmo se altera, y es como si hubiera dejado de verme, como si se hubiera quedado solo.

Tengo que ir poco a poco. Noto que esa pregunta también es importante para él y quizá le lleva a un tiempo que prefiere olvidar. Se levanta y va hacia la puerta como si necesitase aire, pero, a pesar de lo despacio que se mueve, tropieza con una butaca vieja, como si no conociera su propia casa. El golpe le hace mirarme y vuelve a la realidad. Gira, cierra la puerta que da al exterior y se sienta de nuevo en el sofá. Son muebles viejos pero elegantes. Deben de ser de la casa de Divina Comedia. O si no lo son, podrían haberlo sido.

Entonces sonrío.

—Llevo todos estos años en el camino opuesto. Intento olvidar. Remover esas aguas me acerca al peligro.

—Pero hablo de tu padre, no de ti.

—Él me contó tantas cosas. Me cuesta ordenar todos esos recuerdos.

—Sí, por favor, inténtalo.

—No sé, en aquella época nada parecía real.

—Pero tu padre ¿qué te dijo?

—Te lo contaré, amor..., lo que pueda, lo que recuerde. Pero dame tiempo.

Amor, divina..., me dice varias veces espolvoreando la conversación de intimidad como si nada se hubiera interrumpido en todos estos años. No se da cuenta de que a las castellanas recias no se nos puede llamar amor como si nada.

Su acento, de nuevo esa dulzura del habla del Río de la Plata.

—Pero contame de ti. Hablemos de nosotros, de literatura, de nuestros hijos. Todo lo que tenemos pendiente.

—Hay tiempo —le digo, pensando que, si ahora nos desviamos, jamás me hablará de mi madre.

Pero cuando, al despedirse, vuelve a abrazarme, dice:

—Lo de ellos, el viejo, la gallega, está a salvo conmigo.

—Nos secuestraron, nos mandaron a España... Nunca supe.

—Ya lo sabrás, linda, lo poco que sé..., te lo contaré antes de que te vayas.

—Pero ¿te acuerdas? ¿Todavía te acuerdas?

—Sé y no sé. No estoy seguro. Mezclo lo que viví y lo que soñé. Pensé que mi padre me lo contó, pero debió de echarle imaginación. Y yo también fantaseé. Y sobre todo eso, ha pasado el tiempo siembra que te siembra y poda que te poda. Pero algo al verte empezará a despejarse. Creo.

Tardamos en volver a Montevideo porque hay mucho tráfico. Ana se alegra de que haya podido hablar con su hermano.

—Es tan impredecible —dice.

Cuando vuelvo al hotel, el sol de la tarde ha empezado a alumbrar y los enamorados siguen en la Rambla, como si no se hubieran movido desde ayer. De la playa vienen este color rojo y una calma suave.

Después de comer algo, abro el ordenador y hay un mensaje suyo: «Mañana voy a Montevideo. Temprano, soy madrugador. ¿A las nueve en el Club Carrasco? ¿Me invitás a desayunar?».

Entro con miedo en este club de ventanas grandes y madera oscura y me acuerdo de que íbamos allí los domingos después de misa. Todavía están el garaje y las barras donde anclábamos las bicicletas.

Yuyo me espera en la cafetería, nervioso y sonriente. Y con unos vaqueros viejos impecables.

—Te hice madrugar —me dice. Y pedimos unos cafés con leche. Nada más.

Mientras nos sirven sospecho que hace muchos años que no había vuelto a este lugar tan elegante. Noto que lo ha hecho por mí, y que no está cómodo. Pero me callo.

—No solo los campesinos madrugáis. También vine temprano por la Rambla. Pero cuenta, querido. Las ejecutivas somos así.

—Empiezo por mi padre, por mi madre. Sí, ya sé que vos querés saber de los tuyos, pero para hacerlo necesito hablar de los míos. Irme de nuevo allí, a la calle Divina Comedia, a Potosí, y hacerme todas esas preguntas que ya no podemos hacer a los muertos. A quién no le queda pendiente alguna pregunta para ellos.

»¿Te acordás de mi padre? Teo era alto y flaco, y la petiza Miller, tan chiquita que, desde que se conocieron, parecía que corría a su lado. Fueron felices hasta que nosotros, los chicos, nos hicimos mayores y ya no hacía falta serlo para que los viéramos. Eso me contó una tarde el viejo como para justificarse, para que yo entendiese por qué había acabado separándose de mi madre.

—Era mujeriego igual que el mío —digo—. Y tan guapos los dos. Un peligro público.

—Lo decía Varguitas —dice Yuyo—, nunca se sabe cuál es el momento en que las cosas empiezan a joderse. No es como cuando la comida se pudre. No hay olor, no hay señales. Pero cuando te das cuenta se ha perdido la pasión y queda ese cariño que tiene el mismo sabor que las galletas deshidratadas de la comida de régimen. Ese afecto blando, gelatinoso, que ya no te sostiene para enfrentar la vida. Algunos no sabemos vivir sin eso: la chispa, el arrebató, ese fervor.

—Nunca me gustó comer de régimen —digo.

Yuyo toma aire y recuerda que desde que cumplió catorce su padre le empezó a hacer confidencias:

—La mayoría de las mujeres están mal cogidas —me decía—. Y a las mujeres hay que cogerlas bien. Foster, por ejemplo, tan buen mozo, tan buena pinta, pero no sabe coger a las mujeres. Tiene que emborracharse para acercarse a ellas.

»Así que, pensé, no solo había que coger, sino que había que hacerlo bien. Tampoco sé si era un buen consejo de padre para un pibe de catorce años. Nunca quise saber los secretos del viejo. No entendía por qué me trataba como a un amigo. Él debía de sentir que al contármelos los purificaba porque a través de un niño todo parece un juego. Algo inocente. Así que era como si yo, su hijo mayor, fuera su confesor particular, el que iba a imponerle la penitencia y exigirle el propósito de enmienda. Pero eso luego tuvo su precio. Siendo adolescente pasé siglos bloqueado cada vez que se me acercaba una mina. Y sucedía aunque no me gustase mucho. Solo con que tuviera una sonrisa un poco linda me convertía en hormigón.

—¿No te contó nada de mi madre? —le pregunto.

—Se resistía, con el mismo miedo que tengo yo ahora al contártelo a ti. La primera vez le temblaban las manos y lo dijo muy bajo, como si no se atreviese a empezar. De hecho, ni siquiera dijo su nombre. Nunca llegó a decirlo. Siempre lo evitaba, la rubia, decía, o la de los ojos grises. Quizá fue de nuevo por respeto. O porque había detalles que yo no necesitaba, no hacía falta decírselos a un hijo.

—¿Y qué te contaba?

—Esa parte, esa historia de ellos, volvió años después, cuando venía a verme a la cárcel. Teníamos poco tiempo, che, atesorábamos esos instantes de charla como quien cuenta los segundos que quedan para encontrarse con una amante. Pero, si lo miro desde ahora, con la perspectiva que da el tiempo, fueron muchas horas de estar solos y de contarnos historias más o menos reales que habría sido imposible compartir en otros momentos, en otro lugar.

»Recuerdo los gritos de los presos mientras él me contaba su historia de amor. Se ponía muy cerca de mí y no alzaba la voz. Todavía tengo pesadillas. Pero prefiero no hablar de eso. Intento olvidar aquellas interrupciones y sobre todo aquel olor. Ese tufo pegajoso, esa mezcla de orina y comida podrida. Apenas veíamos el sol. La humedad de las celdas, el frío y el calor, pero más que nada la oscuridad. No, mejor no hablar.

—Pidamos otro café —le digo— y algo sólido.

—No te voy a contar lo que me cuesta comer. Ni te voy a hablar de la picana, ni del submarino. No puedo ni escribir esas palabras. Me ahogo y me duele la garganta cuando me acuerdo. Pero lo peor fue perder a los amigos, a tantas amigas. Gente con la que vivía que desapareció. Esa chica tan joven, esa amiga que estaba embarazada.

—Me extraña pensar en ti como un preso.

—Éramos niños bien, pitucos, y no sabíamos de qué iba la vida. Pero sí en qué bando estábamos. Sí, divina, ya sé lo que me vas a decir, acabo de decirte que no te hablaría de ello y lo estoy haciendo. Es la primera vez después de todos estos años, un orden que necesito para contártelo, para acordarme de todo. Aquel pasadizo oscuro e interminable donde la única luz eran los libros y las visitas.

»Sobre todo las de mi padre, que nunca me reprochaba nada y que sabía sacarme, por un instante, de ese agujero, o las de mi madre, siempre al pie del cañón. Sus historias eran lo único que me libraba de las ganas que tenía de matarme. Era tan divertido. Un amigo íntimo que te abre el corazón. Pero también estaba mi madre y yo era hijo de los dos. No me importaba que vinieran por separado. Así tenía más visitas. Y, para entonces, ya había asumido que cada uno tenía su vida.

»Mientras estuve encarcelado, Teo se lanzaba a hablar sin límites. A un preso se le supone la discreción, dónde va a ir a contar los secretos. Ninguno de los dos estábamos seguros de que hubiera un futuro. Todo apuntaba a que yo no saldría de allí. Cuando por fin me dejaron ir, no volvimos a mencionar el tema.

»Y lo primero que me contó de esa historia fue que con tu madre se transformó, no fue el bacán que acostumbraba a ser.

»“Era tan delicada”, decía. “Todo fue lento.” Desde que la conoció en la fiesta de los Foster le gustó esa mujer, me dijo el viejo una tarde, y eso abrió un caudal de palabras que se desbordó durante meses. Sus blusas blancas, su pelo de huérfana, el cuerpo rotundo, las caderas que ocultaba detrás de aquellas faldas grises, su cuello blanco con un collar de perlas que parecía heredado de alguna tía anciana. Era distinta.

—¿Y nunca decía su nombre?

—Nunca. No sé si se daba cuenta de que yo sabía, era fácil hilarlo, pero manteníamos ese juego. Me daba la impresión de que la tenía tan dentro que no era capaz de revelar la historia abiertamente. Decir su nombre en la cárcel parecía una falta de respeto.

»“Era tan demodé esa rubia”, me dijo aquella tarde, y se puso muy serio, creí que iba a llorar. Me chocó que esa expresión francesa, medio sofisticada, sonara en ese agujero, en esa mugre, en medio de ese olor. “Y tan rara, tan intensa”, añadió.

—Tienes razón —le digo—. Desde pequeña tuve la impresión de que Mamá había llegado a Carrasco con demasiadas ideas fijas. Y qué ideas: Franco, el catolicismo. Ustedes eran laicos, no creían en nada. Como los pecadores expertos. La imagino a ella transparente, ingenua, pero de una inteligencia que la ataba a la tierra. Y se debió de enamorar casi sin darse cuenta.

—Rubia, estoy agotado. Te acompaño al hotel.

—Mejor te acompaño yo a tomar el ómnibus. Pero ¿cuándo nos vemos?

Mientras caminamos volvemos a ellos. Yuyo me dice que era verano cuando

todo empezó. Parece que Teo nunca había tenido una relación platónica, pero esta era perfecta. Ella era inteligente y le correspondía, o eso pensaba él. Pero al principio era solo hablar de García Lorca y de practicar la hermandad de las almas. Pasaron muchas horas charlando, compartiendo lecturas, amigos, bromas, antes de que se dieran cuenta de lo que les pasaba.

Pero mi madre no era como las otras, nada que ver con esas mujeres dulces y solas de faldas estrechas y medias con costura con las que Teo gastaba los viejos colchones de los hoteles de Dieciocho de Julio, esa gran avenida tan lejos de Carrasco. Tampoco encajaba con las mujeres burguesas de sus amigos con las que, algunas veces, se iba a pasar el día a Colonia del Sacramento, para besarse al atardecer cerca de aquel río marino. Esa esquina del continente donde se estrecha el Río de la Plata y empieza a llamarse río Uruguay.

Yuyo dice que ella lo buscaba con los ojos, o eso pensaba él. En las mesas que compartían con las demás parejas, con los amigos, en los paseos de la playa, en las lecturas y durante las canciones del porche de su casa. Pero era la mujer de aquel empresario español que Teo había conocido años atrás en Madrid, cuando pudo viajar a España con una beca de la universidad. Ese gallego que en unos pocos meses se había convertido en su amigo íntimo. Eso pesaba.

Yuyo me abraza durante unos segundos y pienso que estaría bien hablar de nosotros, de todo lo que pasó en los sesenta. Pero no quiero asustarle. Ya subido en el ómnibus se da la vuelta y me guiña un ojo.

—Tendrás que venir vos —dice—. Y seguiremos hablando.

De vuelta al hotel empiezo a sospechar de nuestras fantasías. Pero las ficciones también son verdad. Como reales son los sueños que tenemos. Y la delicadeza de Yuyo me hipnotiza. No creo que vuelva a hacerlo, que se lance a hablar así, como esta mañana. O quizá no sucedió nada más. Ese intento murió antes de empezar. Y me niego a creer que solo fuera por culpa de mi

padre.

 Mi padre otra vez.

Le llamo por teléfono y me dice que no puede hablar. Que no recuerda nada.

—Pero ¿nunca estaban solos? —le pregunto.

Entonces empieza a hablar muy lentamente, como en un sueño, todo seguido, y mientras va desgranando las palabras no me atrevo a interrumpirle.

—Fue una tarde de mucho calor. La vio de lejos en el centro y se puso a seguirla. Le sorprendió que fuera despacio, que mirase escaparates, como si no tuviese prisa por volver. Luego ella le dijo que salía del dentista, él le contó que vagaba por las librerías de viejo cerca de Tristán Narvaja. Tan lejos también de Carrasco.

»Se fueron a sentar en un café en el Mercado Central. Parece que sin darse cuenta eligieron la esquina más lejana, la más oscura. Teo la miraba muy fijo y muy de cerca. Aunque en las reuniones de Carrasco solían hablar y acababan siempre uno al lado del otro, esta era la primera vez que estaban solos.

»“Si lo hubiera pensado un momento jamás me hubiera atrevido”, me dijo Teo, y siguió con que la rubia era brava, con que podía haber pasado cualquier cosa.

»Porque de repente él acercó la mano y luego, como si no lo controlase, su índice subió por el hombro de Lucía. En cuanto lo hizo creyó que iba a asustarse, que saldría corriendo. Seguro que estaba a punto de darle una bofetada, tan especial era. Pero ella se tocó el pelo que ya le había empezado a crecer. Se puso muy derecha y empezó a hablar de su infancia en Madrid, de la guerra de España cuando era tan pequeña, del calor de aquel verano en

La Granja. Él, como si quisiera refrescarla de ese recuerdo, mojó el dedo en el hielo de su Coca-cola, y siguió deslizándolo por su escote tapándola de la gente con su espalda.

»Me lo contó una tarde de esas en la cárcel, mucho tiempo después de que todo hubiera pasado. Uno de esos días de verano. Había empezado hablándome de nuevo de cómo había que tratar a las mujeres, su obsesión de toda la vida. Cuando empezó yo estaba medio dormido. El fuego sobre la chapa del techo de mi celda no me había dejado pegar ojo la noche anterior. Pero al oírle me despabilé. Me resultó tan raro ese gesto. Tan poco de ella, de la mujer que yo, de chico, había conocido. Era tan callada. Y resultaba tan atrevido ese dejarse tocar a plena luz del día en el centro de la ciudad y en la sociedad de los sesenta. Se lo inventaba. Quizá el gran Teo me mintió. O será que el amor es así. Que el suyo sucedió de esa manera.

»¿Qué pensás, querida? —dice levantando de repente el tono de voz—. ¿Te parece lógico que tu madre, con lo estricta que era con ustedes, no saliera corriendo?

»Porque Teo dijo que se quedó quieta, dejándose acariciar. Seguía hablando de la guerra sin mirarlo, la cara arbolada. El calor seco de Castilla, la presa, la corriente del río, los soldados..., las manos le temblaban.

»Teo lo contaba despacio. No sé si hacía esas pausas para recordar los detalles o para que no le doliese tanto recordarla. Aunque sonrió cuando habló del hielo. Aquella sorpresa al descubrir algo distinto en Lucía.

»¿Qué creés?, divina. El amor es audaz.

»Salieron a la calle y se fueron hacia Ciudad Vieja como si quisieran alejarse aún más de sus casas con jardín, de sus familias, de sus encuentros en esa otra vida a la que, en aquel momento, no tenían ningunas ganas de volver. Él la convenció para que pasearan un rato.

—La escalera era oscura y la habitación muy alta, eso me dijo el viejo. Una vista del puerto, un olor a pescado y el calor de aquel día.

»Ahora, escondidos de todos, le bajó los tirantes, acarició su espalda y la besó en la nuca. Todo iba muy despacio.

»¿Por qué me contó esto? No lo sé, porque yo ya no era un niño. Pero es que él, a partir de la muerte de ella, empezó a obsesionarse. Solo quería hablar de esa mujer. Como si se sintiese culpable de algo. No dejaba escapar un solo detalle. Quería contármelo todo como si quisiera que yo lo guardase.

»A veces al final de una frase añadía: “¿Entendés lo que digo?”. Como si intuyese que un día alguien... tú misma, me preguntaría por ello. Qué raro, ¿no, linda? Y quizá por eso nunca se lo he contado a nadie. He escondido esas imágenes hasta que tú pudieras verlas, escucharlas. Como fotos amarillentas. Ellos dos en el principio de su amor. Esa escalera empinada. El ventanuco en el techo que iluminaba la cama. Asustados de lo que sentían.

»“Yo quiero a mi marido”, le dijo ella.

»“Yo también, es mi amigo.”

»Ella lo abrazó con más fuerza, como si fuera a ahogarlo, y se quitó el sostén y se arrancó la faja.

»“¿Y después? ¿Qué pasó después?”, le pregunté a Teo.

»“Che, tranquilo”, me dijo. “Hay tiempo de sobra para contarlo.” Entonces hizo un silencio para tomar aire y dijo que me lo repetiría literal. Es una frase que no se me ha borrado: “El sol no estaba, el puerto olía a triste y la cama era dura”. Medio poeta, el viejo.

»Querida, ¿qué pensás? ¿Qué quiso decir? ¿Que no lo hicieron?

»Me preocupó su cara —dice Yuyo—. Había demasiada tristeza en su voz, casi no se le oía. No quise preguntarle. Un polvo melancólico o un polvo inexistente.

»Dijo que ella nombró a Pablo como pidiendo auxilio. Fue el nombre del amigo el que rompió el encantamiento. La tarde rota.

»Y luego ya soy yo el que imagino lo demás, las sábanas arrugadas por el suelo, los despojos, la ternura quebrada de ese encuentro, las lágrimas de ella y cómo intentaba esconderlas, los gestos de él recogiendo la ropa y dándosela para que se vistiera. Y ese modo que tenía mi padre de atarse el cinturón. Tan flaco que todos le quedaban grandes. La tarde derrotada.

»“Yo también quiero a Pablo”, dijo el viejo.

»Y le tocó la cara.

—Mirá, linda, todo lo que me dijo, lo que sentí al oírle, te lo puedo contar con pelos y señales, pero no sé si es eso exactamente lo que recuerdo o es lo que imaginé. Mientras mi padre me hablaba era tal el contraste entre esas imágenes y el mundo de la cárcel, tenía tanta necesidad de salir de allí, que la fantasía se me disparaba. Una liberación. Y su relato tenía tanta fuerza, brillaba tanto, que llegué a imaginarme a esa mujer como si fuera mía.

»La historia no es falsa, querida, pero todo está mezclado en la batidora de la imaginación. No son sus palabras exactas. Lo que permanece es lo que yo reconstruía por las noches cuando se iba y me tumbaba en el catre y me ponía a pensar en aquella mujer imaginaria. Como nunca la llamamos de ningún modo, sentía que podía hacerlo, que tenía todo el derecho a quedarme con ese recuerdo, a apropiármelo, a jugar con él y a manipularlo, a reconstruirlo a la medida de mis emociones, de mis carencias, de lo que necesitaba en aquel momento. Dormir con ella fue uno de los pocos placeres que tuve allí.

»Y el rostro de esa mujer con la que soñaba por las noches no era exactamente la cara de tu madre. Se le parecía mucho pero no era ella.

»No es que no fuera real. A veces me he preguntado qué había de verdad en eso y qué era lo que yo iba añadiendo. No sabés la de vueltas que les di a esas imágenes que él me relataba como tuyas. Su cuento, su historia con tu madre, o con esa mujer que no tenía rostro, de pronto se iba transformando en algo mío. En lo único que me daba ganas de vivir. Porque en mis noches ella no estaba muerta. Mi padre, las imágenes que utilizaba y a las que yo volvía me salvaron la vida. Él era el único capaz de sacarme vivo de allí.

»Amor, esto es todo por hoy. Soy viejo, che. Estoy cansado de este día intenso. Habrá más, antes de que te vayas. Pero sería mejor que no te fueras. Aquí queríamos, queremos mucho a tu familia, nunca los hemos olvidado.

Imagino a Yuyo, puedo verlo mientras le oigo en el móvil. Su mirada tranquila. Y puede que tenga cierta envidia de su padre. Como si él hubiera vivido la vida que a Yuyo se le negó. El envés de la trama. Porque él es un tipo alegre que a veces está triste. Quizá sea culpa mía, y de esta tarea que le he encomendado. El hijo que asistía en primera fila a las aventuras de su padre con mi madre, a todas sus meteduras de pata con las mujeres. A su felicidad inasequible al desaliento. Y eso da envidia.

Parece un milagro, pero Yuyo ha aparecido por sorpresa en mi hotel. Me espera en el hall y nos vamos a pasear por la Rambla. De nuevo me ha dado uno de esos abrazos de amigo de siempre que me conmueven tanto. Sus piernas largas hacen que tenga que apresurarme un poco si no me quiero quedar atrás. Tan delgado y ágil a la vez. Le pregunto por su padre, por lo que escribía. Nunca he leído nada de él.

—Teo tenía la letra clara, redonda, casi de niña del Sacré-Cœur —me dice—. Y le gustaba tanto deslizar la pluma por el papel que sus primeros borradores siempre los hacía a mano. Cuando empezaba, en un ejercicio de humildad, dejaba una línea en blanco tras cada línea que escribía para luego añadir las correcciones. Trabajaba como un monje medieval.

»El primer texto, el que más le costaba, lo escribía en azul con la Montblanc regalo de aquella novia. La primera que lo llamó escritor. El segundo lo hacía con bolígrafo verde, las líneas de esos textos acostándose como prados recién llovidos bajo el cielo azul. Sobre ese paisaje hacía una tercera corrección en lápiz rojo.

»Sus manuscritos eran extraños palimpsestos, viejos bosques donde no cabía ni un árbol más, pero donde el texto latía, se arrebatava. Establecía así una arqueología de su escritura en la que se podía distinguir cada uno de los estratos. La aparición pausada de los personajes, sus emociones, los gestos más insignificantes, las ideas. Pero también las dudas de Teo, sus defectos, sus torpezas y arrepentimientos.

»“Como los *pentimenti* de un cuadro de Velázquez”, me contó que le

había dicho la rubia aquel día.

»Ella se había empeñado en que le enseñase su nueva novela. Una excusa para verse a solas después del día del puerto, pensó él. Quedaron en un bar de Ciudad Vieja que propuso ella como si ese fuese el territorio ya decidido sobre el que iban a crecer juntos, el marco donde florecería su romance.

»Pero era en pleno centro de la ciudad, junto al Teatro Solís, al lado de Plaza Independencia. Porque la rubia, esa tarde, solo quería leer sus cuadernos. Él llegó puntual, sin saber bien si era un coqueteo o si estaba arrepentida de haberse desnudado unos días atrás. Y al sacar los folios de su vieja cartera de cuero, ella se encontró con ese mapa multicolor imposible de descifrar.

»Parece que se enfadó.

»“¿Sabés esas veces que las minas se ponen serias para que les preguntes qué es lo que les pasa?”, me dijo. Así era ella. Orgullosa, un poco reprimida, nunca habría confesado que no entender los textos la ponía furiosa. Así que se lo preguntó, y sí, estaba muy alterada. Mi padre debió de pensar que en cualquier momento podía ponerse a llorar. Habría ido con la ilusión de que él le hubiese escrito algún poema, algo dedicado a ella, y se encontró en medio de esa extraña gruta de garabatos. La caverna de Platón, el laberinto de Creta, la Cueva de Salamanca... Dijo que lo hacía a propósito para no ser descubierto. Que lo tenían muy vigilado.

»Se ocultaba detrás de esos jeroglíficos.

—Ahora se llamaría fatiga informativa —digo—, información excesiva... una manera como cualquier otra de no dejarse ver.

Y qué es el juego de la seducción sino ese mostrarse y ocultarse, pienso mientras Yuyo me lo cuenta y me mira de pronto muy fijo y luego se arrepiente de haber profundizado tanto en los detalles.

—Estaban en los primeros momentos —dice Yuyo—, esos en los que nos da vergüenza mostrarnos deslumbrados por el otro. En los que nos cuidamos de dar un paso en falso porque sabemos que la relación, a pesar de lo intensa que es, o justo por eso, es más frágil que nunca. Todavía no se ha trenzado la amistad, los intereses comunes, ni siquiera se conocen los olores o los gestos del otro. Solo hay eso, una intuición, una luz que hace que los párpados se

arruguen, que las pupilas se achiquen para no meter la pata.

Mientras lo dice no sé si habla de ellos o de nosotros. Porque algo está empezando y no sé bien qué es. Y él también ha debido de darse cuenta porque se ha quedado quieto, mirando la playa, y me ha propuesto pasear por la arena.

—Hoy he estado pensando en ese extraño método de trabajo que tenía —dice—. Teo no había abandonado la escritura desde los quince años. Fue entonces cuando decidió que quería ser escritor. Esa artesanía le hacía perder tiempo, era algo enojoso y cansado. Pero a él le funcionaba. Y ahora que lo pienso me doy cuenta de que a lo mejor lo llevaba haciendo muchos años para ocultarse de mi madre. Para que no le descubriese los romances. Según él, cada línea le inspiraba nuevas escenas. Cada color iluminaba los recovecos de algún personaje, el brillo oculto de sus emociones más nobles, de sus pasiones más rastreras, las adicciones más inconfesables. Allí encontraba la fluidez que necesitaba.

—¿Así que tú también piensas en tus padres? —le digo riéndome—. También a ti te persiguen.

Después hemos seguido andando, ya de vuelta al hotel, pero en silencio. No ha sido incómodo. Me gusta estar con él. No siempre hace falta hablar.

Me deja en la puerta y vuelve a caminar de espaldas con esos pasos largos de gimnasta que lo hacen tan joven. Y cuando subo a la habitación me dan ganas de correr y alcanzarle, de intentar volver a verle. Pero me aguanto.

Y pienso en Teo y en mi madre. Fue en esos primeros momentos cuando quizá tuvieron la tentación de anticiparse a la historia, de advertirse el uno al otro de lo que se iban a encontrar más adelante. Para que si venían tiempos vacíos estuviesen avisados. Para que aceptasen las desilusiones, los límites. Y me doy cuenta de que ni siquiera eso se les permitió. La rutina de compartir las horas. Esas bombas de relojería que fortalecen y a la vez diluyen el entusiasmo. Qué triste no tener ni siquiera el suficiente tiempo para haber podido aburrirse juntos.

También pienso en Yuyo.

Es muy tarde y abro el ordenador.

Hay un mensaje de Yuyo.

»Mirá, querida, no sé si lo que te voy a contar ahora es cien por cien verdad. Entre aquella época y hoy ha pasado todo el tiempo de la oscuridad, y eso cambió mis recuerdos. Cuando salí de la cárcel, cuando salimos los que conseguimos sobrevivir, ya no éramos esos burgueses ingenuos que querían salvar el mundo.

»El partido se jugaba en otro campo, muy lejos del Uruguay y del Club Carrasco. Éramos pequeñas piezas del ajedrez. Nunca he dejado de pensar que las cosas tienen que cambiar. Pero no puedo dejar de oír a aquellos bebés, a aquellas mujeres que lloraban. Ninguna patria pide tanto a sus hijos. Ninguna idea, por grande que sea, puede imponerse de esa forma.

»No me preguntes por qué te estoy contando a ti algo que nadie sabe. Quizá por querida y por lejana. Porque ya no sé bien quién eres. O porque sé que te irás de nuevo. Pero no voy a hacerlo con nadie más. Y lo de nuestros padres... Puede que también mienta.

»Las visitas de mi madre eran diferentes a las del viejo. Se levantaba al alba para cocinarme torta pascualina y que yo la pudiera tomar recién hecha. Iba al mercado a comprar alcauciles y los traía recién cocinados. Jamás olvidaba el paquete de mate, ni las paltas, que todavía hoy me encantan. Siempre llegaba perfumada y con los ojos más pintados que nunca. Las mejillas rosadas y brillantes. Era una alegría verla llegar con aquel vestido de flores rojas, el más nuevo que tenía.

»Siempre que se despedía era lo mismo.

»“Mataría por quedarme media hora más, aunque solo fuera eso.”

»Y entonces hacíamos la lista de lo que me traería el domingo siguiente. Sacaba su pequeña libreta negra de hule y empezaba a escribir con aquellas gafas que se ponía en la punta de la nariz.

»A veces le caía una lágrima, pero se la quitaba con la mano como si se le hubiese metido algo en el ojo y me preguntaba si la próxima semana quería sopa o si necesitaba alguna manta más. Igual que cuando tejía mientras nosotros éramos pequeños. La ropa planchada, el papel para escribir, los lapiceros... y la comida. Para aprovechar el papel yo escribía muy chiquito. Como Walser. Con la esperanza de que nadie allí entendiera mi letra y con el miedo de acabar sin entenderla yo mismo.

»Mi padre traía el alimento de la fantasía, siempre presumía de ser muy poco práctico. Yo necesitaba las dos cosas. Las lágrimas de mi madre cada domingo y la voz de él, que entraba siempre como la obertura de una sinfonía que, a medida que pasaba el tiempo de la visita, iba apagándose como aquellas tardes de verano en las que la chapa del techo guardaba el calor toda la noche.

»Solo me abrazaba al llegar. Unos minutos más de lo normal y muy fuerte. Pero no le gustaba que le mirara cuando se iba. “Los hombres no lloran, che”, decía muchas veces cuando yo era pequeño. Ahora ya no estaba tan seguro de poder aguantarse. Y por eso se daba la vuelta, me daba la espalda y de repente decía adiós en voz baja y desaparecía».

Yo sé lo que necesito. Para mí ya es imparable, le diré. Hablaré con él también sobre mis dudas, sobre esto.

Conocer a un hombre es también dibujarle en el mapa. Poner los límites, los colores, lo que tiene ese tipo concreto y lo que le falta. Su piel, la textura en los pliegues de su cara. Sus ojos atentos o distraídos. Sus manos largas, varoniles, o quizá delicadas como las de una mujer. Manos blancas. Si nos gusta nuestra atención se intensifica. Vamos almacenando en cada movimiento que hace, en cada palabra que dice, sus datos en un USB que dedicamos exclusivamente a esa memoria. Separada de las demás líneas de nuestra vida en otro ordenador. Mezclada con el espacio de los sueños. Esa carpeta de los hombres que nos interesan.

A medida que crece la intimidad, si se convive con él, si acaba convirtiéndose en nuestra pareja, los límites se agrandan. La vida hace su trabajo, la carpeta son noches compartidas, pelos en la almohada, pero también gazpachos y ensaladas, películas y paseos, palabras más o menos viejas. Tardes de regreso del trabajo en las que se intercambian los detalles banales, las pequeñas obsesiones. Ese hermano que cada día nos hace una faena. Ese jefe que nunca está del todo satisfecho y que ha llamado a la hora del desayuno. La asistenta que ha roto el frutero de cristal de la abuela.

Pero hay algo que permanece ahí, inmóvil y brillante, la primera impresión, ese salto de no existir a, de repente, estar en ese mapa. El brillo que nos acercó a su cara. El primer momento que guardamos entre papel de seda como un cristal delicado que también se puede romper o abandonar, pero que justifica todo lo demás. La semilla que regamos cada día.

Pasa el tiempo, meses, años, y otro tipo irrumpe en nuestra vida. No se

parece en nada al primero, el hombre que ahora ha aprendido a conocernos y con el que ya no hacen falta explicaciones. El nuevo es un misterio. Una oscuridad. Un lugar vacío en el que podemos resbalar y rompernos la tibia. Pero la intensidad es la misma que la primera vez. Otra carpeta, otros gestos, otra pasión. Ese ángulo oscuro todavía. Un espacio que no excluye al otro. El mapa se complica. No solo en las dudas, en los comportamientos, en la gestión del tiempo y los afectos.

También entre ellos se establece un sistema de mareas y de compuertas que suben y bajan. El último es más fuerte, el primero es lo sólido, lo que se ha quedado atrás.

O quizá no. Quizá esa parte de la vida del segundo tipo estaba destinada para ella desde que nació. No fue algo improvisado ni un movimiento frívolo. Porque lo que descubre es hasta qué punto todo era provisional, frágil, mortal. La vida misma.

Y sí, hablo de mí y de mi madre. Del misterioso encuentro con Yuyo, del de ella con Teo.

Lucía a Teo

Querido:

Él sigue en Buenos Aires y los niños están tranquilos en el jardín. Aprovecho este rato de paz para escribirte. Perdona, pero recuerdo que me dijiste que ese sitio era el más seguro.

No puedo dejar de pensar en ayer.

¿A esto lo llaman amor adúltero? Feo nombre para lo nuestro. Para aquello.

Nunca había estado tanto tiempo desnuda al sol. Ahí arriba al aire libre. La azotea, la luz. Tus brazos, mi piel. El aire en los árboles altos. Los pocos coches en la calle que, al pasar, no nos veían. El sol sí, el cielo impecable, el suelo de cemento y esa colchoneta roja que resultó ser tan acogedora como una vieja amiga.

Y nadie más.

Ese primer pudor de los que no se conocen. Un tipo tan experimentado como tú. Pero ¿por qué temblabas? Dos adolescentes en una inauguración. Un estreno esos cuerpos al mediodía. Incandescentes, ingrátidos, hechos nada más que para ese placer.

Cómo pudo ocurrir. En un rato de vida, en medio de la nada, esa lujuria, ese enajenamiento. Esa hora, esos pocos minutos. Creo que en ese momento ni te quise. Estaba tan excitada. Tus manos y mis pechos eran lo mismo. Un mismo impulso. Y tu cuerpo delgado, tan enteco, pero tan eficaz. Me tuvo en

vilo todo el rato que estuvimos juntos.

Luego todo fue fácil. Estar tumbada, ese cigarrillo, el agua helada que cantaba en los vasos. Esa colchoneta que subí un rato antes para tomar el sol y que te enseñé como un juego. Fue cuando dijiste: «Quedémonos aquí».

Esa playa de cemento. Tu cuerpo encima, debajo, en todas partes.

Fue al acabar de amarnos cuando empecé a quererte. Te estaba tan agradecida. Esa fiesta. Algo que lo cambiaba todo. Amor adúltero. Feas palabras dulces.

A partir de ahora podremos por fin hablar de nosotros, de nuestros amores, de nuestros hijos, de la vida real. No solo de literatura.

Y fue raro más tarde bajar a la casa, recorrer las habitaciones en las que vivo todos los días. Ver los juguetes de los niños en medio de su cuarto, la ropa que habían dejado tirada antes de salir corriendo hacia la playa. Mi dormitorio, la cocina, aún desordenados. Que no hubiera nadie. Qué bien tenerlos todo ese rato jugando, felices en la arena.

Te fuiste y me tomé un té. No tenía hambre y los niños todavía no habían vuelto. Salí a dar un paseo por la Rambla, di la vuelta en Pocitos, pero habría podido llegar hasta el centro, no podía parar. Y empecé a preguntarme cómo había podido vivir hasta los treinta y siete años sin conocer este amor desbocado.

Recordé mi vida de antes, mi infancia. Como si de pronto lo que había sucedido al mediodía también cambiara mi pasado. Como si la revolución se extendiese por el tiempo y todo se transformase por tu culpa. Y en la venganza. No contra Pablo, no contra mis hijos, tan pequeños. Venganza de la posguerra, de aquel Madrid de luto. Esos bombardeos de los que solo recuerdo los refugios. El miedo de salir a la calle. Aquellos temores de mi madre. La escasez de esa mantequilla que solo era para los chicos. Hacer las camas de todos y luego estudiar de noche. Terminar la carrera, encontrar un trabajo y tener que venirme aquí, sin ganas, sin madre, sin proyecto. Y nada más llegar, todas esas mujeres persiguiéndole. Esa horda de melenas rubias, castañas, morenas, esas telas marcando los pezones, las faldas dejando ver las piernas y los sexos. Las caricias ocultas, los sabores distintos.

Pero mientras caminaba, el río grande, ese río dulce y marrón alejó

aquellos recuerdos. Igual que yo me alejo del colchón de la cama que todavía comparto con él. Me olvido de esa niña sufridora y me subo de nuevo a la azotea.

No puedo. Ni siquiera debería decírtelo. Ya me lo has advertido. No eres de fiar. Y ahora de repente recuerdo que, cuando lo dijiste riendo con esa boca grande, con esos dientes blancos, oí de lejos el sonido de una ambulancia que se fue apagando poco a poco.

Estaba en la caja que me dio Ana, y hasta hoy no me había animado a abrirla. Era vieja, de cartón blanco, atada con una cinta negra.

No puedo creer que sea de ella. Pero es su letra. Esos renglones rectos hablan de un colegio de monjas de Madrid y de muchas horas de caligrafía. Su inconfundible letra de niña buena. Una desconocida. Y al leerla me invade una extraña exaltación. Lo tuvo, sucedió, vivió ese momento. No todo fueron sombras ni persianas bajadas. Con esa alegría me voy a la cama.

Fue entonces cuando él debió de escribirle.

Teo a Lucía

Querida:

Cinco años, pero todavía me acuerdo. Cuando lo conocí en Madrid y cómo habló de la mujer que tenía. No paraba y no tenía sentido hablar tanto de alguien a quien yo, en ese viaje, no iba a conocer. Por muy cercano que fuera y por muy entusiasmado que estuviera. Se me quedó aquella frase: «No es una mujer cualquiera». Nunca supe a qué se refería porque aquella vez no llegué a conocerte. Tampoco supe de esa mirada tuya, ni siquiera sospechaba

entonces que nos encontraríamos aquí, en mi país, tan lejos de Europa. Y menos, que un día tendría que ocultarle algo así a mi amigo. No, jamás sospeché todo lo que iba a pasar entre nosotros.

Esta no es una carta de amor. Debería serlo, porque tú no te mereces menos. Pero no es una carta, sino una amenaza. Soy un impresentable, un desalmado. Todavía me duele la espalda por culpa del suelo de tu azotea y me pica en la piel de todo el cuerpo el sol de tu mediodía. No quiero que se me quiten estos calambres en las piernas. Tus ojos a medio cerrar, las pecas de tu espalda, esos pechos blancos que apuntaban a lo alto cuando tu cuerpo se tumbó bajo el mío.

Ya me había fijado en la playa. Tus piernas fuertes, tu cuello largo. Hasta la talla de tu *soutien* me dio por calcular. Había visto con qué lentitud te quitabas la ropa, como si todos estuvieran mirándote, como si ya supieras entonces que, enseguida, ibas a quedarte desnuda. Expuesta con ese pudor, ese miedo a ser observada. Y recordé los días anteriores, aquel sábado en que sorprendiste mi mirada y te fuiste corriendo hacia la orilla.

Vuelvo a la amenaza. No me quieras, querida. Ya deberías saber que no soy de fiar. Nunca he sido completamente fiel a una mujer. He amado tanto a las mujeres que mientras miraba a una de frente siempre había otra a la que miraba de reojo.

No, todavía no ha pasado contigo. Me lo has puesto difícil, casi me vuelvo loco. Pero pasará, y si te lo digo ahora puede que nos hagamos menos daño.

No te fíes de mí, soy un desastre. No quise... tu seriedad, tu resistencia... Esa cara de buena. No te fíes de este gaucho impresentable.

Desde aquí puedo imaginarle. Como un juego de autocomplacencia, mientras escribe, mira su propia letra. Las curvas de las vocales se parecen al cuerpo de Lucía. Su silueta al contraluz en aquel hotel del puerto. Los dibujos de mujeres tumbadas de Niemeyer. Curvas sensuales que enseguida se

convertían en arquitectura, estanques, edificios, plazas..., igual que mis letras se convierten en secretos, debió de pensar Teo. Porque luego empezó a distraerse y a dibujar en una sola línea esas caderas anchas, esos pechos perfectos, esas piernas abiertas. Cuerpos femeninos asombrados por el placer, detenidos en el momento del orgasmo, abandonados de sí mismos después del amor. Y todos tenían la cara de Lucía.

Lucía a Teo

Aunque era domingo, dijo que tenía que ir a la oficina.

Te escribo en el jardín. He mandado a Felisa con los niños a hacer la compra, pero antes, entre las dos, hemos bajado al césped la mesa del porche y una de las sillas. Me apetecía quitarme las medias y pisar la hierba. Quería escribirte así, sola y descalza. Aunque solo fuera eso. Cada vez que me quito las medias por la noche pienso en el otro día. Lentitud, delicadeza, morbo. Difícil poner nombre a las cosas que te remueven las tripas. Y aquí estoy, escribiéndote una carta que no sé si podré darte.

Justo al salir del garaje y en el límite de la calle me preguntó si iba a ir a misa. «Ahora no», le dije.

«Entonces vamos por la tarde.»

Esas afirmaciones tuyas que escucho como órdenes. «No, tampoco pienso ir por la tarde.»

Me di la vuelta y me senté junto al sauce mirando hacia el fondo del jardín. Me concentré en el aguacate. No quería que viera la furia que sentía. Él sabía que yo sabía. Esa mañana mentía, como tantas veces. La empresa se cierra los fines de semana y, que yo supiese, no se había declarado una guerra nuclear ni había ocurrido ningún desastre gigantesco. La tierra no se había movido de su sitio, ni siquiera un pequeño tifón, ni una ola mediana o un eclipse. No, ese día nadie abriría la oficina. Las tormentas, las desgracias inmensas, los ruidos poderosos sonaban solo dentro de mí. Él estaba tranquilo, como un profesional.

Pero nada más alejado de mis intenciones que poner las cartas sobre la

mesa.

Desde que estoy contigo no finjo que no me importa. Su mentira protege mi verdad. Yo ya he decidido que no voy a volver a misa si no puedo comulgar.

Sí, ya sé que esos problemas te superan. Naciste aquí y tú mismo eres un país laico. Seguro que no comprendes por qué hasta ahora todos los domingos me he puesto el velo negro y he acudido a Stella Maris como una vieja devota. Nunca salgo de Carrasco, a Santa Rita o a Santa Elena lo más lejos.

Pero eso se acabó.

Claro que me siento culpable. Que pienso que seré castigada. Pero estuve toda la vida de cara a la pared.

Ahora el castigo será no verte. Y si eso sucede tampoco volveré a comulgar.

Ya está. Dejemos estas tristezas que apenas comprendes y hagamos un viaje. Pongamos una fecha que nos aleje de aquí y de esta tarea tan dura de escondernos.

Tu coche es un desastre, pero nos servirá para subir al norte. Y si no, mi escarabajo rojo. Da igual dónde, un par de días. Algo se nos ocurrirá. Él también viaja. La chica se puede quedar con los niños. Desde que sucedió sueño con pasar la noche contigo, amanecer juntos y seguir carretera arriba, hacia Brasil o hacia ninguna parte.

Qué raro, pienso al terminar de leerlas.

No me lo puedo creer. No le pega nada. Pero ¿qué sé yo? ¿Qué sabe nadie? Por un momento pienso que mi madre me ha engañado. No a mi padre, ni a sus amigos, me ha engañado a mí. Tanto contemplarla, intentar adivinar en sus gestos, intentar saber si eran felices. Me siento idiota, ingenua, gilipollas. Pero releo las cartas y de repente me alegro por ella. Qué

mujer, qué valiente.

Nadie lo duda. Todos lo saben y cuentan la historia con todo tipo de detalles. Esa vez que vieron a Pablo con la mujer del doctor Pereña cerca de Atlántida. Aquella otra tarde que Raquel Esterlich distinguió la melena rubia nórdica en una esquina de Dieciocho de Julio y Pueyrredón. El primer invierno que le reconocieron en Punta del Este caminando por la playa con aquella millonaria argentina. Convicto sin juicio, sin derecho a audiencia y con miles de detalles grandes y pequeños que le acusaban.

La policía, me dice Yuyo, declaró que no hubo ningún coche en dirección contraria y que no era una curva peligrosa. En los análisis toxicológicos había trazas de pastillas para dormir, pero no suficientes para asegurar que fuera un suicidio.

Unos vecinos que la vieron salir de su casa una hora antes lo testificaron sin ninguna duda, fue en la calle Potosí y era la primera vez que se la oyó discutir en voz alta con su marido. Era por el coche, por un viaje... hasta que encendió el motor y salió sin despedirse. Y daba igual, porque después de lo que pasó él ya había sido condenado. Hasta sus mejores amigos le recomendaron que se fuera cuanto antes a Madrid.

Y claro que era culpable. Hasta él lo creía. Pero no de aquel accidente.

Dijeron que después de la pelea con su marido la vieron salir a la Rambla en su Volkswagen rojo descapotable. No iba tan deprisa, dijeron. En Carrasco siempre había un par de ojos para matizar esos detalles. Parece que estuvo paseando en coche por Malvín, ese barrio fronterizo al suyo. Descubrieron eso porque su coche pasó varias veces por delante de la misma casa. Casi

nadie sabía que en esa zona de Malvín, tan cercana a Carrasco, era donde vivía Rosa, la antigua secretaria de Teo y una de sus últimas conquistas, por eso verla por allí no sorprendió a ningún testigo.

Es Yuyo quien me lo ha contado. Es el único que sabe lo que sucedió aquella maldita tarde.

He venido a su chacra y me ha recibido con cara de sueño, aunque son las tres de la tarde. Pero, como siempre, me abraza cariñoso. Como si hiciera días que no nos vemos.

—Estás cansado. ¿Interrumpí algo?

—Qué va, tú nunca... es que dormí mal anoche.

—¿Qué pasó?

—Tu llamada. Sabía que acabarías preguntándome. Todo volvió cuando colgué. Fue una de las últimas tardes que pasé en la cárcel.

—Cuéntame —le dije.

—El viejo casi no podía hablar. Me lo contó a medias, y luego me mandó una carta —dijo Yuyo—. Ahí está todo lo que pasó.

Teo a Yuyo

Siempre me cuesta dejarte allí y no me gustó que te quedaras con esa cara. Pero esa tarde no quería hablar de ella y menos del día del accidente. No quería volver a eso. Es algo que tengo cerrado. No puedo soportar pensar que fui yo el que lo hizo. No he conseguido aceptar que todo sucediera tan pronto, cuando estábamos en ese primer momento del amor. Cuando empezaba a darme cuenta de cómo la quería.

Y ahora, tanto tiempo después, todo lo que sucedió se está convirtiendo de repente en otra cosa. Con cada actitud, con cada palabra me iba convenciendo de que sí, de que era con ella con quien quería estar. Todo se rompió de repente. Y cuando me lo preguntaste el otro día, no tenía ninguna gana de contestar.

Recordar es volver a vivir. Pero no, es mucho peor. La muerte ha borrado los rasgos de su cara. Aquellos párpados en los que pesaba toda su historia. Ese mar, los ojos que mostraban la tristeza que había en su vida. Todo lo que se pierde se hace más patente, más doloroso, cuando alguien te pregunta qué pasó.

Qué sé yo lo que pasó. No estaba con ella. Pero, no sé bien por qué, me empeño en imaginármelo.

Nunca lo supe, Yuyo. Sé que ya no la tengo, que la perdí; y sé, sospecho, que fue culpa mía. Pero quiero contártelo porque si me lo guardo nadie más lo sabrá y me gustaría que algún día los hijos de Lucía, el propio Pablo, supieran lo gilipollas que fui. Mi amigo Pablo. Tan desconcertado aquellos días. Los chicos, que ni siquiera pudieron despedirse de su madre. Todo ese dolor que causó el accidente. Todo me lo atribuyo. Seguramente no era tan importante lo que yo hiciera o dejase de hacer, y cuando las cosas pasan es por algo. Pero tengo el daño ahí metido y contártelo será recordarlo otra vez. Volver a sentirme culpable.

Habíamos quedado para salir de Montevideo. Queríamos dormir en la misma cama y amanecer juntos por lo menos una noche. Una noche, dos

noches. No pedíamos tanto. Ya lo habíamos preparado. Saldríamos por la tarde hacia La Coronilla. Siempre por la costa, bordear el Atlántico, ver cómo cambia el color del río. Alejarnos del barro y del cotilleo. Y quedarnos en algún sitio donde pudiéramos estar tranquilos. Era algo muy improvisado, sencillo pero que a los dos nos apetecía mucho.

Y mira por dónde cometí la estupidez de ir a ver a Rosa un rato antes, aquella misma tarde. Habíamos estado cinco años juntos, desde que entró a trabajar en la fábrica, pero en cuanto empezó lo de la rubia rompí con ella. Pretendía sacar unas fotos de nuestro viaje y recordé que la máquina de fotos se había quedado en su casa. Una cámara llena de Rosa y de nuestros paisajes. Naturalezas muertas, plantas de interior. Nunca quise que nos vieran juntos. Me decía que era para protegerla de todo el mundillo de Carrasco, de mi mujer, de mí mismo. Fotos de su cama, de su cocina, del sofá, del pequeño jardín de nuestra historia. Pero esa tarde maldita todo sucedía en el pasado.

No pasó nada porque ya no había nada. Cuando sucedió lo de la rubia (yo darme cuenta, ella atreverse) todo lo demás desapareció. Aunque decían que era una mujer triste, cuando empezamos a vernos cambió. Estaba feliz como una niña. Jamás me produjo pena, sino optimismo. Me entusiasmaba esa coincidencia nuestra. No hacía falta hablar. Era tan intensamente perspicaz. Siempre me han gustado las mujeres inteligentes. Su sabiduría venía de fábrica, y lo notabas cuando te miraba con esos ojos grises de párpados un poco caídos que se desdoblaban y tomaban vuelo cuando empezábamos a hablar y coincidíamos en algo.

«Tú nunca eres superficial, pero eres débil, te gustan demasiado las mujeres», me decía.

Quería darle una alegría, esa sorpresa a la rubia. Y que nos hiciéramos una foto juntos. Teníamos muchas con el grupo de Carrasco. Pero las del viaje solo las veríamos ella y yo. Nuestra imagen fijaría esa realidad, lo que entonces éramos. Había algo de hacer real lo nuestro, hacerlo duradero. Si tomábamos fotos de ese viaje todo iría bien. Y si fuese mal tendríamos al menos un recuerdo. Todo eso iba pensando por la Rambla mientras me acercaba a Malvín.

Tenía prisa, pero quería recuperar la máquina. Y me convencí a mí mismo de que sería una despedida más cariñosa, más tranquila que la que tuvimos dos meses antes, cuando al final me fui casi sin palabras. Ese día en que lloró tanto. Iban a ser cinco minutos, me dije. Pero no quería dármela. No porque fuera carísima. Me la había traído mi hermano de Nueva York. Pero Rosa no quería quedarse sin esas imágenes. Aquella máquina de fotos. Y así fue.

Cómo se camina cuando uno va a casa de alguien a quien ya no se quiere.

Uno desea portarse bien. Pero cualquier gesto, el más mínimo, resulta violento, doloroso. Y me encontré con ella y se le llenaron los ojos de lágrimas. Nunca pensé que la rubia estuviera viéndonos. Habíamos quedado muy cerca y cometí el error de no decírselo a ella.

Y Rosa: «Tomate solo un cafecito... está recién hecho...», y yo: «Tengo prisa, amor, he quedado con otra persona. Mi vida cambió mucho, ya no puedo venir acá... ya lo hablamos». Me insistió: «... lo tengo recién hecho».

Ahí salieron todos los reproches. Yo había ido un minuto para verla. Pero sobre todo para quitarle la cámara de fotos. Qué duro. No me había dado cuenta de que al hacerlo me llevaba esa caja de recuerdos. La metáfora final. Si me llevaba la cámara quería decir que nunca más le iba a hacer una foto.

No era tonta... Se daba cuenta de todo. Aquel fue un día bien difícil. Y sé que no debería haberlo hecho... Las cosas no se hacen así. Tan en crudo. Si te vas no te puedes ir de un portazo sin coger las últimas cosas.

Pero también fue cruel haber ido. Es brutal ir tan pronto a ver a una persona a la que ya no quieres. Mejor alejarse. Dejar pasar el tiempo. No cocinar tu nueva vida delante de sus narices. No seguir alimentando la compasión, volver a ponerla delante de todo lo que habéis compartido.

Es feo jugar con eso.

La rubia no me habría dejado ir. «No vayas a por esa máquina, déjalo», habría dicho con más sensibilidad que yo. Era muy duro, pero yo no me daba cuenta. Y metí la pata.

No tuve que haber ido. Jamás debí abrazarla en la calle.

El bizcocho, las tostaditas que había preparado..., no, mal, sé que hice mal. Solo los imbéciles hacemos esas cosas. Nos puede la ternura, el momento. Cómo no me iba a sentar unos minutos a merendar con ella. Pero

mal. No, che, hice muy mal. No se hacen así las cosas.

Nunca pensé que nos estaba viendo. Qué habrá creído la rubia..., qué sé yo.

Ese abrazo a Rosa al salir al jardín que duró un poco más de lo que tenía que durar. A lo mejor no, puede que simplemente fuera un choque, un golpe frecuente en un cruce. Pero la policía dijo que iba demasiado deprisa. Ella, que apenas pisaba el acelerador. Lo repitieron una y otra vez. Iba deprisa. Y yo sabía de su cuidado con el coche, de su respeto a las reglas. La imagino con los ojos llenos de lágrimas, decepcionada.

Habíamos quedado media hora después. Nunca lo sabré, por eso prefiero no recordar, es morboso volver una y otra vez a los detalles. Pero tampoco sirve de nada negarlo, ya lo sé. Ese abrazo demasiado largo. Cómo no iba a despedirme de Rosa de la mejor manera posible, fui un idiota.

Soy un idiota.

Desde el primer día que lo vi, intento medir el tiempo que no he pasado con Yuyo, seguir el hilo invisible que nos alejó. Reconocerle y leer las huellas del tiempo en su cara. Pero cuando me pongo a medir los años de nuestra separación no me salen las cuentas.

El pelo que ahora es blanco yo lo sigo viendo rubio, medio pelirrojo. Hay color tras ese pelo que otros ven blanco. Es el mismo hombre atractivo, alto, delgado, y apenas veo sus arrugas. En su cara se superponen, confundiéndose, la sonrisa del adolescente y la del hombre maduro. Las pecas que todavía eran manchas en su cara me hacen la misma gracia que entonces. Como si fueran de un niño pequeño.

—Yo no veo tus arrugas —me dijo también él mientras preparaba un té, cuando nos volvimos a encontrar y le hablé de estos últimos años. Pensé en su cortesía.

Una persona que te ha gustado mucho, a la que has querido tanto, te sigue interesando siempre. Hay algo más ahí. El afecto sigue moviéndose, moviéndote. Hay un extraño motor que lo hace funcionar. Y cuando vuelves a verlo, esa conversación interrumpida se retoma con toda naturalidad. No sabes nada de lo concreto o lo cercano, pero lo intuyes. No saber te ayuda a recobrarlo. Porque viviste con él una época de formación, fundacional.

Durante todos estos años ha habido muertes, nacimientos, separaciones, amores. Personas que nos unían y que desaparecieron. Y es como si hubiéramos estado juntos en los entierros, en las bodas. Nunca he sentido que él me fallase en esos momentos. Tengo la sensación de que estaba conmigo

cuando murió mi madre, aunque no estuviera, aunque ni siquiera pude despedirme de él. Que me acompañó cuando tuve esa enfermedad en Madrid, tantos años después. El día que murió Tomás vi su número marcado en mi teléfono. Pero no pudimos hablar ni pudo venir. Aunque me escribió y me mandó las fotos. No estuvo y tendría que haber estado. Pero en realidad nunca se fue del todo.

Le pido a Ana que me preste la camioneta.

Pero, mientras conduzco, se está haciendo de noche y empiezo a dudar. De pronto no distingo entre todas estas carreteras llenas de árboles. No reconozco los carteles que nos guiaron la primera vez. Esta tarde no han aparecido esas nubes que se iban alejando a medida que nos acercábamos a la laguna que hay junto a su casa. Ahora las vallas de madera que rodean las chacras me parecen todas iguales. El pasto es negro cerrado y el cielo se va apagando muy rápido, como si quisiera ponerme a prueba, competir con la velocidad del coche.

Me da rabia porque lo sabía. Aquí el campo tiene muy pocas indicaciones para los extraños. Hay zonas inmensas donde apenas hay tráfico y los gauchos que trabajan en las estancias grandes llevan el ganado de un lugar a otro a pelo sobre sus caballos. No es el lejano Oeste porque en las pocas ciudades pobladas del Uruguay la gente es culta y no hay conflictos sociales. En realidad es un lugar muy poco violento, respetable y tranquilo, donde muchos extranjeros vienen a pasar su jubilación y se quedan aquí para siempre.

Pero me he perdido.

No doy la vuelta, y, aunque sigo pisando el acelerador, ya no quiero llegar. Una carretera que me genera todas las dudas posibles mientras el coche sigue su marcha desahogada. Para qué, si solo ha sido un paréntesis, me digo. Mejor dejarlo así. Vine por mi madre, hay que cerrarlo ya, no complicarlo más. Cuando estoy a punto de dar la vuelta veo la primera

tranquera y una luz que, aunque está muy lejos, podría ser la de su chacra. Me bajo del coche, el cielo está estrellado y vuelvo a reconocer la Cruz del Sur, pero no hay luna y, una vez traspasada la puerta, dudo de nuevo. Puede que esté dormido, sé que se levanta al alba. Sigo por el camino de tierra y los faros del coche me muestran la pequeña laguna y el caballo de Yuyo.

Y lo veo a él.

Está oscuro y casi no puedo distinguir su cara, pero intuyo su seriedad al no reconocirme. Veo que entra de nuevo en la casa y que enseguida sale con un rifle. Menos mal que por fin, a pesar de las sombras, parece que de pronto ha reconocido la camioneta.

—¡Ana! —grita confundido—. ¿Ha sucedido algo? ¿Algún problema?

—Soy yo —intento contestarle, pero no me entiende, así que me voy acercando despacio para no asustarlo más. Y, mientras tanto, me pongo a temblar. Qué insensata he sido. Es ahora, en plena noche, cuando me doy cuenta de cómo se vive en estos sitios solitarios. Todo es una amenaza, todo resulta precario.

—Pero, rubia, ¿qué hacés aquí?

Ha salido a mi encuentro y por fin se percata de que quien conduce el vehículo soy yo. He dejado el coche cerca, junto a la segunda tranquera.

—Vine a verte, a despedirme.

—No sabía... Es tarde, estaba leyendo. Medio dormido.

Pero todavía no está en pijama, sino con esos vaqueros ruinosos que siempre lleva limpios. Es elegante desde que era pequeño. Y mientras lo pienso me pregunto por qué a estas alturas me fijo en esas cosas. Y me río sin que se me note pensando en lo que siempre me han gustado los hombres flacos.

—Yo no duermo. No puedo desde que llegué.

Él se acerca y me besa como siempre. Como se besa a las viejas amigas.

—Soñaba con vos. Mirá la casualidad.

Me dan ganas de preguntarle qué era lo que estaba soñando, pero seguro que solo era una broma inocente. Estamos casi a oscuras. Hay solo una pequeña lámpara encendida al lado de su libro. Pero ahora, en el sofá, me ha

servido una taza de té y, mientras ceba su mate, nos hemos mirado. Sus ojos en esa oscuridad son los mismos. Aquel adolescente flaco y pecoso que bajaba a saltos las escaleras de mi casa gritándose bromas con mi hermano.

Y entonces me doy cuenta de que he venido también a buscar a Tomás. Y aquí está con nosotros en esta extraña visita nocturna en la que los dos aparentamos naturalidad. Una conversación que por ahora trata de mis planes de trabajo en Madrid, de lo que me espera allí. Un discurso en el que no acabo de aterrizar. Quizá, si pienso en Tomás, que era tan inteligente, me ayude a sostenerlo.

—¿Es por lo de tu madre? —dice después de un silencio largo. Como si también él estuviese pensando en cómo salir de esto.

Por qué estoy tan nerviosa. El viaje disparatado, la falta de luz todo el camino, la oscuridad de ahora. O es esa manera que, esta noche, tiene de mirarme.

—No. Es por ti por lo que no duermo, es por todo. Algo que no debió pasar.

Me levanto a servirme más té porque me da apuro que me mire así. No sé si es compasión o tristeza.

—Perdona, pero no quiero interrumpirte —le digo—. Ha sido un error. Me vuelvo a casa de Ana.

—Pero qué decís, linda. No quiero que te vayas.

—Es por todo, todo lo que quedó por hablar.

—Pero, rubia...

—Ya sé que no se puede. Por eso no lo dije, no lo dijimos.

—Quedate esta noche. No tengo nada, pero puedo hacer unas papas y asar algo en la chimenea.

—Me voy mañana. —Y no digo más porque hablamos de España, que en este momento está tan lejos.

—Ya lo sé, pero aún... Y es mejor que vayás al aeropuerto con luz, no quiero que te pierdas. O te voy a tener que llevar esta noche a lo de Ana. Estoy muy cansado para hacer esa tontería a estas horas. Quedate —repite sonriendo, y se pasa de su butaca a mi sofá. Me acaricia la cara y me coge la mano.

La primera vez es un abrazo. Una caricia que se expande y que va cambiando de lugar, la cara, la nuca, las manos, los codos..., los pechos. Un abrazo que avanza sobre mi cuerpo hacia lugares dormidos. Lo hace sin detenerse. Un movimiento suave pero que no se interrumpe. Un despertar torpe después de muchos años..., me dice luego.

Nunca nadie me ha amado de esta manera tan lenta y con esos suspiros tan hondos. Da la sensación de que no puede reprimirlos. Le devuelvo el abrazo, y hacerlo es calmar a un niño que pide agua en medio de la noche. Tanta sed. Como si solo encontrase esa agua en mis pechos, en mis piernas y luego detrás de mis oídos y dentro de mi boca. También yo tengo sed. Esa ternura suya me ha licuado, y lo espero abrazándole, rozándole con mis pezones para que se atreva a seguir, para que no se desanime por el camino.

—Jamás pensé que esto podía suceder —me dice cuando caemos sobre el colchón.

—¿Te arrepientes? —le digo, al verlo tan cansado.

—¿'tás loca, rubia? Si todas las noches se me meten en el catre una o dos mujeres. Ya estoy acostumbrado —dice riéndose, mientras me acaricia el pelo mirándome muy de cerca sin sus gafas de leer.

Huele bien él y huelen bien sus sábanas. A recién lavados. Yuyo se ha fabricado su propia cama de madera, larga y estrecha. A la medida de su cuerpo, la celda de un monje. Pero el colchón es grueso y profundo. Y yo no quiero abandonarlo. Ha dejado la ventana abierta y se oye a un tero cantar o quejarse a lo lejos, incansable. Como si no quisiera dejarle solo conmigo.

—Siempre está ahí —me dice—, tengo unos cuantos compañeros de juergas nocturnas.

Mientras se levanta a buscar unos vasos de vino, enciendo la luz. El tiempo pasa, veo que ya es la una de la mañana. La cuenta atrás ha empezado. Ahora me arrepiento de haber perdido estos días sin estar con él. Pero no se lo digo, y enseguida se duerme.

Entonces empieza ese ruido. La huella de unos pasos pequeños que empiezo a oír justo cuando él se duerme. Pasos de rata o de ratón que me mantienen despierta. Todo es un disparate, nunca podría vivir en esta choza. No aguantaría todas las noches ese bicho, una rata debajo de mi cama. Fuimos amigos, pero ahora somos mayores y distintos. Cada uno carga con sus heridas. Y, al mismo tiempo, mi cuerpo aligerado vuela encima del colchón. Exaltado, feliz. Riéndose de mis ascos y de mis miedos. Entonces pienso en mi madre y en que de repente ha desaparecido. Se ha hecho invisible como esas madres inteligentes y sensibles que en un momento dado se retiran de la escena principal y dejan el campo abierto a sus hijos para que construyan su vida.

Pienso en mi vida sin ella. Siento su silencio. Ya no me obsesiona tanto. He averiguado algo de lo que le pasó, he comprendido lo apasionada que era y me he sentido su hija más que nunca.

Ahora estoy sola. Esta vez, al contrario que las anteriores, no la hemos mencionado. Yuyo y yo estamos solos en esta cama.

Mientras yo llevaba tantos días obsesionada con aquella muerte, en paralelo se estaba construyendo otro edificio, una historia distinta ha crecido entre los herederos de aquellos amantes desafortunados. No parece que sea una continuación. Y me pregunto si lo que ahora empieza de un modo tan precipitado también terminará hoy, si se frustrará antes de tiempo. No acabaría de nacer del todo. Hemos inaugurado algo. No sé qué. Puede ser un final feliz o solo un momento de alegría después de escarbar tanto en aquellas otras vidas desgraciadas. Me pregunto si aún tendremos un espacio, un tiempo para esto.

Y esa rata que anda por debajo de la cama se ríe de mí. No consigo verla, y no quiero encender la luz y despertar a Yuyo. Pero necesito saber lo que es.

No huele a nada, pero se mueve sin cesar. Un insecto, una lagartija, un sapo. A veces me parece que está fuera, pero a ratos se acerca. Mientras eso sucede la sombra de mi madre se escapa de la habitación. Deja allí ese vínculo y se convierte en un ser transparente que ya no interfiere en mi sueño, ni en nada de lo que pueda hacer en este momento. No ocupa un lugar.

Los pasos de ese bicho me hacen vivir en un puro presente. Oigo la respiración de Yuyo, puedo oler las huellas de esta noche tan atolondrada y tengo la sensación dulce y a la vez inquietante de que todo ha cambiado en unas pocas horas. Como si Yuyo hubiera abierto una puerta para reivindicarla, para recordar aquella pasión y al mismo tiempo para permitir que yo por fin la disfrute.

La ambivalencia de las historias familiares, esos paralelismos que se establecen.

Pero a medida que pasa el tiempo el ruido me molesta más y me recuerda que no soy uruguaya y que tengo unos hijos, un marido, un trabajo. Y que mañana mismo tendré que volver. Ver lo que acaba de pasar desde la mirada de Álvaro lo banaliza todo. Resulta imposible, absolutamente fuera de lugar. Y a la vez me engancha muchísimo. Nosotros construimos nuestra vida, y si algo de lo que acaba de suceder tiene sentido habrá que pensar en ello.

Pero ¿tengo un marido? A punto de volver, pienso en lo poco que lo he recordado y me asombra cómo un movimiento en falso, una salida a destiempo, un lígüe transitorio pueden hacer, en menos de un mes, que las montañas más sólidas se desmoronen. Cuando le llamaba al móvil me decía que no me preocupara, pero nunca atendía al fijo. Puede que a él también le estén sucediendo, en este mismo momento, cosas que nos afecten a los dos.

Los ruidos, como arañazos en el suelo, no acaban de irse. Cuando se despierta quiero decírselo, pero no puedo porque enseguida me calla la boca.

La segunda vez el vuelo es distinto. Y todavía me parece cercano. Ya nos hemos olido, nos hemos tocado y hemos dejado de ser esos dos desconocidos que se quieren desde hace treinta años. Yuyo parece ahora más seguro cuando se inclina sobre mí y me besa en la boca, cuando sus manos acarician mi sexo y se dirigen sin miedo a donde quieren llegar.

Es entonces cuando vuelvo allí. Soy otra vez la niña sin frenos. Alguien a

quien el tiempo había borrado. Siento el placer de deslizarme con él en aquella bicicleta roja porque ahora es Yuyo el que me lleva en la barra cuesta abajo a toda velocidad, y esta vez no tengo miedo de caerme, no tengo miedo a nada. Es este hombre concreto y tan desconocido el que me lleva ahí. Esta vez no hablamos, pero en un momento dado y como si leyese mi pensamiento, me dice:

—Qué rápido va esto, no sé si voy a poder.

Y luego, como para zafarse de esa intensidad, añade:

—No abuses de mí, que soy un anciano.

Me río y lo beso en el cuello. Pero sé que no se refiere solo al sexo, al placer. Lo que va a toda velocidad, como un Lamborghini, es otra cosa, porque cuando lo dice tiene los ojos húmedos y yo tengo un nudo en la garganta. Ese reconocerse de repente. Un sentimiento que, no se sabe bien por qué, ahora compartimos: habernos encontrado. Así que nos abrazamos y seguimos juntos, acariciándonos más levemente, relajados. Lo quiero tanto en ese momento que me cuesta hablar.

—¿Quién te gustaba entonces? —le digo después.

—Alicia —me dice—, porque era la que tenía las tetas más grandes. Tú eras como mi hermana pequeña. Pero hubo una vez... Me pasaba la vida en tu casa, ¿no te acordás?

Y me alegro de que no me mienta ni me diga que era yo la que le gustaba.

—Todo el día en la bici con Tomás. Tenías una bicicleta roja.

—¿Te acordás que viniste a dormir unos días a Divina Comedia?

—No me acuerdo —digo, pero sonrío cuando menciona el nombre de su calle.

Me cuenta que mis padres se fueron de viaje a Europa y nos repartieron a Tomás y a mí entre los amigos.

—Recordé que en el tejado había una ventana de guillotina que daba al cuarto de baño. Me subí, trepé por el falso techo y la abrí. Quería verte

desnuda —dice y se ríe—. Al meter la cara debajo del cristal la cabeza se me quedó atascada. No me dolía, pero durante unos minutos pensé que, si no me daba prisa, el cuello se me pondría morado y ya nadie podría sacarme de allí, bajarme del tejado. Aun así, esperé. Era la hora del baño. Todavía podías aparecer.

»Se fue cerrando la noche y muy despacio, muy suavemente, manipulé el marco de madera. De milagro conseguí abrir la ventana y, tratando de no resbalarme, pude sacar la cabeza de la trampa. Todavía me quedé un rato sentado ahí arriba. Casi no podía respirar. Las estrellas empezaron a verse y era como si se rieran de mí. Me asomé una vez más, pero alguien gritó mi nombre y empecé a bajar.

»Y nunca entraste. No te vi en el baño.

Nos despertamos cuando amanece y todo ha cambiado. Me duele un poco la espalda porque no me acostumbro al catre de Yuyo. Pero he dormido bien. La luz trae una esperanza desconocida. Un brillo desechado hace ya años. No es por su ternura, ni por el modo en que nuestros cuerpos se han encontrado. Es porque esta mañana, en este día siguiente, de pronto se vislumbra un futuro que anoche parecía imposible. O solo soy yo. A él, dice, y dijo varias veces anoche, le faltan la fe y la energía, pero a mí me apetece quedarme en su cama hasta que salga el avión que esta noche me llevará hasta Álvaro.

Mientras tomamos café, pienso en aquel desayuno con mi marido hace tan pocos días. Esto de ahora no es una fotonovela. La cara de Yuyo triste y feliz a la vez y el café caliente y los huevos revueltos que ha preparado son más reales que aquella conversación apresurada. Y, aunque tengo que devolverle el coche a Ana y que luego me acompañe al aeropuerto, hoy no tengo prisa.

Miro cada uno de los objetos que le rodean para que no se me olvide este momento. La casa de un hombre solitario que solo tiene dos tazas desparejadas para el desayuno.

—Se nota que vives solo. Pero la casa está muy limpia. Si no fuera por la rata...

Sus carcajadas, no le había oído reír así.

—Pero, linda, qué poco has vivido en el campo. ¿No te diste cuenta de que era un pájaro? Se llama dormilón y me libra de las moscas. Se ha acostumbrado a entrar y salir de casa durante la noche. ¿Te asustaste?

—¿Un pájaro dormilón?

—Dormilón es el nombre, es una especie de acá, de hábitos curiosos. Pero a ti no te dejó dormir.

»Ahora, en un rato, le oirás cantar.

Están llamando a los pasajeros de mi vuelo y no puedo moverme. Tengo que volver a hablar con él. No puede enterrarse en vida ni yo quiero que lo haga. No, no se trata de terminar la historia de nuestros padres. No es un homenaje, le diré. Es una oportunidad que se nos brinda. Y empiezo a dudar. Siempre me pasa, lo que no elijo es lo que más añoro.

Pero Ana ya me ha dejado en el aeropuerto. La camioneta blanca corre rumbo a su casa y mi avión está a punto de despegar. Desde los altavoces una voz femenina me llama y repite mi nombre porque debe de saber que estoy sentada en una de las sillas tapizadas de plástico gris que hay al lado de la puerta de embarque.

Y sin embargo no es así.

Estoy en Atlántida tocando a su puerta, pidiéndole que me abrace otra vez. Que venga a España, que salga unos días de la chacra, de esa soledad que le tiene atrapado.

Acaba de aparecer y ya lo ocupa todo. Han sido años de espera y tiene otra cara, otro gesto. Yo también soy distinta. Esa diferencia de un tiempo a otro nos acerca. Si fuera idéntico al niño de las pecas, al adolescente de aquella bicicleta, no sería la persona que quiero. En este tiempo de añoranza y en su sufrimiento puedo recuperarlo. Una memoria que funciona más allá de nosotros nos acerca. Por eso lo reconozco.

Es entonces cuando me acuerdo de mi padre, de cuando volvió a España.

Apareció un mes después de la muerte de Mamá y, al llegar, ya había comprado un piso para nosotros tres, cerca de Diego de León. En ese mes

todo el pelo se le había puesto blanco y, aunque seguía sonriendo, le habían salido dos arrugas alrededor de los ojos que le daban una expresión distinta. Pensé en que él también nos habría echado de menos. Estaba muy callado y nos abrazaba de repente sin venir a cuento, o se acercaba a nuestros dormitorios antes de que apagáramos la luz. Como si quisiera comprobar que seguíamos con él.

Felisa abrió sus maletas, lavó todo, hasta sus pañuelos, sus calzoncillos, planchó sus camisas y ordenó nuestros armarios. Luego salió a hacer la compra. Cuando todo estuvo organizado, la comida hecha, un guiso de carne con setas y un pescado que metió en el congelador, fue al cuarto de mi padre.

Para salir se había quitado el uniforme, pero ahora, además, tenía su vieja maleta de cartón en la mano. Era la misma que trajo hace años cuando llegó a nuestra casa. Oímos todo desde el pasillo de la casa nueva. Todavía olía a pintura. Papá le pidió que se quedara, hizo pucheros, como un niño, casi se puso a llorar. Mientras, iba enumerando la plancha, los cristales, los cuartos de baño, la ropa de los niños, la compra. Todo lo que él era incapaz de hacer, pero ella no decía nada. La imaginé como aquellas veces cuando delante de ellos no movía un músculo. También nosotros lloramos cuando se acercó a la puerta. Nos prometió que pronto vendría a visitarnos, y que nos invitaría a su pueblo en verano.

Cuando llamó un mes después solo habló con nosotros dos. Durante un año llamó cada mes, luego cada dos meses, hasta que un día dejó de hacerlo.

Y no la volvimos a ver.

También ella desapareció de nuestras vidas. Entonces no nos dimos cuenta de todo lo que perdíamos, ni de lo que se esfumó con ella. No sé si Papá tuvo demasiado interés en localizarla. Nosotros estábamos concentrados en entender nuestra nueva vida y en acostumbrarnos al nuevo colegio y a nuestros recién estrenados amigos. Seguíamos teniendo acento uruguayo y todavía se reían de nosotros.

Cuando empezó a hacer buen tiempo y ya se hablaba de las vacaciones, le pedí a Papa que fuéramos a comprar una falda escocesa y unos vaqueros como los de las demás niñas y guardé las minifaldas diminutas que había traído de Carrasco. Escondí las enormes gafas de sol cuadrículadas en blanco

y negro que Mamá me había regalado después de un viaje a Buenos Aires. Tiré a la basura el rímel y el lápiz de labios. Y me corté las uñas. Una rendición en toda regla.

En esa época nunca hablábamos de la muerte de Mamá. Ahora que sé algo de lo que pasó, comprendo que él no quisiese recordar aquella noche, ni siquiera mencionarla. Me pregunto cuál sería su versión del accidente y si se iría enterando poco a poco de todos los detalles. Pero ahora da igual. Es tan inmenso el territorio de lo que no sabemos. Todo lo que se queda por decir.

En estos días Yuyo y yo no hemos hablado de mi padre. Apenas hemos mencionado lo mucho que se parecía al suyo. Ni la fuerte amistad que los unía.

Pero he dormido en esa cama estrecha mejor que hace mil años.

No me ha pedido que me quede. Es su vida.

Y siempre puedo volver.

No es fácil. Pero me levanto y regreso a casa.

AGRADECIMIENTOS

Mi primer agradecimiento es a la gente de Tusquets por haber disfrutado de sus libros todos estos años. Eso incluye al jurado de lujo que me ha dado el Premio y cuyos nombres aparecen al principio del libro.

Debo esta novela a Cecilia y Ricardo Gandarias por su apoyo sin reservas y con ellos a Bruno Lara y a Gema Sáez, a Santiago Tena por su exquisito gusto literario, a María José Codes por ver e imaginar, a Luis Landero por enseñarme lo que es ser escritor, a Gloria Fernández Rozas por hilar tan fino. A Agustina Roca por todo lo que hemos hablado de literatura, a Cristina Sánchez Andrade por su exigencia, a Laura Freixas por sus consejos, a Natalia Carrero por su talento, a Jaime Axel Ruiz Baudrihayé por la eterna amistad, a Ángel Sánchez Harguindey por atarme al suelo, a Guillermo Uña por prestarme a Flaubert, a Cecilia Regules por ser Montevideo, a Pablo Silva Olazábal por todas las complicidades, a Consuelo Sánchez Naranjo por creer en lo que hago, a Belén Llera por estar ahí. Y a mi querida agente, Ángeles Martín.

A mis seis increíbles nietos Nicolás, María, Pedro, Ramón, José y Bruno. A toda mi familia. Y a todos los que, hasta ahora, han leído mis libros.

Nada que no sepas
María Tena

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Ilustración de la portada: © Archivo fotográfico de la autora

© María Tena, 2018

El Premio Tusquets Editores de Novela ha sido patrocinado por el Fondo Antonio López Lamadrid constituido en la Fundación José Manuel Lara.

Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. - Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)
www.tusquetseditores.com

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2018

ISBN: 978-84-9066-624-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltallerdellibre.com

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NARRATIVA
LITERARIA



¡Síguenos en redes sociales!

